

Virginia Woolf

Entre actos

Aunque Virginia Woolf ya había dado por terminado el original de esta obra, a su muerte todavía no había sido sometido a la última revisión previa a su entrega a la imprenta. Aun así, considero que Virginia no había hecho cambios grandes ni significativos, aunque probablemente sí muchas pero ligeras correcciones.

LEONARD WOOLF

Era una noche de verano y, en la amplia estancia con ventanas que daban al jardín, hablaban acerca del pozo negro. El consejo del condado había prometido llevar agua al pueblo, pero no lo había cumplido.

La señora Haines, esposa del caballero terrateniente, una mujer que tenía cara de oca y unos ojos saltones, como si vieran algo que tragar en la acequia, dijo con afectación:

—¡Vaya tema de conversación en una noche como esta!

Entonces hubo un silencio; una vaca mugió, y esto dio pie a que la señora Haines comentara cuán raro era que, siendo niña, jamás hubiera temido a las vacas, solo a los caballos. Aunque había que tener en cuenta que, cuando era muy pequeña, todavía en el cochecito, un caballo de tiro había pasado a un dedo de su cara. Su familia, dijo la señora Haines al anciano que estaba sentado en un sillón, había residido cerca de Liskeard durante siglos. Las tumbas que había en el cementerio así lo demostraban.

Fuera, un pájaro gorjeó.

—¿Un ruiseñor? —preguntó la señora Haines.

No, los ruiseñores no llegaban tan al norte. Era un pájaro diurno que, animado por otro día sustancioso y succulento, por los gusanos y los caracoles y la arenilla, gorjeaba incluso dormido.

El anciano del sillón —el señor Oliver, funcionario de la administración pública de la India, ya jubilado— dijo que el lugar elegido para ubicar el pozo negro se hallaba, si había oído bien, en la calzada romana. Desde un avión, añadió, se podían ver con toda claridad las huellas que habían dejado los británicos, los romanos, la casa solariega isabelina y el arado, cuando araron la colina para cultivar trigo en la época de las guerras napoleónicas.

—Pero usted no recuerda... —comenzó la señora Haines.

No, eso no lo recordaba, pero sí que... Y cuando el señor Oliver se disponía a contar lo que recordaba, se oyó un ruido en el exterior y entró Isa, la esposa de su hijo, luciendo trenzas en el pelo y un vestido largo de un desteñido color azul pavo real. Entró deslizándose como un cisne, se detuvo y observó: se mostró sorprendida de que allí hubiese gente, y las luces encendidas. Se disculpó diciendo que había estado velando a su niño, que se encontraba mal. ¿De qué estaban hablando?

—Intercambiando opiniones sobre el pozo negro —dijo el señor Oliver.

—¡Vaya tema de conversación en una noche como esta! —volvió a exclamar la señora Haines.

¿Y qué había dicho el señor Oliver acerca del pozo negro o sobre cualquier otra cosa?, se preguntó Isa, con la cabeza inclinada hacia el caballero terrateniente, Rupert Haines. Lo había visto en una tómbola y en un partido de tenis. El señor Haines le había entregado una taza y una raqueta. Eso fue todo. Pero en su cara devastada Isa había visto siempre misterio y, en su silencio, pasión. Lo había advertido en el partido de tenis, y en la tómbola. Y ahora por tercera vez, aunque con más fuerza, volvió a sentirlo.

—Recuerdo —el anciano interrumpió— a mi madre...

De su madre recordaba que era muy corpulenta, guardaba cerrado con llave el bote del té; pero le había dado, precisamente en esa misma estancia, un ejemplar de Byron. Hacía más de sesenta años, les dijo, que su madre le había dado las obras de Byron en esa misma estancia. Hizo una pausa.

—Camina ella en la belleza cual la noche —citó.

Y luego:

—Nunca más volveremos a remar a la luz de la luna.

Isa alzó la cabeza. Las palabras formaban dos aros, dos aros perfectos, que los hacían flotar, a ella y al señor Haines, como dos cisnes deslizándose río abajo. Pero el pecho de él, blanco como la nieve, estaba rodeado por una maraña de sucias lentejas de agua; también ella tenía membranas en los pies, amarrada por su marido, el corredor de Bolsa. Sentada en el sillón rinconero, con las oscuras trenzas colgando, balanceaba todo su cuerpo como un almohadón enfundado en aquel vestido desteñado.

La señora Haines era consciente de la emoción que los envolvía a los dos, excluyéndola a ella. Esperó, como quien espera que se apague el último acorde del órgano antes de salir de la iglesia. En el automóvil, camino de la casa de campo roja rodeada de trigales, destruiría aquella emoción como el tordo destruye las alas de la mariposa a picotazos. Después de dejar pasar diez segundos, la señora Haines se levantó, permaneció quieta unos instantes; y después, como si hubiera escuchado el último acorde, ofreció la mano a la esposa de Giles Oliver.

Pero Isa, que hubiera debido levantarse cuando lo hizo la señora Haines, siguió sentada. Los ojos de oca de la señora Haines lanzaron llamas hacia ella, y como en un cloqueo, parecía decir: «Por favor, señora de Giles Oliver, tenga la bondad de advertir mi existencia...», de manera que Isa se vio forzada a hacerlo y finalmente se levantó con su desteñado vestido largo y sus trenzas colgándole sobre los hombros.

A la luz del amanecer de una mañana de verano, se veía que Pointz Hall era una casa de tamaño medio. No figuraba entre las casas que destacan las guías turísticas. Era demasiado hogareña. Pero esa casa blanquecina de tejado gris a la que habían añadido un ala en ángulo recto, aun situada con muy poco acierto en la parte baja de la pradera con la fila de árboles en el margen superior, de manera que el humo ascendía retorciéndose hasta los nidos de las cornejas, despertaba el deseo de vivir en ella. Al pasar en automóvil ante la casa, la gente decía: «¿La pondrán en venta algún día?», y preguntaban al chófer: «¿Quién vive en esta casa?».

El chófer no lo sabía. Los Oliver, que habían comprado la casa hacía algo más de un siglo, no tenían parentesco alguno con los Waring, los Elvey, los Mannering ni los Burnet; las familias de abolengo, todas emparentadas unas con otras por matrimonio, y que en la muerte yacían entrelazadas, como las raíces de la hiedra, tras el muro del cementerio.

Los Oliver solo llevaban allí unos ciento veinte años. Sin embargo, al subir la escalera principal —había otra, una sencilla escalera al fondo, destinada a la servidumbre—, se veía un retrato. A mitad de la escalera, se veía un retazo de brocado amarillo; y, al llegar a lo alto, aparecían una empolvada cara menuda y un gran sombrero con perlas engarzadas; en cierto modo una antepasada. Las puertas de seis o siete dormitorios se abrían al corredor. El mayordomo había sido soldado; se había casado con la doncella de una dama; y, en una vitrina, había un reloj que había detenido una bala en Waterloo.

Era primera hora de la mañana. En la hierba había rocío. El reloj de la iglesia dio las ocho. La señora Swithin descorrió las cortinas de su dormitorio, las blancas cortinas de cretona que, desde fuera, matizaban tan agradablemente la ventana con su forro verde. De pie, con el cordón en sus viejas manos, daba tirones para abrir las cortinas: la hermana casada del viejo señor Oliver, ahora viuda. Siempre había deseado su propia casa; quizá en Kensington, quizá en Kew, para sacar provecho del huerto. Pero permaneció allí todo el verano y, cuando el invierno lloró en los cristales y atoró con hojas muertas los desagües, la señora Swithin preguntó: «Bart, ¿por qué construyeron la casa en la hondonada, mirando al norte?». Su hermano contestó: «Evidentemente para escapar a la naturaleza. ¿Acaso no sabes que, para arrastrar por el barro el coche familiar, hacía falta enganchar cuatro

caballos?». Después su hermano le contó la famosa historia de aquel gran invierno del siglo XVIII, cuando durante un mes entero la nieve dejó aislada la casa. Y los árboles cayeron. Por eso, cuando llegaba el invierno, la señora Swithin se retiraba a Hastings.

Pero ahora era verano. Los pájaros la habían despertado. ¡Cómo cantaban! Atacando el alba como otros tantos niños de un coro atacan un pastel helado. Forzada a escuchar, había cogido su lectura favorita —un *Resumen de historia*—, y había pasado de tres a cinco horas pensando en bosques de rododendros en Piccadilly; cuando todo el continente estaba entero, y no, según ella, dividido por un canal; poblado, según entendía ella, de monstruos con cuerpo de elefante, cuello de foca, que jadeaban, embestían, se retorcían lentamente y, suponía, ladraban; el iguanadón, el mamut y el mastodonte, de los que cabe presumir, pensó mientras abría la ventana, descendemos.

Tardó cinco segundos de reloj, pero mucho más en su cabeza, en distinguir a Grace, con la porcelana azul en la bandeja, del monstruo con piel de cuero que, lanzando gruñidos, se disponía, en el momento en que la puerta se abrió, a derribar un árbol en la verde y furiosa maleza del bosque antediluviano. Por supuesto, la señora Swithin se sobresaltó, mientras Grace dejaba la bandeja y decía:

—Buenos días, señora.

«Está loca», se dijo Grace, sintiendo en la cara aquella mirada, dirigida en parte a una bestia de las tierras pantanosas, en parte a una doncella con vestido estampado y delantal blanco.

—¡Cómo cantan esos pájaros! —se aventuró a exclamar la señora Swithin.

Ahora la ventana estaba abierta; sin duda alguna los pájaros cantaban. Un solícito tordo avanzaba a saltitos por la hierba, con un anillo de goma rosada retorcida en el pico. Tentada por aquella escena a proseguir su reconstrucción del pasado, la señora Swithin recapacitó; era una mujer dada a ampliar los límites del presente volando al pasado o al futuro; o recorriendo pasillos y galerías laterales; pero entonces recordó a su madre, a su madre en ese mismísimo cuarto riñéndola. «Lucy, no te quedes ahí boquiabierta o terminarás cambiando la dirección del viento.» Cuántas veces su madre la había reñido, en esa misma habitación, «pero en un mundo diferente», le había recordado su hermano. Se sentó para tomar el té de la mañana, igual que cualquier otra anciana con nariz grande, mejillas enjutas, un anillo en el dedo y los adornos habituales de una vejez un tanto tronada pero noble, entre los que se contaba, en su caso, una reluciente cruz de oro en el pecho.

Las niñeras, después del desayuno, empujaban el cochecito de niño arriba y abajo por la terraza; y, mientras empujaban, hablaban —pero no se daban píldoras de información, ni se transmitían ideas entre sí, sino que sus lenguas daban vueltas y más vueltas a las palabras, como si fueran caramelos—; y, al tiempo que avanzaban en su delgadez camino de la transparencia, despedían olor a rosa, a hierba y a dulzor. Aquella mañana ese dulzor era: «La cocinera le ha regañado por los espárragos. Cuando me ha llamado, le he dicho que era muy bonito aquel vestido, con la blusa que hacía juego»; y eso condujo a algo referente a un chico, mientras caminaban arriba y abajo por la terraza, dando vueltas a los caramelos con la lengua, empujando el cochecito.

Era una lástima que el constructor de Pointz Hall hubiera construido la casa en una hondonada, cuando, detrás del jardín y del huerto, había aquella extensión de tierra alta. La naturaleza había ofrecido un lugar donde edificar una casa; y el hombre había construido la casa en una hondonada. La naturaleza había ofrecido una extensión de tierra cubierta de hierba, de una anchura de unos ochocientos metros y llana, hasta que bruscamente descendía hacia el estanque de los nenúfares. La terraza tenía la anchura suficiente para dar

cabida a la sombra de uno de los grandes árboles tendido en el suelo. Allí se podía pasear arriba y abajo, arriba y abajo, bajo la sombra de los árboles. Crecían de dos en dos o de tres en tres, dejando huecos entre sí. Sus raíces asomaban entre la hierba, y entre aquellos huesos había verdes cascadas y almohadones de musgo, donde crecían las violetas en primavera, o, en verano, las orquídeas silvestres púrpura.

Amy contaba algo sobre un chico, cuando Mabel, con la mano en el cochecito, y después de haberse tragado el caramelo, dio media vuelta bruscamente:

—Deja de hacer el tonto —dijo con sequedad—. Ven, George.

El niño de corta edad se había rezagado y jugaba en la hierba. Entonces la niña, Caro, sacó el puño del embozo, y el oso de peluche cayó al suelo. Amy tuvo que inclinarse. George arrancaba las hojas de una flor. La flor resplandecía entre los ángulos que formaban las raíces. Pétalo tras pétalo fue cayendo. Resplandecía un suave amarillo, una luz radiante bajo una capa de terciopelo; llenaba de luz las cavernas situadas detrás de los ojos. Todas aquellas tinieblas interiores se transformaban en una estancia de luz amarilla, con olor a hojas y a tierra. El árbol estaba detrás de la flor; musgo, flor y árbol constituían un todo. De rodillas, el niño sostenía la flor. Entonces, un rugido, un ardiente aliento y un torrente de áspero pelo gris se interpusieron entre el niño y la flor. El niño se levantó de un salto, perdiendo el equilibrio del susto, y vio avanzar hacia él un terrible monstruo, con trompa y sin ojos, que movía las piernas y agitaba los brazos.

A través de una trompeta formada con un periódico, una voz hueca tronó, dirigiéndose al niño:

—Buenos días, caballero.

El anciano se había abalanzado sobre el niño, desde su escondrijo detrás de un árbol. Mabel empujó al niño hacia el anciano, ordenándole:

—Di buenos días, George. Di buenos días, abuelo.

Pero George se quedó boquiabierto. George se quedó quieto con la boca abierta. Entonces, el señor Oliver estrujó el periódico que antes había enrollado en forma de trompa y se dejó ver. Era un anciano muy alto, con ojos brillantes, mejillas surcadas de arrugas y sin un pelo en la cabeza. Se volvió.

—¡Siéntate! —aulló—. ¡Siéntate, bestia!

Y George se volvió hacia allí; y las niñeras se volvieron hacia allí, con el oso de peluche en la mano; todos miraban a Sohrab, el perro afgano, que saltaba y trotaba entre las flores.

—¡Siéntate! —aulló el anciano.

Y lo dijo como si diera la orden a un regimiento. A las niñeras les impresionaba que aquel viejales pudiera aún aullar de aquel modo y conseguir que el animal le obedeciera. Y el perro afgano acudió, con la cabeza gacha, disculpándose. Y se sentó a los pies del viejo, que le pasó un cordel por el collar, el nudo corredizo que el viejo Oliver llevaba siempre consigo.

—Mala bestia... bestia salvaje —gruñó, encorvado.

George solo miraba al perro. Los flancos cubiertos de pelo se contraían y se dilataban, había un rastro de espuma en los orificios del morro. George se echó a llorar.

El viejo Oliver se irguió, hinchadas las venas, congestionadas las mejillas; estaba irritado. Su broma con el periódico no había tenido éxito. El chico era un llorón. Asintió con la cabeza y echó a andar a grandes zancadas, mientras alisaba el periódico arrugado y, buscando el punto en que había interrumpido la lectura, murmuraba:

—Un llorón... un llorón...

Pero el viento dobló el periódico; y en la zona alta del terreno el viejo Oliver contempló el paisaje: los anchos campos ondulados, los matorrales y el bosque. Enmarcado, conformaba un cuadro. Si hubiera sido pintor, habría plantado el caballete ahí, donde el paisaje, enrejado por los árboles, parecía un cuadro. Entonces el viento amainó.

El viejo Oliver encontró lo que buscaba en la columna del periódico:

—*Monsieur* Daladier ha conseguido dar estabilidad al franco...

La señora de Giles Oliver se pasó el peine por la densa mata de pelo que, después de una detenida meditación, había decidido no cortarse jamás, y levantó el pesado cepillo de plata repujada que le habían regalado con motivo de su boda y que tenía la virtud de impresionar a las camareras de los hoteles. Lo levantó y se mantuvo quieta ante el espejo de tres hojas que le permitía ver tres diferentes versiones de su rostro de facciones un tanto grandes, pero hermoso; y también veía, más allá del cristal, una parte de la terraza, del prado y las copas de algunos árboles.

Dentro del cristal, en sus ojos, vio lo que había sentido aquella noche por el deteriorado, silencioso y romántico caballero. «Enamorada», se leía en sus ojos. Pero fuera, en la pileta, en el tocador, entre las cajas de plata y los cepillos de dientes estaba el otro amor, el amor por su marido, el corredor de Bolsa. «El padre de mis hijos», añadió, amparándose en el cliché que tan convenientemente ofrecía la literatura. El amor interior se reflejaba en los ojos; el amor externo, en el tocador. Pero ¿qué sentimiento era aquel que se le había despertado al ver, por encima del espejo, al aire libre, el cochecito que se acercaba, cruzando el prado, a las dos niñeras y a su hijo George rezagado?

Golpeó la ventana con su repujado cepillo para el pelo. Estaban demasiado lejos para oírla. El murmullo de los árboles sonaba en sus oídos; el canto de los pájaros; otros incidentes de la vida del jardín, invisibles e inaudibles para ella desde el dormitorio, absorbían su atención. Aislados en una isla verde, rodeada de blancas campanillas, cubierta con un manto de seda cruda, la inocente isla flotaba bajo su ventana. Solo George iba rezagado.

Volvió la vista al espejo. «Enamorada» tenía que estar, pues la presencia del cuerpo de aquel hombre en la estancia, la noche anterior, la había afectado, pues las palabras que dijo, al ofrecerle una taza de té, al ofrecerle una raqueta de tenis, quedaron tan arraigadas en algún lugar de su ser; y así mediaban entre ellos, como un alambre tembloroso, tenso, vibrante —a tientas buscó en las profundidades del espejo una palabra adecuada a las infinitamente rápidas vibraciones de la hélice del avión que una vez vio, al alba, en Croydon—. Más deprisa, y más y más y más, zumbaba, silbaba y gemía hasta que todos los temblores formaron un solo temblar, y se alzó el avión, alejándose más y más y más...

—No sabemos hacia dónde, hacia dónde no vamos, tampoco sabemos si nos importa —murmuró—. Volando, cruzando la atmósfera incandescente, del verano saliente...

La palabra que rimaba era «paciente». Dejó el cepillo. Cogió el teléfono.

—Tres, cuatro, ocho, Pyecombe —dijo—. Soy la señora Oliver. ¿Qué pescado tienen esta mañana? ¿Bacalao? ¿Lubina? ¿Lenguado? ¿Platija? —murmuró—: Allá, para perder lo que aquí nos ata. —Y, en voz alta, dijo—: Lenguado. Filetes de lenguado. Sí, para el almuerzo. —Siguió en un murmullo—: Con una pluma, una pluma azul volando en el aire asciende y, paciente, se esconde... hasta allá, para perder lo que aquí nos ata...

No valía la pena escribir esas palabras en el libro secreto con aspecto de libro de contabilidad, no fuera que Giles comenzase a sospechar algo. «Frustrada», esa era la palabra que expresaba su manera de ser. Nunca salía de una tienda, por ejemplo, con la

ropa que le gustaba; tampoco le gustaba su figura vista contra el oscuro rollo de tela en los escaparates de las tiendas. Ancha de cintura, de miembros recios, y, salvo en lo referente a su cabello, corto de acuerdo con la moda moderna, en nada se parecía a Safo, o a ninguno de los hermosos muchachos cuyas fotografías adornaban las páginas de los semanarios. Parecía lo que era: la hija de *sir* Richard; y la sobrina de las dos viejas señoras de Wimbledon que tan orgullosas estaban de ser O'Neil, de descender de los reyes de Irlanda.

Una atolondrada señora con deseos de agradar, parada ante lo que, en cierta ocasión, denominó «el corazón de la casa», dijo una vez:

—Después de la cocina, la biblioteca es la estancia más agradable de la casa.

Luego, avanzando, añadió:

—Los libros son el espejo del alma.

En este caso, un alma marchita y manchada. Sí, dado que el tren tardaba más de tres horas en llegar a aquel remoto pueblo, en el mismísimo corazón de Inglaterra, nadie osaba emprender tan largo viaje sin evitar un posible ataque de hambre mental, sin comprar un libro en el quiosco. Así que el espejo que reflejaba el alma sublime, reflejaba también el alma aburrida. Nadie podía decir, al ver los libros baratos y emotivos que los visitantes de fin de semana se habían dejado, que el espejo reflejara siempre las angustias de una reina ni el heroísmo del rey Enrique.

A esa hora temprana de una mañana de junio, la biblioteca estaba desierta. La señora de Giles Oliver tenía que pasar por la cocina. El señor Oliver todavía merodeaba por la terraza. Y la señora Swithin estaba por supuesto en la iglesia. La brisa leve y variable, pronosticada por el experto en meteorología, agitaba la cortina amarilla, arrojando luz, luego sombras. Se agrisaba el fuego, luego resplandecía, y la mariposa ortiguera golpeaba el cristal más bajo de la ventana, golpe, golpe y golpe, repitiendo que si nunca, nunca, nunca, un ser humano entraba allí, los libros quedarían enmohecidos, el fuego apagado y la mariposa muerta en la ventana.

Anunciado por la impetuosidad del perro afgano, entró el anciano. Había leído el periódico, estaba soñoliento y se hundió en el sillón de cretona con el perro a sus pies, el afgano. Con el morro sobre las patas, alzaba la grupa, parecía un perro de piedra, el perro de un caballero cruzado, protegiendo, incluso en el reino de la muerte, el sueño de su amo. Pero el amo no estaba muerto, solo soñando; adormilado, se veía a sí mismo, reflejado en un cristal salpicado de brillos, joven y con casco, una cascada siempre manando. Pero sin agua; las colinas eran como tela gris con dobleces; y, en la arena, aros formados por costillas; un buey comido por los gusanos al sol; y, a la sombra de la peña, salvajes; y en su mano un rifle. Crispada estaba la mano soñada; la real reposaba en el brazo del sillón, hinchadas las venas, pero ahora solo por un fluido parduzco.

Se abrió la puerta.

—Soy yo —se disculpó Isa—. ¿Molesto?

Claro que sí: destruía la juventud y la India. Pero él mismo tenía la culpa, ya que Isa se había empeñado en alargarle el hilo de la vida, tan delgado, tan lejano. En realidad, al verla afanada de un lado a otro de la habitación, él le agradecía que lo hiciera.

Muchos ancianos solo tenían su India: ancianos en clubes, ancianos alojados en habitaciones de los alrededores de Jermyn Street. Isa, con su vestido de rayas, daba continuidad al anciano, mientras ella murmuraba ante las estanterías de la biblioteca: «El páramo está oscuro bajo al luna, rápidas nubes han bebido los últimos rayos pálidos...».

Se dio la vuelta y dijo en voz alta:

—He comprado pescado, aunque no puedo asegurar si es fresco o no. La ternera

está muy cara y en esta casa todos estamos hartos del buey y del cordero... Sohrab —dijo, deteniéndose ante ellos—. ¿Qué ha estado haciendo?

Nunca meneaba el rabo. Jamás había aceptado las ataduras de la vida doméstica. O se agachaba o mordía. Ahora sus fieros ojos amarillos miraron a Isa, miraron al anciano. Podía obligarlos a los dos a bajar la vista. Entonces, un recuerdo acudió a la mente de Oliver.

—Tu niño es un llorón —dijo con tono de desprecio y burla.

—Oh —suspiró Isa, atada al brazo de una silla, como un globo cautivo, sujeta por una miríada de lazos tan finos como el cabello a la vida doméstica—: ¿Qué ha pasado?

—He cogido un periódico —explicó Oliver—, así...

Cogió el periódico, lo enrolló y se lo puso en la nariz: «Así». Y, saliendo de detrás de un árbol, se había abalanzado hacia el niño.

—Y se ha puesto a llorar. Tu hijo es un cobarde.

Isa frunció el entrecejo. Su hijo no era un cobarde, no. Y ella odiaba lo casero, lo posesivo; lo maternal. Y él lo sabía y lo hacía deliberadamente, para irritarla, el viejo bruto, su suegro.

Apartó la vista. Y mientras su mirada recorría los lomos de los libros, citó aquella frase:

—La biblioteca es siempre la estancia más agradable de la casa.

«El espejo del alma» eran los libros. *The Faerie Queene* y *Crimea*, de Kinglake; Keats y *Sonata a Kreutzer*. Allí estaban, reflejando. ¿Qué? ¿Qué remedio podía encontrar ella a su edad —la edad del siglo, treinta y nueve años— en los libros! Temerosa de los libros, igual que el resto de su generación; también temerosa de las armas. Sin embargo, de la misma manera que la persona con dolor de muelas, en la farmacia, recorre con la vista los frascos verdes con leyendas doradas, pensando que quizá en uno encuentre su remedio, Isa pensó: Keats y Shelley; Yeats y Donne. O quizá no un poema; una vida. La vida de Garibaldi. La vida de lord Palmerston. O quizá no la vida de una persona; la de un condado. *The Antiquities of Durham*, *The Proceedings of the Archeological Society of Nottingham*. O quizá dejarse de vidas y dedicarse a la ciencia: Eddington, Darwin o Jeans.

Nada de lo anterior le quitaba el dolor de muelas. Para su generación, el periódico era un libro y, como su suegro había terminado con el *Times*, Isa lo cogió y leyó: «Un caballo con la cola verde...», lo cual era fantástico. Y a continuación: «La guardia de Whitehall...», lo cual era romántico, y después, pronunciando palabra por palabra, leyó: «Los soldados dijeron a la muchacha que el caballo tenía la cola verde, pero la muchacha vio que se trataba de un caballo normal y corriente. A rastras, los soldados la llevaron a una habitación del cuartel y la arrojaron sobre una cama. Entonces, uno de los soldados la medio desvistió, y la muchacha chilló y le golpeó la cara...».

Esto era real; tan real que, en los paneles de caoba de la puerta, vio el arco de Whitehall; por el arco, vio la habitación del cuartel; en la habitación del cuartel, vio la cama, y en la cama, vio a la muchacha chillando y golpeando el rostro del soldado, momento en que la puerta (porque, en realidad, era una puerta) se abrió y entró la señora Swithin con un martillo.

La señora Swithin avanzó furtivamente, como si, bajo el burdo calzado con el que trasteaba por el jardín, el suelo fuera líquido, y, sin dejar de avanzar, frunció los labios y sonrió, de soslayo, a su hermano. No intercambiaron ni una palabra, mientras la señora Swithin se dirigía hacia el armario situado en un rincón y volvía a guardar en él el martillo, que había cogido sin pedir permiso; junto con —abrió la mano— un puñado de clavos.

—Cindy, Cindy —gruñó su hermano cuando la señora Swithin cerraba la puerta del armario.

Lucy, su hermana, tenía tres años menos que él. El nombre Cindy, o Sindy, ya que de ambas formas cabía escribirlo, era una derivación de Lucy. Y así la llamaba de niña; cuando ella trotaba tras su hermana, que iba de pesca, y hacía ramilletes de flores silvestres que apretaba con largas hierbas a las que daba vueltas y vueltas y vueltas. Una vez, recordaba Lucy, su hermano la obligó a desenganchar el pez del anzuelo. La sangre la asustó —«Oh», gritó—, ya que las agallas estaban llenas de sangre. Y él gruñó: «¡Cindy!». El fantasma de aquella mañana que pasaron en el prado le vino a la memoria, mientras devolvía el martillo a su sitio, en otro estante, y cerraba la puerta del armario con el que, por guardar en él los instrumentos de pesca, tan maniático se mostraba él.

—He clavado el cartel en el granero —dijo ella, dándole una palmadita en el hombro a su hermano.

Aquellas palabras fueron como el primer toque de un campanileo de varias campanas. Mientras suena la primera, se oye la segunda; mientras suena la segunda, se oye la tercera. Por eso, cuando Isa oyó que la señora Swithin decía: «He clavado el cartel en el granero», supo que a continuación diría:

—El cartel del espectáculo al aire libre.

Y que su suegro diría:

—¿Es hoy? ¡Por Júpiter! ¡Lo había olvidado!

—Si hace buen tiempo —prosiguió la señora Swithin—, actuarán en la terraza...

—Y si llueve —prosiguió Bartholomew—, en el granero.

—¿Y qué pasará? —prosiguió la señora Swithin—. ¿Hará buen tiempo o lloverá?

Entonces, por séptima vez, ambos dirigieron la vista a la ventana.

Todos los veranos, durante siete veranos consecutivos, Isa había oído las mismas palabras; palabras sobre el martillo y los clavos, sobre el espectáculo al aire libre y el tiempo. Todos los años se preguntaban si haría buen tiempo o si llovería; todos los veranos ocurría, lo uno o lo otro. La misma campanilla seguía a la misma campanilla, aunque, ese año, bajo aquel sonido, Isa oyó: «La muchacha chilló y golpeó el rostro del soldado con un martillo».

—El pronóstico dice... —dijo el señor Oliver, al tiempo que volvía las páginas hasta encontrarlo—: Vientos variables, temperatura moderada, lluvias ocasionales.

Dejó el periódico y todos miraron el cielo, para ver si el cielo obedecía al meteorólogo. Sin duda, el tiempo era variable. Verde sobre el jardín, gris más allá. En ese instante salió el sol: arrebató de alegría sin límites, abrazando todas las flores, todas las hojas. Luego, se retiró compadeciéndose, cubriéndose la cara, como si no quisiera contemplar los sufrimientos humanos. Había cierta debilidad, cierta falta de simetría y orden, en las nubes que adelgazaban y se espesaban. ¿Acaso obedecían a sus propias leyes o no obedecían a ley alguna? Algunas apenas eran mechones de pelo blanco. Una, alta, muy distante, se había endurecido hasta ser de alabastro dorado, hecha de mármol inmortal. Más allá estaba el azul, el puro azul, el negro azul; el azul que nunca se había filtrado hasta abajo; el azul que se había escapado al registro. Nunca caía como sol, sombra o lluvia sobre el mundo, hacía caso omiso de la coloreada bolita, la Tierra. No caía en flor alguna, ni en campo, ni en jardín.

Los ojos de la señora Swithin se volvieron vidriosos mientras lo miraba. Isa pensó que la mirada de la señora Swithin se había quedado clavada porque allí veía a Dios, a Dios sentado en su trono. Pero cayó una sombra sobre el jardín y, al instante, la señora Swithin

se relajó, bajó su fija mirada y dijo:

—Está muy inestable. Me temo que lloverá. Solo nos queda rezar —añadió, y toqueteó el crucifijo que llevaba.

—Y sacar los paraguas —dijo su hermano.

Lucy se sonrojó. Su hermano acababa de atacarla en su fe. Cuando ella dijo «rezar», él añadió «paraguas». Casi cubrió con los dedos la cruz. Se encogió, se acobardó, pero, al instante, ya estaba exclamando:

—¡Miradlos, ahí van! ¡Qué guapos!

El cochecito cruzaba el césped.

Isa también miró. ¡Qué ángel era aquella anciana! ¡Aclamar así la presencia de los niños, atentar contra aquellas enormidades y contra las irreverencias del anciano con sus manos flacas, sus ojos risueños! ¡Cuán valerosa, al desafiar a Bart y al tiempo!

—Está hermosísimo —dijo la señora Swithin.

—Es increíble cómo crecen —añadió Isa.

—¿Se ha terminado el desayuno? —preguntó la señora Swithin.

—Todo —contestó Isa.

—¿Y la pequeña? ¿No hay indicios de que vaya a tener el sarampión?

Isa negó con la cabeza. Golpeó la mesa, y añadió:

—Toquemos madera.

La señora Swithin se volvió hacia su hermano:

—Dime, Bart, ¿cuál es el origen de esto? ¿De tocar madera? ¿Verdad que Anteo tocaba tierra?

Habría sido, pensó Bart, una mujer muy inteligente, si hubiese mantenido la mirada fija. Pero esto la llevaba a aquello; aquello, a lo de más allá. Lo que le entraba por un oído le salía por el otro. Y todos estaban asediados, como suele ocurrir después de los setenta, por una duda constante. La de Lucy era si vivir en Kensington o en Kew. Pero todos los años, al llegar el invierno, no hacía ni lo uno ni lo otro. Se iba a Hastings.

—Toca madera; toca tierra; Anteo —musitó Bart, reuniendo elementos dispersos.

Lemprière contestaría la pregunta; o la Enciclopedia. Pero no estaba en los libros la respuesta a aquella pregunta: ¿por qué, en la cabeza de Lucy, de forma tan parecida a la suya, había un ser al que cabía dirigir rezos? Bart suponía que su hermana no dotaba a dicho ser de pelo, dientes y uñas. Antes bien, se trataba, suponía, de una fuerza o de un resplandor que dominaba el tordo y el gusano, el tulipán y el perro, y también a él, un anciano de venas hinchadas. Ese ser la sacaba de la cama en las frías mañanas invernales y la mandaba a lo largo de la senda embarrada a rendirle culto a él, cuyo portavoz era Streatfield. Un buen tipo, que fumaba cigarros en la sacristía. Necesitaba un poco de consuelo, después de prodigar sus sermones a ancianos asmáticos, de reparar perpetuamente el perpetuamente ruinoso campanario mediante carteles de madera sujetos con clavos en los graneros. Estaba pensando que el amor que esa gente debiera dar a la carne y a la sangre lo daba a la Iglesia... cuando Lucy, golpeando la mesa con los dedos, dijo:

—¿Cuál es el origen, el origen, de esto?

—La superstición —dijo Bart.

Lucy se sonrojó y el leve respingo que dio en el instante en que sintió que él atacaba su fe una vez más fue audible. Pero eran hermanos y la carne y la sangre no suponían una barrera, sino una neblina. Nada alteraba su cariño, ni las discusiones, ni los hechos, ni la verdad. Lo que ella veía no lo veía él; lo que él veía ella no, y así *ad infinitum*.

—Cindy —gruñó Bart.

Y la pelea terminó.

El granero en el que Lucy había clavado su cartel era una gran construcción que se alzaba en el corral. Era tan antiguo como la iglesia y había sido construido con la misma piedra, aunque no tenía campanario. Se erigía sobre conos de piedra gris, en las esquinas, como protección contra las ratas y la humedad. Quienes habían estado en Grecia decían que les recordaba un templo. Quienes no habían estado en Grecia —la mayoría— también lo admiraban. El tejado era de color rojo anaranjado, envejecido por la intemperie; y su interior formaba una nave vacía, atravesada por el sol, marrón, con olor a grano, oscura cuando las puertas estaban cerradas, aunque espléndidamente iluminada cuando las puertas, en un extremo, habían sido abiertas, lo que ocurría para permitir la entrada de los carros, los largos y bajos carros, como buques en la mar, surcando el grano, que no el mar, cuando regresaban al anochecer cargados de espigas. En los caminos quedaban rastros de paja, después de pasar los carros.

Ahora habían colocado bancos en el interior del granero. Si llovía, los actores actuarían en el granero. En uno de los extremos habían levantado, con planchas de madera, un estrado que serviría como escenario. Tanto si llovía como si hacía buen tiempo, el público tomaría allí el té. Los muchachos —Jim, Iris, David, Jessica— ya estaban colocando guirnalda de rosas de papel, rojas y blancas, restos del día de la Coronación. Las semillas y el polvo de los sacos les hacían estornudar. Iris se había puesto un pañuelo en la cabeza, que le cubría la frente; Jessica llevaba pantalones de montar. Los muchachos trabajaban en mangas de camisa. Pálidas briznas se les habían enredado en el pelo, y era fácil clavarse astillas en los dedos.

La «Vieja Flimsy» (mote de la señora Swithin) había clavado otro cartel en el granero. El primero se lo había llevado el viento; o quizá el tonto del pueblo, que siempre arrancaba cuanto estaba clavado, era el culpable, y ahora se reía por lo del cartel, sentado a la sombra de una mata. Los muchachos también se reían, como si la vieja Swithin hubiera dejado tras de sí una estela de risas. La anciana señora con un mechón de blanco cabello al viento, calzada con zapatos abultados como si tuviera garras con callos como los canarios, y con medias negras arrugadas en los tobillos, inducía a David a guiñar un ojo con toda naturalidad, guiño que Jessica devolvía, al entregarle una tira de rosas de papel. Eran muy suyos aquellos muchachos; tanto tiempo llevaban radicados en aquel rincón del mundo que mostraban la indeleble impronta de trescientos años, más o menos, de consuetudinario comportamiento. Por eso se reían; pero con respeto. Si la señora Swithin lucía perlas, eran perlas.

—La Vieja Flimsy nos ha pillado —dijo David.

La señora Swithin entraría y saldría unas veinte veces más, y, por fin, les ofrecería limonada en una gran jarra y una bandeja de sándwiches. Jessie sostenía la guirnalda, David la clavaba a martillazos. Una gallina extraviada entró; ante la puerta pasó una fila de vacas; después un perro pastor; después el vaquero, Bond, que se detuvo a curiosear.

Contempló a los muchachos colgando las rosas de viga en viga. En muy poco tenía Bond a la gente, villanos o señores. Silencioso y sardónico, apoyado en el quicio de la puerta, parecía un sauce agostado, arqueado sobre un arroyo, desprendidas todas sus hojas, y en sus ojos el caprichoso discurrir de las aguas.

—¡Jai-ju! —exclamó de repente.

Era lenguaje de vacas, al parecer, puesto que la vaca manchada que había asomado la cabeza por la puerta bajó la cornamenta, se azotó el flanco con el rabo y se fue. Bond la

siguió después.

—Este es el problema —dijo la señora Swithin.

Mientras el señor Oliver consultaba la Enciclopedia, buscando, bajo la entrada «superstición», el origen de la expresión «tocar madera», la señora Swithin e Isa hablaban de pescado: se preguntaban si, después de haber sido transportado desde tan lejos, estaría fresco o no.

Se hallaban muy lejos del mar. A ciento cincuenta kilómetros, dijo la señora Swithin; no, quizá a doscientos cincuenta.

—Pero dicen que aquí, en las noches silenciosas, se pueden oír las olas del mar. Después de una tormenta, dicen, se puede oír la ola al romper... Me gusta aquella historia —añadió con tono reflexivo—. Mientras oía el batir de las olas en mitad de la noche, ensilló el caballo y cabalgó hacia el mar. Bart, ¿quién fue el que cabalgó hacia el mar?

Bart leía.

—No podemos esperar que nos lo traigan a casa en un cubo lleno de agua —dijo la señora Swithin—, como se hacía, creo recordar, cuando éramos niños y vivíamos en una casa junto al mar. Langostas, recién cogidas del criadero. ¡Y cómo pellizcaban con las patas el palo que la cocinera les ofrecía! Y salmón. Se sabe si el salmón es fresco porque tiene piojos bajo las escamas.

Bartholomew asintió en silencio. Era cierto. Recordaba aquella casa junto al mar. Y las langostas.

Llegaban bolsas de red repletas de pescado; pero Isa estaba contemplando el jardín, variable tal como había dicho el boletín meteorológico, agitado por la leve brisa. Los niños pasaron de nuevo, Isa golpeó la ventana y les lanzó un beso. En el zumbido del jardín no lo oyeron.

—¿Realmente estamos a ciento cincuenta kilómetros del mar? —preguntó Isa dando media vuelta.

—Solo a cincuenta —contestó su suegro, como si se hubiera sacado del bolsillo una cinta métrica y lo hubiera medido con toda exactitud.

—Pues parece más —dijo Isa—. Desde la terraza se tiene la impresión de que la tierra no se acabe nunca, nunca, nunca.

—En otros tiempos no había mar —dijo la señora Swithin—. No había mar entre nosotros y el continente. Lo he leído esta mañana en un libro. Había rododendros en el Strand, y mamuts en Piccadilly.

—Sí, cuando éramos salvajes —dijo Isa.

Entonces lo recordó; su dentista le había dicho que los salvajes sabían efectuar mentalmente operaciones muy complicadas. Los salvajes llevaban dientes postizos, le había dicho el dentista. Los dientes postizos, creía Isa que había dicho el dentista, fueron inventados en tiempos de los faraones.

—Por lo menos, eso es lo que el dentista me dijo —concluyó.

—¿A qué dentista vas ahora? —le preguntó la señora Swithin.

—A los dos de siempre; Batty y Bates, de Sloane Street.

—¿Y el señor Batty te ha dicho que en la época de los faraones ya usaban dientes postizos? —dijo la señora Swithin, reflexiva.

—¿Batty? No, Batty no. Bates —la corrigió Isa.

Batty, recordó Isa, solo hablaba de familias reales. Batty, dijo Isa a la señora Swithin, tenía una paciente que era princesa.

—Y por eso me tuvo esperando más de una hora. Y, siendo niño, ya sabes lo larga

que es una hora.

—Los matrimonios entre primos no pueden ser buenos para los dientes —dijo la señora Swithin.

Bart se metió el dedo en la boca y, de entre los labios, proyectó fuera los dientes superiores. Eran postizos. Sin embargo, remarcó, los Oliver no se habían casado entre primos. Los Oliver no podían recomponer su árbol genealógico más allá de doscientos o trescientos años. Pero los Swithin, sí. Los Swithin procedían de los tiempos antes de la Conquista.

—Los Swithin... —empezó a decir la señora Swithin.

Pero se detuvo. Bart haría otro chistecito acerca de los santos, si le daba la oportunidad. Y la señora Swithin ya había sido víctima de dos chistes: uno acerca de un paraguas; otro acerca de la superstición.

Así pues, la señora Swithin se interrumpió y dijo:

—¿Cómo ha empezado esta conversación? —Contó con los dedos—: Faraones. Dentistas. Pescado... Oh, sí, sí, tú, Isa, has dicho que habías comprado pescado, y que temías que no fuera fresco. Y yo he dicho: «Ese es el problema...».

El pescado había llegado. El chico de Mitchell, sosteniéndolo bajo el brazo, saltó de la motocicleta. No había tiempo para dar terrones de azúcar al caballo delante de la puerta de la cocina, ni tampoco para chismorrear, pues le habían alargado la ruta de reparto. Tenía que hacer otra entrega de pescado al otro lado de la colina, en Bickley; y también dar un rodeo por Waythorn, Roddam y Pyeminster, nombres que, al igual que el suyo, constaban en el registro catastral. Pero la cocinera —la señora Sands, Trixie para los viejos amigos—, a sus cincuenta años, jamás había estado al otro lado de la colina, y tampoco quería ir.

El chico dejó sobre la mesa de la cocina los filetes de lenguado, el pescado semitransparente y sin espina. Y, antes de que la señora Sands tuviera tiempo de sacarlo del papel, el chico de Mitchell ya se había ido, después de dar una palmadita al hermoso gato pelirrojo que, tras alzarse majestuosamente, había saltado de la silla de rafia y había avanzado con suma elegancia hacia la mesa, al olisquear el pescado.

¿No despedía un poco de tufillo? La señora Sands se lo acercó a la nariz. El gato se frotaba los flancos, ahora un lado ahora otro, contra las patas de la mesa, contra las piernas de la señora Sands. Sí, la señora Sands le daría un trozo a Sunny —Sung-Yen, el nombre con que llamaban al gato en el salón, se había transformado en Sunny, en la cocina—. La señora Sands, acompañada por el gato, llevó el pescado a la despensa y lo dejó en una bandeja, en aquel cuarto semieclesiástico. Sí, aquella casa, antes de la Reforma, como muchas otras de los alrededores, tenía capilla; y la capilla se había transformado en despensa, al igual que había cambiado el nombre del gato, al cambiar la religión. El señor (así lo llamaban en el salón; en la cocina lo llamaban Bartie) solía llevar a otros caballeros a visitar la despensa, casi siempre cuando la cocinera no iba bien vestida. Y no los llevaba allí para que vieran los jamones colgados en ganchos, ni la mantequilla en el cuenco azul, ni la carne de la cena del día siguiente, sino la bodega que se abría al fondo de la despensa y su arco labrado. Si se golpeaba —uno de los caballeros siempre llevaba un martillo— sonaba a hueco; resonaba; sin duda alguna, decía el señor, había un túnel oculto donde alguien se había escondido en alguna ocasión. Podía ser. Pero a la señora Sands le habría gustado que los caballeros no entraran en la cocina ni contaran aquellas historias en presencia de las muchachas. Les metían ideas en sus locas cabezas. Oían a muertos haciendo rodar barriles. Veían a una dama blanca caminando bajo las copas de los árboles. Ni una de ellas cruzaba la terraza después del anochecer. Y si un gato estornudaba: «¡El

fantasma!».

Sunny recibió su trocito de filete de lenguado. Después la señora Sands cogió un huevo del cesto marrón repleto de huevos; algunos tenían plumón amarillo pegado a la cáscara; después cogió un pellizco de harina para esparcirlo sobre las semitransparentes porciones; y un mendrugo del gran cuenco de barro cocido lleno de mendrugos. A continuación, tras regresar a la cocina, ejecutó aquellos rápidos movimientos consistentes en quitar la ceniza del fogón, con una pala, y volverlo a cargar, que provocaban extraños ecos en toda la casa, de manera que, en la biblioteca, en la sala de estar, en el comedor y en el cuarto de los niños, independientemente de lo que hicieran, pensaran o hablaran quienes estaban allí, todos sabían que se estaba preparando el desayuno, el almuerzo o la cena.

—Los sándwiches —dijo la señora Swithin al entrar en la cocina.

Y se abstuvo de añadir la palabra «Sands» a «sándwiches», debido a que Sands y sándwiches se daban bofetadas. «Nunca bromees con los apellidos de las personas», solía decir su madre. Y Trixie no era un nombre que casara, como tampoco lo hacía Sands, con la delgada y mordaz mujer, pelirroja, activa y limpia, que nunca guisaba obras maestras, era cierto; pero que, justo es decirlo, jamás permitía que se le cayera una horquilla del pelo en la sopa. «¡Vive Dios!», había exclamado Bart, mostrando una horquilla en la cuchara, antaño, hacía quince años, antes de que Sands tomara posesión de su cargo, en la época de Jessie Pook.

La señora Sands cogió pan; la señora Swithin, jamón. Una cortó pan; la otra, jamón. Era tranquilizador, era solidario, aquel trabajo manual hecho en común. Las manos de la cocinera cortaban, cortaban, cortaban. Mientras Lucy, contemplando la hogaza, mantenía el cuchillo en alto, se preguntó por qué el pan del día anterior se corta más fácilmente que el pan tierno. Y así fue saltando de un tema a otro y pasó de la levadura al alcohol; a la fermentación; a la embriaguez; a Baco; y a yacer bajo la luz purpúrea, en un viñedo en Italia, como había hecho en tantas ocasiones. Y entretanto la señora Sands oía el tictac del reloj; veía al gato; percibía el zumbido de una mosca; y sentía, como reflejaban sus labios, un rencor, que no debía expresar contra quienes se dedicaban a trabajar en la cocina mientras los demás se divertían de lo lindo colgando rosas de papel en el granero.

—¿Hará buen tiempo? —preguntó la señora Swithin, con el cuchillo en el aire.

En la cocina, solían seguirle la corriente a la señora Swithin.

—Eso parece —repuso la señora Sands, lanzando una penetrante mirada al exterior por la ventana de la cocina.

—No fue así el año pasado —dijo la señora Swithin—. ¿Recuerda que, cuando se puso a llover, tuvimos que entrar a toda prisa las sillas?

Volvió a cortar. Luego preguntó por Billy, el sobrino de la señora Sands, aprendiz del carnicero.

—Se dedica a hacer algo que los muchachos de su edad no deben hacer —dijo la señora Sands—; contestar al amo.

—Bueno, eso no está mal —dijo la señora Swithin, en parte refiriéndose al muchacho y en parte al sándwich, que había quedado muy bien, perfectamente cortado, triangular—. El señor Giles quizá llegue tarde —añadió, colocando, satisfecha, el sándwich en lo alto de la pila.

Ya que el marido de Isa, el corredor de Bolsa, llegaba de Londres. Y el tren de cercanías, que conectaba con el expreso, no llegaba con puntualidad, ni mucho menos, ni siquiera en el caso de que Giles cogiera el tren de primera hora, lo cual no era seguro. Y eso significaba..., pero lo que significaba para la señora Sands que la gente perdiera el tren y

que ella, prescindiendo de lo que deseara hacer, tuviese que esperar, junto a la cocina, manteniendo la carne caliente, nadie lo sabía.

—¡Ya está! —dijo la señora Swithin examinando los sándwiches, unos bien cortados y otros no. Los voy a llevar al granero.

En cuanto a la limonada, la señora Swithin suponía, sin el menor asomo de duda, que Jane, la ayudante de la cocinera, la seguiría con ella.

Candish se detuvo en el comedor para recolocar una rosa amarilla. Amarillas, blancas y rojo clavel, así le gustaban. Le encantaban las flores, así como arreglarlas, colocando la espada verde o una hoja en forma de corazón que mejor quedara entre ellas. Sorprendentemente, le gustaban las flores, teniendo en cuenta su afición a la bebida y al juego. Aquí iba la rosa amarilla. Ahora todo estaba preparado: la plata y la vajilla, los tenedores, las servilletas y, en medio, el cuenco con las rosas multicolor. Así que, después de echar el último vistazo, salió del comedor.

Frente a la ventana colgaban cuadros. En la vida real no se conocieron, la alta dama y el hombre que llevaba el caballo de la brida. La dama era un cuadro que Oliver compró porque le gustó; el hombre era un antepasado. Tenía nombre. Sostenía la brida en la mano. Le había dicho al pintor:

—Si quiere hacer mi retrato, manos a la obra, hágalo mientras haya hojas en los árboles.

Y había hojas en los árboles.

—¿Cabe también Colin, además de Buster? —había preguntado.

Colin era su famoso perro de caza. Pero solo cabía Buster. Y el antepasado parecía querer decir, dirigiéndose a los presentes, y no al pintor, que era una verdadera lástima el haber dejado fuera del cuadro a Colin, al Colin que el antepasado ordenó fuera enterrado a sus pies, en la misma tumba, hacia 1750; pero aquel desdichado, el reverendo Nosecuántos, no lo permitió.

Era un charlatán, aquel antepasado. Pero la dama era un retrato. Con su túnica amarilla, inclinada, apoyada en una columna, una flecha de plata en la mano y una pluma en el cabello, dirigía la mirada del espectador hacia arriba, hacia abajo, de lo curvo a lo recto, por espesuras de verdor y matices plateados, pardo y rosa, hasta llegar al silencio. La estancia se hallaba vacía.

Vacía, vacía, vacía; silencio, silencio, silencio. La estancia era una caracola, cantando lo que había antes del tiempo; en el corazón de la casa había un jarrón de alabastro, suave y liso, frío, conteniendo la quieta y destilada esencia del vacío, del silencio.

Más allá del vestíbulo se abrió una puerta. Una voz, otra voz y una tercera voz llegaron gruñendo y gorjeando; adusta la voz de Bart; temblorosa la voz de Lucy; en tono medio, la voz de Isa. Sus voces, impetuosas, impacientes, protestando, cruzaron el vestíbulo, diciendo: «El tren llegará con retraso»; diciendo: «Que no se enfríe»; diciendo: «No, Candish, no, no esperaremos».

Después de salir de la biblioteca, las voces se detuvieron en el vestíbulo. Evidentemente, habían encontrado un obstáculo, una roca. ¿Acaso era absolutamente imposible, incluso en pleno campo, estar solos? Esa era la primera impresión que se tenía. Después, la roca fue rápidamente rodeada, abrazada. Era doloroso, era esencial. Debe haber sociedad. Al salir de la biblioteca fue doloroso, pero agradable, toparse con la señora Manresa y un joven desconocido con el cabello del color de la estopa y la cara contrahecha. No había escapatoria posible; el encuentro era inevitable. Sin haber sido invitados, sin que se les esperara, dejándose caer, inducidos a abandonar la carretera real por el mismo

instinto que da a los corderos y a las vacas el deseo de proximidad, allí estaban. Pero habían llegado con el almuerzo en una cesta. Ahí estaba.

—Cuando hemos visto el nombre en el poste indicador no hemos podido resistir la tentación —dijo la señora Manresa con su voz sonora y aflautada—. Os presento a un amigo, William Dodge. Íbamos a almorzar solos en pleno campo. Y yo he dicho, al ver el poste: «¿Por qué no pedimos hospitalidad a nuestros queridos amigos?». Un lugar en la mesa, eso es cuanto queremos. Traemos nuestra comida. Tenemos nuestros vasos. Solo pedimos...

Trato social, al parecer, estar con gente de su propia clase.

Y la señora Manresa agitó la mano sobre la que había un guante y bajo el guante parecía haber anillos en opinión del anciano señor Oliver.

El anciano señor Oliver se inclinó mucho sobre la mano de la señora Manresa; un siglo atrás, se la habría besado. Y en ese ruido de bienvenida, de protestas, de disculpas y otra vez de bienvenida había un elemento de silencio, procedente de Isabella, que observaba al joven desconocido. Se trataba sin duda de un caballero; los calcetines y los pantalones así lo atestiguaban; inteligente —corbata de lunares, chaleco desabrochado; urbano y profesional, es decir, del color de la masilla, poco saludable; muy nervioso, puesto que aquella súbita presentación le había tensando las facciones, e infernalmente orgulloso, ya que, a pesar de ser su acompañante, censuraba la efusión de la señora Manresa.

Isa se sentía contrariada, pero también curiosa. Para redondear, la señora Manresa añadió:

—Es un artista.

Y William Dodge la corrigió:

—Soy escribano en una oficina.

Aunque a Isa le pareció entender Educación o Somerset House. Y en ese momento Isa advirtió con toda claridad, como si hubiera puesto en él la punta del dedo índice, aquel nudo tan prieto, tanto que casi producía bizquera y, desde luego, espasmos en la cara de William Dodge.

Entonces entraron para comer, y la señora Manresa empezó a burbujear, gozando de su capacidad de superar, sin un pestañeo, aquella pequeña crisis social, aquel tener que disponer dos lugares más a la mesa. Ya que ¿acaso la señora Manresa no tenía plena fe en la carne y en la sangre? Y qué gran tontería es dar importancia a nimiedades, cuando todos somos carne y sangre bajo la piel, todos, hombres, y también mujeres. Pero la señora Manresa prefería a los hombres, por supuesto.

—¿Y para qué sirven, si no, sus anillos, sus uñas, y ese sombrerito de paja tan encantador? —preguntó Isabella dirigiéndose en silencio a la señora Manresa, logrando así que el silencio participara de manera inconfundible en el coloquio. Su sombrero, sus anillos, sus uñas rojas como rosas, lisas como conchas, allí estaban, a la vista de todos. Pero no la historia de su vida. Su historia eran fragmentos y datos sueltos para todos los presentes, salvo, quizá, para William Dodge, a quien la señora Manresa llamaba públicamente «Bill» (quizá una señal de que él sabía más que ellos), aunque todos supieran que la señora Manresa se paseaba por el jardín a medianoche en pijama de seda, tenía un gramófono en el que sonaba *jazz* y una barra para prepararse cócteles. Pero nada realmente personal; no los estrictos datos biográficos.

Había nacido, aunque solo eran rumores, en Tasmania: su abuelo había sido exportado debido a algún que otro asunto turbio en plena época victoriana. ¿Malversación de fondos, quizá? Pero aquel relato, la única vez que Isabella lo había escuchado, no pasó

más allá de «exportado», pues el marido de aquella comunicativa dama —la señora Blencowe de la Grange— puso con pedantería objeciones al empleo de «exportado», diciendo que «expatriado» quizá fuera una palabra más adecuada, si bien tampoco era la correcta, que tenía en la punta de la lengua, aunque no conseguía decirla. Y así se dio por terminado el relato. A veces, la señora Manresa hacía referencia a un tío obispo. Pero se decía que solo fue obispo en las colonias. En las colonias olvidaban y perdonaban muy fácilmente. También se decía que los diamantes y los rubíes de la señora Manresa habían sido extraídos de la tierra, con sus propias manos, por un «marido» que no era Ralph Manresa. Ralph, un judío que medró hasta llegar a ser la encarnación y esencia del caballero terrateniente, pudo poner a disposición de la señora Manresa, como directivo de distintas empresas en la City —aquello era cierto—, toneladas de dinero. Pero hallándose Jorge VI en el trono, ¿acaso no era anticuado, sórdido, olía a pieles apolilladas, cornetines, camafeos y papel de correspondencia con ribetes negros, preocuparse de averiguar el pasado de nadie?

Mirando a Candish como si fuera un hombre de veras, no un hombre disecado, la señora Manresa dijo:

—Lo único que necesito es un sacacorchos.

Tenía una botella de champán, pero no sacacorchos.

La señora Manresa dobló el dedo pulgar, dispuesta a abrir la botella, y prosiguió:

—Fíjate en los cuadros, Bill. Ya te dije que aquí lo pasarías en grande.

Era vulgar en sus ademanes, vulgar toda ella, demasiado sexual y demasiado arreglada para una comida campestre. Sin embargo, tenía una cualidad envidiable o, por lo menos, valiosa: todos pensaban, tan directamente hablaba la señora Manresa, «Ella lo ha dicho, ella lo ha hecho, no yo», y así se aprovechaban de la infracción de las normas del decoro, del soplo de aire fresco, para ir tras ella, como delfines saltarines siguiendo la estela de un rompehielos. ¿Acaso no había devuelto al viejo Bartholomew sus islas de especias, su juventud?

Y, entonces, comiéndose con los ojos a Bart, la señora Manresa prosiguió:

—Le he dicho a Bill que no prestaría atención a nuestras cosas —de las que tenían montones y montones—, después de ver las de ustedes. Y le he prometido que usted le mostraría el... el...

En ese momento, la espuma del champán saltó, y la señora Manresa insistió en llenar primero la copa de Bart. Luego, siguió:

—¿Qué es eso con lo que todos ustedes, los cultos caballeros, andan enloquecidos? ¿Un arco? ¿Normando? ¿Sajón? ¿Quién es el último que dejó la escuela? ¿La señora Giles?

Y entonces se comió con la mirada a Isabella, rejuveneciéndola al hacerlo. Pero la señora Manresa, siempre que se dirigía a mujeres, velaba la mirada, ya que, por ser también conspiradoras, le adivinaban los pensamientos.

De esta manera, golpe a golpe, con champán y miradas, dejó bien sentada su reivindicación de ser una salvaje hija de la naturaleza, que se había refugiado en este —esbozó una misteriosa sonrisa— abrigado puerto; lo cual la hacía sonreír, después de Londres, pero con aquella sonrisa también retaba a Londres. Y, a continuación, la señora Manresa les ofreció una muestra de su modo de vida, unos toques de chismorreos; puras tonterías; pero tampoco pretendía que fueran otra cosa; les contó que el martes anterior se había sentado al lado de tal y cual; y añadió, sin darle importancia, un nombre de pila; y un sobrenombre, y ese señor le dijo —ya que, por ser ella persona sin importancia, no paraban mientes en lo que le decían—, y «que quede entre nosotros, no hace falta decirlo», y la

señora Manresa les contó lo que le habían dicho. Y todos aguzaron el oído. Y luego, con un ademán como si arrojara por la borda —así— aquella odiosa y corrompida vida londinense, la señora Manresa dijo:

—¡Adiós, muy buenas...! ¿Y saben qué es lo primero que hice en cuanto llegué aquí?

Habían llegado la noche anterior, después de recorrer en automóvil las carreteras de junio, ella y Bill solamente, claro está, dejando Londres, bruscamente transformado en una capital disoluta y sucia, a la hora de cenar.

—¿Y saben qué hice? ¿Puedo contarlo? ¿Está permitido, señora Swithin? Sí, en esta casa todo puede contarse. Pues me quité el corsé —con las manos se oprimió los flancos: era oronda— y me revolqué sobre el césped. Me revolqué, ¿se lo imaginan...?

Y se carcajeó sin miramiento. Había dejado de preocuparse por conservar la compostura y con ello había ganado libertad.

«Esto es sincero», pensó Isa. Muy sincero. Y su amor por el campo, también. A menudo, cuando Ralph Manresa tenía que quedarse en la ciudad, la señora Manresa aparecía sola; se tocaba con un viejo sombrero de jardín; y no enseñaba a las mujeres del pueblo la manera de hacer conservas, sino el arte de tejer frívolos cestos de paja de colores. Lo que quieren es divertirse, decía la señora Manresa. Y a menudo, si uno la llamaba, contestaba cantando a la tirolesa entre las malvas:

—Joiti ti doity ti rei du...

Una persona como Dios manda. Conseguía que el viejo Bart se sintiera joven. El viejo Bart, con el rabillo del ojo, al alzar la copa, vio un blanco destello en el jardín. Pasaba alguien.

La criada encargada de la vajilla, antes de emprenderla con los platos, se refrescó las mejillas en el estanque de los nenúfares.

Siempre había habido nenúfares allí, nacidos de semillas sembradas por el viento, flotaban rojos y blancos sobre las verdes bandejas de las hojas. El agua, durante siglos y siglos, había afluido a aquella hondonada y allí permanecía estancada, con una profundidad de metro y medio, sobre el negro almohadón de lodo. Bajo la gruesa capa de agua verde, vidriados en su egocéntrico mundo, nadaban los peces, dorados, con manchas blancas o rayas negras o plateadas. En silencio, evolucionaban en su mundo acuático, se detenían en la mancha azul creada por el cielo y se lanzaban silenciosos hacia la orilla, donde la hierba, temblorosa, formaba una orla de sombras que hacían reverencias. En la superficie del agua, las arañas dejaban impresa la huella de sus delicadas patas. Cayó un grano y descendió en espiral en el agua; cayó un pétalo, se llenó y se hundió. Con ello, la escuadra de cuerpos en forma de buque se detuvo; quietos, preparados; cargados; luego, tras un latigazo ondulado, se alejaron como un fognazo.

Fue en ese centro profundo, en ese negro corazón, donde la dama se ahogó. Diez años después se dragó la laguna y recuperaron un fémur. Pero resultó ser de carnero, no de dama. Y los carneros no tienen fantasmas porque no tienen alma. Pero, insistían las criadas, forzosamente debían de tener un fantasma; el fantasma debía de ser de dama; de la dama que se arrojó al estanque por amor. Por eso, las criadas no pasaban junto al estanque por la noche, solo lo hacían cuando lucía el sol y los señores estaban aún sentados a la mesa.

El pétalo se hundió; la criada regresó a la cocina; Bartholomew bebió un sorbito de vino. Se sentía tan feliz como un muchacho; pero tan insensato como un anciano; una insólita y agradable sensación. Rebuscando por su cabeza algo que contar a la adorable señora, escogió lo que más a mano tenía; la historia del hueso de carnero.

—Los sirvientes deben de tener su fantasma —dijo.

Las criadas deben de tener su dama ahogada.

—¡También yo debo de tenerla! —exclamó la señora Manresa, la salvaje hija de la naturaleza. De repente, se puso solemne como una lechuza. Le constaba, dijo, pegando un pellizco al pan para dar mayor énfasis a sus palabras, que a Ralph, cuando estaba en la guerra, no podían haberlo matado sin que ella lo viera. Agitando las manos, de tal modo que el sol arrancó destellos a los diamantes, añadió—: Fuera cual fuese el lugar en que me encontrara e hiciera lo que hiciese.

—No, yo no soy así —dijo la señora Swithin, negando con la cabeza.

—No. —La señora Manresa se echó a reír—. Usted no es así. Ninguno de ustedes es así. Yo estoy a la misma altura que... —esperó a que Candish se fuera— los criados. No he madurado tanto como ustedes.

Y se pavoneó, contenta de su adolescencia. ¿Con razón o sin ella? Burbujeante, un chorro de sentimiento ascendió desde el barro. Los otros habían cubierto el barro con mármol. Para ellos, los huesos de carnero eran huesos de carnero, no restos de la ahogada *lady* Ermyntrude.

—¿Y a qué bando pertenece usted? —preguntó Bartolomew, dirigiéndose al invitado desconocido—. ¿Al de los maduros o al de los inmaduros?

Isabella abrió la boca, con la esperanza de que Dodge abriera la suya, a fin de poder clasificarlo. Pero Dodge siguió quieto, fija la mirada.

—¿Perdón, señor? —dijo, y todos le miraron—. Estaba contemplando los cuadros.

El cuadro no miraba a nadie. El cuadro los llevó por los senderos del silencio.

Lucy lo rompió.

—Voy a pedirle un favor, señora Manresa. Esta tarde, si se da la ocasión, ¿cantará usted?

¿Esa tarde? La señora Manresa se mostró horrorizada. ¿Ya era el día de la representación? No habría sospechado jamás que fuera aquella tarde. Ni en sueños se les habría ocurrido importunarles, si hubieran sabido que era aquella tarde. Y, desde luego, una vez más sonaron los campanilleos. Isa oyó el primero, el segundo y el tercero; si llovía, sería en el granero; si hacía buen tiempo, en la terraza. ¿Y qué tiempo haría, llovería o no? Todos miraron por la ventana. Entonces se abrió la puerta. Candish dijo que el señor Giles acababa de llegar. El señor Giles bajaría enseguida.

Giles acababa de llegar. Estacionado delante la puerta, había visto el automóvil plateado, con las iniciales R.M. enlazadas de tal manera que, de lejos, parecían un escudo nobiliario. Visitas, concluyó Giles, detuvo su automóvil detrás del otro y subió a su cuarto para cambiarse. El fantasma de los convencionalismos había salido a la superficie, del mismo modo que el rubor o las lágrimas asoman cuando te atrapa la emoción; así el coche había alterado su ánimo. Debía cambiarse. Y entró en el comedor ataviado como un jugador de críquet, con pantalones de franela y chaqueta azul con botones de latón; a pesar de estar furioso. ¿Acaso no había leído, en el diario matutino, en el tren, que dieciséis hombres habían sido abatidos a tiros, y otros apresados, allí, al otro lado del golfo, en las tierras llanas que les separaban del continente? Pero se cambió. Fue la tía Lucy, saludándole con la mano, al entrar, quien lo animó a cambiarse. Le echó las culpas igual que se echa el abrigo sobre un sillón, instintivamente. La tía Lucy, insensata, libre; la tía Lucy, quien, desde el día en que él, después de dejar los estudios universitarios decidió dedicarse al mundo de las finanzas, no había hecho más que expresar el pasmo que le producía y lo mucho que la divertía el que hubiera hombres que se pasaran la vida comprando y vendiendo —¿arados?,

¿cuentas de vidrio?, ¿o quizá acciones y obligaciones?— a salvajes que deseaban, rarísimo deseo —ya que, ¿acaso no eran muy bellos desnudos?—, vestir y vivir como los ingleses. Frívolo y malicioso planteamiento, aquel de la tía Lucy, de un problema que, por carecer él de dotes especiales y de capital, y por estar rabiosamente enamorado de su esposa —la saludó con una inclinación de cabeza, desde el otro lado de la mesa—, le había estado atormentando durante diez años. Si hubiera podido elegir, se habría dedicado a la agricultura. Pero no pudo elegir. Y una cosa llevó a la otra; y la acumulación de todas las cosas te aplasta; te atrapa, cual un pez en el agua. Así que había acudido, había ido a pasar el fin de semana, y se cambió.

—Buenas tardes —dijo, dirigiéndose a todos los presentes.

Con una inclinación de cabeza, saludó al invitado desconocido; se sentó delante de él; y atacó el filete de lenguado.

Él era la encarnación de cuanto la señora Manresa adoraba. Tenía el cabello rizado; lejos de estar hundida, como tantas otras barbillas, la suya era firme; recta la nariz, aunque corta; los ojos, no podía ser de otro modo con aquel cabello, azules; y por fin, para redondear la imagen, había en su expresión algo altanero, indómito, que incitaba a la señora Manresa, incluso ahora, a los cuarenta y cinco años, a renovar sus viejas armas.

«Es mi marido», pensó Isabella, mientras se saludaban con una inclinación de cabeza, con el ramo de flores multicolores de por medio. «El padre de mis hijos.» Funcionaba, ese viejo cliché; se sentía orgullosa; y sentía afecto; después volvía a sentirse orgullosa de sí misma, la mujer que él había elegido. Se sorprendía al descubrir, tras la mirada al espejo por la mañana y tras la punzada de deseo que la noche anterior le había despertado el terrateniente, hasta qué punto sentía hacia él, al verlo llegar, no como un pulcro caballero de ciudad, sino como un jugador de críquet, amor; y odio.

Se conocieron pescando en Escocia; ella en una roca, y él en otra. A ella se le había enredado el hilo; había cejado en su empeño y lo contempló, con las aguas veloces pasándole por entre las piernas, lanzando y lanzando el anzuelo, hasta que, como un grueso lingote de plata doblado, saltó el salmón, él lo atrapó y ella se enamoró de él.

Bartholomew también lo quería; y notó que estaba furioso —¿a santo de qué?—, pero recordó que tenían invitados. La familia no era familia en presencia de extraños. Tenía que contarles, con los debidos detalles, la historia de los cuadros que el invitado desconocido estaba contemplando al entrar Giles.

Indicó al hombre con el caballo:

—Se trata de un antepasado mío. Tenía un perro. Era un perro famoso. El perro ocupa un lugar en la historia. Y mi antepasado hizo constar sus deseos de que el perro fuera enterrado con él.

Todos miraron el cuadro.

Lucy rompió el silencio:

—Siempre me da la impresión de que está diciendo: «Pintad el perro».

—¿Y qué me dice del caballo? —preguntó la señora Manresa.

—El caballo —dijo Bartholomew, poniéndose las gafas.

Miró el caballo. Su grupa no era perfecta.

Pero William Dodge seguía mirando a la dama.

—Ah —dijo Bartholomew, que había comprado ese cuadro porque le gustaba el cuadro—. Es usted un artista.

Dodge lo negó, por segunda vez en media hora, o así se lo pareció a Isa.

¿Por qué razón una buena persona como la señora Manresa llevaba siempre a rastras

a aquellos individuos de media casta?, se preguntó Giles. Y con su silencio participó en la charla —es decir, Dodge meneó la cabeza.

—Me gusta ese cuadro.

Eso fue cuanto pudo decir.

—Y no se equivoca usted —dijo Bartholomew—. Un hombre, he olvidado cómo se llama, un hombre relacionado con un instituto, un hombre que se dedica a asesorar, gratis, a descendientes como nosotros, a degenerados descendientes, dijo... dijo... —Hizo una pausa. Todos contemplaban a la dama, pero ella miraba por encima de sus cabezas, sin mirar nada. Ella los llevaba, por verdes espesuras, hasta el corazón del silencio.

Bruscamente, la señora Manresa rompió el silencio:

—¿Dijo que era de *sir* Joshua?

—No, no —dijo William Dodge al instante, aunque en un murmullo.

«¿Por qué tiene miedo?», se preguntó Isabella. Flojo individuo, temeroso de manifestar sus propias opiniones, también ella sentía temor de su marido. ¿Acaso no escribía sus poesías en un libro atado como un libro de contabilidad para que Giles no sospechara nada? Miró a Giles.

Giles había terminado el pescado; había comido deprisa, para no hacerles esperar. Ahora tocaba la tarta de cerezas. La señora Manresa contaba los huesos y adivinaba su porvenir:

—Calderero, sastre, soldado, marinero, boticario, labrador... ¡Labrador! ¡Eso soy yo!

Y se mostró encantada de que las cerezas hubiesen confirmado que era una salvaje hija de la naturaleza.

—¿También cree en eso? —preguntó el anciano caballero, mofándose cortésmente de ella.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí! —exclamó.

Ahora estaba bien encarrilada. Volvía a ser una persona como Dios manda. Y ellos también se mostraron encantados, pues ya podían seguir la estela de la señora Manresa y alejarse de los plateados y pardos matices que conducían al corazón del silencio.

—Mi padre amaba la pintura —dijo Dodge a Isa, que se sentaba a su lado.

—¡El mío también! —exclamó Isa.

Nerviosa y atropelladamente, Isabella contó que, siendo niña, pasó una temporada, cuando tuvo la tos ferina, con un tío clérigo; que llevaba capelo; y que nunca hacía nada; ni siquiera predicaba; pero componía versos y, paseando por el jardín, los recitaba en voz alta.

—La gente creía que estaba loco —dijo—. Yo no.

Se calló.

El viejo Bartholomew dejó la cuchara en la mesa y dijo:

—Calderero, sastre, soldado, marinero, boticario, labrador... Parece que me toca ser ladrón. ¿Tomamos el café en el jardín? —Se levantó.

Isa arrastró su silla por la grava, murmurando:

—¿A qué tenebroso antro de la tierra ignota, o a qué bosque estremecido por el viento, iremos ahora? ¿O acaso saltaremos de estrella en estrella y bailaremos en el laberinto de la luna? O...

Isa sostenía al revés la silla plegable. El armazón con las muescas orientadas hacia abajo.

—¿Canciones que le enseñó su tío? —preguntó William Dodge, al oír el murmullo de Isa. Acto seguido, desplegó la silla y colocó la barra en la muesca correcta.

Isa se sonrojó, como si hubiera estado hablando en una habitación vacía y alguien la hubiera sorprendido saliendo de detrás de una cortina.

—Cuando se habla, mientras se hace algo con las manos, se dicen tonterías — tartajeó.

Pero ¿qué hacía William Dodge con sus manos, blancas, hermosas y bien formadas?

Giles volvió a entrar en la casa y sacó más sillas, que dispuso en semicírculo para que todos pudieran gozar de la vista y de la protección del viejo muro. Ya que, por una afortunada casualidad, se había construido un muro pegado a la casa, quizá con la intención de añadirle otra ala, en la zona más soleada. Pero no alcanzó el dinero; abandonaron el proyecto, y quedó el muro, solo el muro. Más tarde, otra generación había plantado frutales que, a su debido tiempo, extendieron anchamente sus ramas sobre los ladrillos de color rojo anaranjado, erosionados por la intemperie. La señora Sands afirmaba que el año había sido bueno cuando podía preparar seis botes de mermelada de albaricoque —los frutos de aquellos árboles jamás llegaban a ser suficientemente dulces para servirlos como postre—. Quizá pudieran proteger tres albaricoqueros con muselina. Pero eran tan bellos aquellos frutos desnudos, con una mejilla sonrojada y la otra verde, que la señora Swithin los dejaba desnudos y las avispas los agujereaban.

El terreno hacía pendiente, de manera que, en palabras de la *Figgi's Guide Book* (1833): «Se divisa el hermoso paisaje dibujado por sus perfiles... La aguja de Bolney Minster, los bosques de Rough Norton, y en un promontorio un poco a la izquierda, Hogben's Folly, así llamado por cuanto...».

Ahora la guía seguía diciendo la verdad. 1833 era verdad en 1939. No se había construido ninguna casa; no se había formado ninguna población. Hogben's Folly seguía en lo alto; la tierra muy llana, con parcelas de cultivo, solo había sufrido un cambio: el tractor había arrinconado el arado. El caballo había desaparecido, pero la vaca perduraba. Si Figgis regresara diría lo mismo. Y así lo repetían, cuando en verano se sentaban a tomar el café aquí, si tenían invitados. Cuando estaban solos, no decían nada. Contemplaban el paisaje; contemplaban aquello que conocían para ver si lo que conocían era quizá diferente hoy. Casi todos los días era igual.

—Esta es la razón por la que el paisaje es tan triste —dijo la señora Swithin reclinándose en la tumbona que Giles le había ofrecido—. Y tan hermoso. Todo seguirá aquí —con la cabeza señaló la franja de gasa que se extendía sobre los lejanos campos— cuando nosotros ya no estemos.

Giles desplegó su silla con una violenta sacudida. Esa era la única forma en que podía demostrar la rabia, la irritación, que le producían los viejos chochos que, sentados, se dedicaban a contemplar el paisaje y tomar café con leche, mientras Europa entera —allí, al lado— estaba erizada como... Giles no dominaba el arte de la metáfora. Solo la inexpresiva palabra «erizo» ilustraba su visión de Europa erizada de cañones, cubierta de aviones. En cualquier instante, los cañones podían destripar la tierra; los aviones podían reducir a astillas Bolney Minster y atacar Hogben's Folly. También a él le gustaba aquella vista. Y acusaba a tía Lucy de dedicarse a contemplar la vista, en vez de... ¿qué? Todo lo que tía Lucy había hecho fue casarse con un hacendado, ya fallecido, dar a luz dos hijos, uno residente en Canadá y el otro, casado, en Birmingham. El padre de Giles, tan querido por él, quedaba exento de censura, y, en cuanto a él, una cosa llevaba a otra; y así se veía sentado en compañía de viejos chochos, contemplando las vistas.

—Hermoso —dijo la señora Manresa—, hermoso —murmuró.

La señora estaba encendiendo un cigarrillo. La brisa le apagó la cerilla. Giles

ahuecó la mano y encendió otra. La señora Manresa también estaba exenta de censura, Giles no podía decir por qué.

—Usted que está tan interesado en la pintura —dijo Bartholomew, dirigiéndose al silencioso invitado—, explíqueme por qué razón nosotros, en cuanto raza, carecemos de interés, curiosidad y sensibilidad —el champán le había proporcionado un torrente de palabras insólitas y elevadas— con respecto a este noble arte, en tanto que la señora Manresa, y permítame mi querida señora esta libertad de viejo, se sabe a Shakespeare de memoria.

—¡A Shakespeare de memoria! —protestó la señora Manresa, adoptando una pose teatral—. Ser o no ser, he aquí la cuestión. Si este más noble... ¡Siga! —Y atizó un codazo a Giles, que se sentaba a su lado.

—Desvanecerse en la lejanía y olvidar lo que tú jamás supiste... —Isa dijo las primeras palabras que se le ocurrieron para sacar de apuros a su marido.

—El cansancio, la tortura, la angustia... —añadió William Dodge, mientras enterraba la colilla en la grava, justo entre dos piedras.

—¡Muy bien! —exclamó Bartholomew, levantando el dedo índice en el aire—. ¡Así queda demostrado! Qué resorte tocaré, qué cajón secreto mostrará sus tesoros, si digo —levantó más dedos—: ¡Reynolds! ¡Constable! ¡Crome!

—¿Por qué les llamamos «viejos»? —remató la señora Manresa.

—No tenemos las palabras —protestó la señora Swithin—, no tenemos las palabras. Detrás de los ojos; no en los labios; eso es todo.

—Pensamientos sin palabras... ¿es eso posible? —murmuró su hermano con tono meditativo.

—¡A esto no llego! —exclamó la señora Manresa meneando la cabeza—. ¡Es demasiado abstracto para mí! ¿Puedo servirme un poco más? Ya sé que está mal. Pero con mi edad, y con mi figura, puedo hacer lo que me dé la gana.

Cogió la jarrita de plata con la nata y dejó que el suave líquido se mezclara formando lujosas ondas con el café y luego añadió una buena cucharada de azúcar moreno. Sensual, rítmicamente, agitó la mezcla, trazando círculos y círculos.

—¡Tome cuanto quiera! —exclamó Bartholomew—. ¡Sírvase usted misma!

El anciano sentía que el champán le iba dejando de hacer efecto y se esforzaba, antes de que se hubiera desvanecido el último rastro de cordialidad, en sacarle cuanto partido pudiera, como quien echa una última mirada al cuarto iluminado, antes de acostarse.

La salvaje hija de la naturaleza, flotando una vez más en la marea de la benevolencia del anciano, lanzó una mirada, por encima de la taza de café con leche, a Giles, con quien se sentía secretamente identificada. Un hilo les unía, visible, invisible, como esos hilos, ahora vistos, ahora no vistos, que unen los trémulos tallos de la hierba en otoño, antes de que amanezca. Solo le había tratado una vez, durante el partido de críquet. Y, en aquella ocasión, se había formado entre los dos el hilo del alba que precede a la aparición de las ramas y el follaje de la verdadera amistad. Miró, antes de beber. Mirar formaba parte del beber. ¿Por qué desperdiciar sensaciones, parecía preguntar la señora Manresa; por qué desperdiciar siquiera una gota de entre todas las que cabe exprimir de este mundo maduro, dulce y adorable? Entonces bebió. Y el aire a su alrededor se tejió de sensaciones. Bartholomew lo sintió; Giles lo sintió. Si Giles hubiera sido caballo, la delgada y castaña piel se le hubiera estremecido, como si una mosca se hubiera posado en ella. Isabella también se estremeció. Los celos y el enojo traspasaron su piel.

—Y ahora —dijo la señora Manresa soltando la taza— este espectáculo en el cual

hemos irrumpido y nos hemos inmiscuido —dando a entender que había madurado como el albaricoque que las avispas estaban agujereando—, dígame, ¿en qué consiste? —Volvió la cabeza—. ¿No lo oyen? —Escuchó. Oyó risas, allí, entre los arbustos, allí donde la terraza lindaba con los arbustos.

Más allá del estanque de los nenúfares el terreno volvía a hundirse y, en la hondonada, se habían apiñado los arbustos y las zarzas. El lugar estaba siempre en sombra, moteada de sol en verano, oscura y húmeda en invierno. En verano, siempre había mariposas; menudas mariposuelas veloces; rojas mariposas que revoloteaban sin ambiciones alrededor de una mata como lecheras con vestidos de muselina, satisfechas de consumir la vida allí. Generación tras generación, la caza de mariposas comenzaba allí; para Bartholomew y Lucy; para Giles; para George acababa de empezar el día anterior, cuando, con su redecilla verde, atrapó una mariposa blanca.

Era el lugar ideal para el vestuario, tal como, evidentemente, la terraza era el sitio ideal para la representación.

La primera vez que los visitó y le enseñaron la finca, la señorita La Trobe había exclamado:

—¡Es el sitio ideal!

Y era invierno. Los árboles estaban desnudos.

—Es el sitio ideal para presentar un espectáculo al aire libre, señor Oliver —había exclamado la señorita La Trobe—. Aquí, entre los árboles...

Y agitó la mano en dirección a los árboles desnudos, a la clara luz de enero.

—Ahí, el escenario; aquí, el público; y allá abajo, entre las matas, un vestuario perfecto para los actores.

La señorita La Trobe siempre se lanzaba de cabeza a organizar cosas. Pero ¿de dónde procedía? Con aquel apellido, no cabía presumir que fuera una inglesa pura. ¿De las islas del canal, quizá? Sus ojos y ese aire tan suyo siempre hicieron sospechar a la señorita Bingham que la señorita La Trobe tenía sangre rusa. «Aquellos ojos hundidos, aquel mentón tan rectangular» le recordaban a la señora Bingham —y conste que no había estado en Rusia— a los tártaros. Se rumoreaba que la señorita La Trobe había regentado un salón de té en Winchester; que había fracasado. Que había sido actriz. Que había fracasado. Que había comprado una casita de campo con cuatro dormitorios y la había compartido con una actriz. Y que se habían peleado. En realidad, poco se sabía de la señorita. Físicamente, era morena, fuerte y recia; iba por los campos con una larga camisa de obrero; a veces con un cigarrillo en los labios; a menudo con un látigo en la mano; y solía emplear un lenguaje un tanto subido de tono —¿quizá, entonces, no era una dama? De todos modos, se lanzaba de cabeza con pasión a organizar cosas.

Las risas se apagaron.

—¿Van a actuar? —preguntó la señora Manresa.

—Actuarán, cantarán, bailarán. Harán un poco de todo —dijo Giles.

—La señorita La Trobe es una mujer con una gran energía —dijo la señora Swithin.

—Consigue que todos trabajemos —dijo Isabelle.

—Nuestro papel es ser público —dijo Bartholomew—. Un papel muy importante, sin duda.

—Y también ponemos el té —dijo la señora Swithin.

—¿Quieren que les ayudemos? —propuso la señora Manresa—. ¿A cortar pan y mantequilla?

—No, no —protestó el señor Oliver—. Nosotros somos el público.

—Un año, representamos *Gammer Gurton's Needle* —dijo la señora Swithin—. Otro año, escribimos la obra nosotros mismos. El hijo del herrero, ¿Tony? ¿Tommy?, tenía una voz maravillosa. Y Elsie, la de los Crossway, hizo unas imitaciones maravillosas. Nos imitó a todos. A Bart, a Giles y a la Vieja Flimsy, que soy yo. Son personas con talento, mucho. El problema es el siguiente: sacarlo a flote. Y precisamente en ello es en lo que destaca la señorita La Trobe. Desde luego, se puede elegir entre toda la literatura inglesa. Pero ¿cómo elegir? A menudo, un día de lluvia, hago recuento; de lo que he leído; y de lo que no he leído.

—Y siempre deja los libros en el suelo —dijo su hermano—. Igual que aquel cerdito del cuento; ¿o era un asno?

La señora Swithin se echó a reír, dando ligeros golpes, con las puntas de los dedos, en la rodilla de su hermano.

—Ese asno no podía decidirse a elegir entre la paja y los nabos, con lo que se murió de hambre —explicó Isabella.

Había hablado para interponerse —con cualquier cosa— entre su tía y su marido, quien aquella tarde no podía soportar esa clase de conversación. Libros abiertos; sin llegar a conclusiones y él sentado entre el público.

«Estaremos sentados.» «Somos el público.» Esa tarde, las palabras no parecían asentarse en la frase. Se levantaban, amenazaban, sacudían los puños ante uno. Esa tarde, él no era el Giles Oliver que había acudido allí para ver a unos lugareños actuando en la representación teatral anual, sino que se sentía encadenado a una roca, obligado a contemplar pasivamente un indescriptible horror. Su cara así lo expresaba; e Isa, sin saber qué decir, bruscamente, casi a propósito, tiró una taza de café.

William Dodge la cogió al vuelo. La sostuvo durante unos instantes. Le dio la vuelta. Por la marchita marca azul, como dagas cruzadas, en la reluciente parte posterior, supo que la taza era inglesa, quizá hecha en Nottingham; hacia 1760. La expresión de William Dodge, al contemplar las dagas, y llegar a semejante conclusión, le dio a Giles otro pretexto para depositar su rabia, como quien deja caer un abrigo en un sofá. Adulador; lisonjero; no un hombre sensato en sus cabales; sino guasón e inquieto; dado a toquetearlo todo en busca de sensaciones; a probar y a elegir; a perder el tiempo; no era un hombre capaz de amar como es debido a una mujer —su pensamiento estaba cercano al de Isa—, sino simplemente un... Al llegar a esta palabra, que no podía pronunciar en público, apretó los labios y el sello que lucía en el meñique pareció más rojo, ya que, al agarrar Giles con fuerza el brazo de la silla la carne palideció a su alrededor.

—¡Qué divertido! —gritó la señora Manresa con su voz aflautada—. Un poco de todo. Una canción; una danza, y luego una obra teatral interpretada por los lugareños. —Inclinó la cabeza a un lado, hacia Isabella, y añadió—: Pero estoy segura de que ha sido ella quien la ha escrito. ¿Verdad, señora Giles?

Isa enrojeció y lo negó.

—Yo, si quieren que les diga la verdad —prosiguió la señora Manresa—, soy absolutamente incapaz de poner dos palabras juntas. No sé lo que me pasa, pese a lo mucho que le doy a la lengua, en cuanto cojo una pluma...

Hizo una mueca y dobló los dedos como si sostuvieran una pluma, pero la pluma que sostenía así sobre la mesilla se negó terminantemente a moverse.

—Y mi letra, tan grandota, tan torpe... —Hizo otra mueca y dejó caer la pluma invisible.

Con gran delicadeza, William Dodge dejó la taza en el plato. La señora Manresa,

como si se refiriese a la delicadeza con que Dodge había realizado aquel movimiento y atribuyéndole la misma habilidad en la escritura, dijo:

—Escribe maravillosamente. Todas las letras perfectamente enlazadas.

De nuevo todos miraron a William Dodge. Instantáneamente, se metió las manos en los bolsillos.

Isabella adivinó la palabra que Giles no había pronunciado. Bueno, si William Dodge era aquella palabra, ¿qué había de malo? ¿Por qué juzgar al prójimo? ¿Acaso lo conocemos? No aquí, no ahora. Pero, en algún lugar, esta nube, esta espuma, esta duda, esta bruma... Esperó la llegada de una palabra que rimara, pero no llegó la palabra. Aunque en algún lugar sin duda brillaría un sol y todo, sin la menor duda, sería claro.

Se sobresaltó. De nuevo llegó a ella el sonido de la risa.

—Creo que ya les oigo —dijo—. Se están preparando. Se están vistiendo entre las matas.

La señorita La Trobe paseaba de aquí para allá, entre los inclinados abedules. Llevaba una mano profundamente hundida en el bolsillo de la chaqueta; en la otra sostenía un folio. Lo estaba leyendo. Parecía un capitán paseando por el puente de mando. Los gráciles árboles inclinados, con negros brazales alrededor de la corteza de plata, se hallaban aproximadamente a una distancia de una eslora.

¿Llovería o haría buen tiempo? Había salido el sol; y, protegiéndose los ojos, con el gesto propio de un almirante en su puesto de mando, la señorita La Trobe decidió arriesgarse a celebrar la representación al aire libre. Ya no cabía la duda. Dio la orden de que todo el material fuera trasladado del granero a las matas. Y los actores, mientras ella paseaba, asumiendo toda la responsabilidad y deseando buen tiempo, o al menos que no lloviera, se vistieron entre las zarzas. De ahí las risas.

La ropa estaba desparramada por la hierba. Coronas de cartón, espadas de papel de plata, turbantes hechos con trapos de cocina de seis peniques yacían en la hierba o sobre las zarzas. Había lagunas de rojo y de púrpura en la sombra, destellos de plata bajo el sol. Los vestidos atraían a las mariposas. Rojo y plata, azul y amarillo, desprendían calidez y dulzura. Mariposas rojas absorbían glotonas la sustancia de los trapos de cocina; mariposas blancas bebían la helada frialdad del papel de plata. Revoloteando, saboreando, volviendo otra vez, cataban los colores.

La señorita La Trobe detuvo sus pasos y contempló la escena.

—Tiene lo necesario... —murmuró. Ya que después de la obra que acababa de escribir, siempre había otra. Proyectando sobre sus ojos la sombra de la mano, la señorita La Trobe miró. Las mariposas trazaban círculos; la luz cambiaba; los niños saltaban; las madres reían—. No, no lo veo claro —masculló, volviendo a lo suyo.

Bossy, la Mandona, la llamaban a sus espaldas, de la misma manera que llamaban Flimsy, la «Floja», a la señora Swithin. Sus bruscos modales y su fornida figura, sus gruesos tobillos y sus recios zapatos, las rápidas decisiones que expresaba a ladridos con acentos guturales, todo los mortificaba. A nadie le gustaba recibir órdenes por separado. Pero en pequeños grupos recurrían a ella. Alguien tenía que dirigir. Además, así podían echarle las culpas. ¿Y si llovía?

—¡Señorita La Trobe! —gritaron entonces—. ¿Dónde ponemos esto?

La señorita La Trobe se detuvo. Iris y David sostenían, cada uno con una mano, el gramófono. No debía verse; pero tenía que colocarse a una distancia que permitiera que el público lo oyese. ¿Acaso no había dado ya las órdenes oportunas? ¿Dónde estaban las vallas cubiertas de hojas? A buscarlas. El señor Streatfield dijo que se encargaría del

asunto. ¿Dónde estaba el señor Streatfield? Por allí no se veía a clérigo alguno. ¿Andaría por el granero?

—Tommy, ve a buscar al señor Streatfield.

—Tommy sale en la primera escena.

—Pues que vaya Beryl.

Las madres discutían. El hijo de una había sido elegido; el hijo de otra, no. Injustamente se prefería el cabello rubio al oscuro. La señora Ebury había prohibido a Fanny que actuara, por temor a la urticaria. En el pueblo no lo llamaban urticaria.

La casita de la señora Ball no era lo que suele llamarse trigo limpio. Durante la última guerra, estando su marido en las trincheras, la señora Ball había convivido con otro hombre. La señorita La Trobe conocía aquellos pormenores, pero no quería inmiscuirse en semejantes asuntos. La señorita La Trobe se dejaba caer sobre aquel delicado engranaje como caería un pedrusco en el estanque de los nenúfares. El entrecruzado quedaba destrozado. Solo las raíces bajo el agua tenían utilidad para la señorita La Trobe. La vanidad, por ejemplo, hacía que todos fueran maleables. Los muchachos querían los papeles importantes; las chicas querían los vestidos hermosos. Pero era preciso controlar los gastos. Diez libras era el máximo. Por eso, se transgredían los convencionalismos. Envueltos en convencionalismos, no veían, al contrario que la señorita La Trobe, que un trapo de cocina liado a la cabeza, al aire libre, parecía mucho más lujoso que la auténtica seda. Y se peleaban; pero ella se mantenía al margen. Mientras esperaba al señor Streatfield, paseaba entre los abedules.

Los otros árboles eran magníficamente rectos. No eran totalmente regulares; sí lo suficiente para evocar columnas de iglesia; de una iglesia sin techo; de una catedral al aire libre, de un lugar donde las golondrinas, con su rápido vuelo, parecían, gracias a la regularidad de los árboles, trazar un dibujo, bailando, como los rusos, no solo al son de la música, sino también al ritmo inaudible de sus salvajes corazones.

Las risas se apagaron.

—Debemos revestir nuestras almas de paciencia —volvió a decir la señora Manresa—. ¿O podemos ayudar a colocar las sillas? —preguntó lanzando una mirada por encima del hombro.

Candish, un jardinero y una doncella estaban trasladando las sillas para el público. El público no tenía nada que hacer. La señora Manresa sofocó un bostezo. Guardaban silencio. Contemplaban la vista, como si en uno de aquellos campos pudiera ocurrir algo que les aligerase la intolerable carga de estar sentados, en silencio, juntos. Sus mentes y sus cuerpos estaban demasiado cerca, pero no lo suficiente. No somos libres, cada uno de ellos pensaba por separado, para pensar y sentir por separado, ni siquiera para dormirmos. Estamos demasiado cerca, pero no lo suficientemente cerca. Por eso se inquietaban.

El calor se había intensificado. Las nubes habían desaparecido. Todo era sol, ahora. La vista revelada por la luz había quedado aplanada, silenciada, aquietada. Las vacas estaban inmóviles; el muro de ladrillo, que ya no daba cobijo, hacía rebotar partículas de calor. El viejo señor Oliver lanzó un profundo suspiro. Su cabeza dio una brusca sacudida; su mano cayó. Cayó a unos dos centímetros de la cabeza del perro, en la hierba, a su lado. Después el viejo Oliver volvió a subir la mano y la posó sobre la rodilla.

Giles lanzaba chispas por los ojos. Sujetándose con fuerza las rodillas con las manos, miraba los campos llanos. Miraba, lanzaba chispas y guardaba silencio.

Isabella se sentía presa. Por entre las barras del calabozo, por entre la neblina de sueño que las separaba, romas flechas le asaeteaban; de amor, después de odio. Por entre

los cuerpos de los demás, no sentía amor u odio con claridad. Con más conciencia sentía — había bebido vino dulce durante el almuerzo— el deseo de beber agua. «Una jarra de agua fresca, una jarra de agua fresca», repetía, y veía agua rodeada de muros de reluciente cristal.

La señora Manresa deseaba reposar, aovillada en un rincón, con una almohada, una revista y una bolsa de caramelos.

La señora Swithin y William contemplaban la vista manteniendo la distancia y con un aire de indiferencia.

Cuán tentador, cuán verdaderamente tentador, dejar que la vista triunfara; reflejar su susurro; dejar que sus propias mentes susurraran; dejar que los perfiles se alargaran y se arrojaran sobre ellos —así— con una brusca sacudida.

La señora Manresa cedió, cayó, se desmoronó y luego se irguió.

—¡Qué vista! —exclamó, mientras fingía sacudir la ceniza del cigarrillo, aunque en realidad estaba ocultando su bostezo. Después suspiró en un intento de expresar, no su modorra, sino algo relacionado con sus sentimientos acerca de las vistas.

Nadie contestó a la señora Manresa. Los campos llanos irradiaban verde amarillento, azul amarillento, rojo amarillento y, después, de nuevo azul. Era una repetición sin sentido, fea, pasmosa.

—Y ahora —dijo la señora Swithin en voz baja, como si hubiera llegado el preciso momento de hablar, como si lo hubiera prometido y ese fuera el instante de cumplir su promesa— venga, venga, que le enseñaré la casa.

No se había dirigido a nadie en particular. Pero William Dodge sabía que la señora Swithin había pensado en él. Se levantó de golpe, como un juguete del que tiran bruscamente con un cordel.

—¡Qué energía! —medio suspiró, medio bostezó la señora Manresa.

«¿Me atreveré a ir yo también?», se preguntó Isabella. Se alejaban; ante todo, Isabella deseaba agua fresca, una jarra de agua fresca; pero el deseo se desvaneció, ahogado por los tristes deberes de Isabella para con los otros. Los veía alejarse, la señora Swithin con paso vacilante pero vivaz; y Dodge suelto y erguido, caminando a su lado, por las ardientes losas al pie del muro recalentado, hasta llegar a la sombra de la casa.

Cayó una caja de cerillas, de Bartholomew. Sus dedos la habían soltado; la había dejado caer. Renunció a seguir el juego; no estaba dispuesto a que le dieran la lata. Con la cabeza a un lado, la mano colgando sobre la cabeza del perro, se durmió; roncó.

La señora Swithin se detuvo un instante en el vestíbulo, entre las mesas de patas con garras doradas.

—Esto es la escalera —dijo—. Y, ahora, subamos.

Empezó a subir, dos peldaños por delante del invitado. A medida que avanzaban, una amplia superficie de amarillo satén iba extendiéndose en la agrietada tela del cuadro.

—No es una antepasada nuestra —dijo la señora Swithin, cuando llegaron a la altura de la cabeza del cuadro—. Pero la consideramos como de la familia porque la hemos conocido... Oh, desde hace muchos, muchos años. ¿Quién fue? —Miró—. ¿Quién la pintó? —Meneó la cabeza. La señora del cuadro estaba radiante, como si se dispusiera a ir a un banquete, bañada por el sol—. Pero me gusta más a la luz de la luna —comentó la señora Swithin. Y subió más peldaños.

Jadeaba un poco al subir la escalera. Después pasó la mano por los lomos de los libros hundidos en el muro del descansillo, como si fueran teclas.

—Aquí están los poetas de quienes descendemos, en cuanto a pensamiento se

refiere, señor...

Había olvidado su apellido. Y, sin embargo, lo había elegido a él.

—Mi hermano dice que construyeron la casa orientada al norte para que quedara resguardada, no al sur en busca de sol. Por eso en invierno están húmedos. Veamos, ¿qué viene a continuación?

Se detuvo. Había una puerta.

—La sala de la mañana. —Abrió la puerta—. Aquí, mi madre recibía.

Había dos sillas frente a frente, a uno y otro lado de una repisa de chimenea bellamente labrada. William Dodge miró por encima del hombro de la señora Swithin.

La señora Swithin cerró la puerta.

—Subamos, sigamos subiendo. —Y siguieron subiendo—. Y subían y subían —dijo la señora Swithin, jadeando y como si, al parecer, viera una procesión invisible—. Subían para ir a la cama. Un obispo, un viajero... He olvidado cómo se llamaban. Lo ignoro. Lo he olvidado.

Se detuvo ante una ventana en el pasillo y apartó la cortina. Abajo se extendía el jardín, bañado por el sol. La hierba lucía suave y brillante. Tres palomas blancas coqueteaban y caminaban de puntillas, como señoras engalanadas para un baile de disfraces. Sus cuerpos elegantes se balanceaban al compás de los leves y delicados pasos que daban con sus patitas rosadas sobre la hierba. De repente, se alzaron batiendo las alas, trazaron un círculo y se alejaron volando.

—Y, ahora, los dormitorios —dijo la señora Swithin.

Golpeó dos veces, muy nítidamente, una puerta. Con la cabeza inclinada a un lado, escuchó.

—Nunca se sabe —masculló— si hay alguien dentro. —Entonces abrió la puerta de par en par.

William Dodge casi esperaba ver a alguien allí, a alguien desnudo, a medio vestir o rezando de rodillas. Pero el cuarto estaba vacío. Imperaban en él una limpieza y un orden perfectos, nadie había dormido allí desde hacía varios meses, era un dormitorio de invitados. Sobre el tocador había velas. La colcha estaba estirada. La señora Swithin se detuvo junto a la cama.

—Aquí —dijo—, sí, aquí. —Y con las puntas de los dedos golpeó la colcha—. Aquí nació yo. En esta cama.

Su voz se apagó. Se dejó caer sentada en el borde de aquella cama. Sin duda alguna, la escalera y el calor la habían fatigado.

—Pero tenemos otras vidas, pienso, espero —murmuró—. Vivimos en otros, señor... Vivimos en las cosas.

Había hablado con sencillez. Había hablado con esfuerzo. Había hablado como si se hubiera visto obligada a superar su cansancio, por caridad hacia un extraño, un invitado. Había olvidado su apellido. Dos veces había dicho «señor» y se había callado.

Los muebles eran victorianos, comprados en Maples, quizá en los años cuarenta. La alfombra estaba cubierta de puntos morados. Y un círculo blanco señalaba el lugar donde en otros tiempos había estado el cubo para el agua sucia, junto al palanganero.

¿Podía él decir «Me llamo William»? Deseaba hacerlo. Vieja y frágil, la mujer había subido la escalera. Había pensando en voz alta, sin saber, sin importarle si él la consideraba, como así era, intrascendente, sentimental y tonta. Le había ofrecido la mano para ayudarlo a subir a un lugar elevado. Ella había adivinado su problema. Ella estaba sentada en la cama y él la había oído cantar, balanceando sus piernecillas: «Ven y mira mis

algas, ven y mira mis conchas, ven y mira mi pajarito pío pío saltando en la jaula», una vieja canción infantil para distraer a los niños. En pie junto al armario, colocado en el rincón, la vio reflejada en el cristal. Separados del cuerpo, sonreían sus ojos, sus ojos sin cuerpo, a sus ojos reflejados en el cristal.

Entonces la señora Swithin se dejó resbalar hacia delante, en la cama, y se puso en pie.

—Y, ahora —dijo—, ¿qué viene a continuación? —A pasitos echó a andar por el pasillo. Había una puerta abierta. Todos estaban fuera, en el jardín. El cuarto era como un barco abandonado por su tripulación. Los niños habían estado jugando: había un caballo con manchas en medio de la alfombra. La niñera había estado cosiendo: había un retal de tela en la mesa. El bebé había estado en la cuna. La cuna estaba vacía.

—El cuarto de los niños —dijo la señora Swithin.

Las palabras se alzaron y adquirieron un valor simbólico. La señora Swithin parecía haber dicho: «La cuna de nuestra raza».

Dodge cruzó la estancia, se acercó a la chimenea, y miró el perro de Terranova que había en la felicitación navideña clavada en la pared. Flotaba en la habitación un olor cálido y dulce; a ropas secándose; a leche; a galletas y agua caliente. En la felicitación navideña se leía «Buenos amigos». Por la puerta abierta llegó un sonido de pasos apresurados. Dio media vuelta. La vieja había salido al pasillo y se apoyaba en la ventana.

Dejó la puerta abierta para que la tripulación regresara y se reuniera con ella.

Abajo, en el patio que se extendía bajo la ventana, se iban acumulando automóviles. Sus techos negros y estrechos estaban juntos, como las losas que forman la superficie del suelo. Los chóferes saltaban de los vehículos, las ancianas movían remilgadas sus piernas negras con zapatos de hebilla de plata y los ancianos, pantalones de rayas. Muchachos con pantalones cortos saltaban por un lado; muchachas con las piernas del color de la piel, por el otro. La grava amarilla gemía y murmuraba. El público se iba reuniendo. Pero ellos, mirando desde la ventana, estaban lejos, aislados. Juntos asomaron la mitad del cuerpo por la ventana.

Y entonces sopló la brisa y todas las cortinas de muselina revolotearon hacia fuera, como si una majestuosa diosa, levantándose del trono en que estaba sentada entre sus pares, hubiera arrojado lejos de sí su atuendo de color ámbar, y los otros dioses, al ver que se levantaba y se iba, hubieran reído, y sus risas la hubieran hecho flotar, alejándola.

La señora Swithin se llevó la mano al pelo, ya que la brisa se lo había despeinado.

—Señor... —comenzó a decir.

—Me llamo William —la interrumpió él.

Al oírlo, la señora Swithin dibujó una encantadora sonrisa de niña, como si el viento hubiera calentado el azul invernal de sus ojos y lo hubiera tornado ámbar.

—Le he apartado de sus amigos, William —se disculpó—, y me lo he traído conmigo, porque sentía una herida aquí.

Se tocó su huesuda frente por la que una vena azul se retorció como un gusano azul. Pero sus ojos, en sus cavernas óseas, eran todavía brillantes. William Dodge solo veía sus ojos. Y sintió deseos de arrodillarse ante ella, besarle la mano y decir: «En el colegio me pusieron debajo de un cubo de agua sucia, señora Swithin; cuando miré, el mundo era sucio, señora Swithin; por eso me casé; pero mi hijo no es mi hijo, señora Swithin. Soy medio hombre, señora Swithin; una pequeña culebra de mente escindida que reptaba vacilante entre la hierba, señora Swithin, como bien ha visto Giles; pero usted me ha curado...». Eso habría querido decir; pero no dijo nada; y la brisa siguió avanzando torpemente por los

pasillos, haciendo revolotear las cortinas hacia fuera.

Una vez más William Dodge miró y la señora Swithin dirigió la mirada hacia abajo, hacia la grava amarilla que formaba una media luna ante la puerta. Pendiendo de la cadena, la cruz de la señora Swithin se balanceó cuando ella inclinó el cuerpo hacia delante, fuera de la ventana, y el sol incidió en ella. ¿Cómo era posible que aquel leve símbolo de la cruz fuese el contrapeso de la señora Swithin? ¿Cómo era posible que la señora Swithin, tan etérea, tan variable, luciera aquella imagen? Mientras William Dodge miraba aquel símbolo, tanto él como ella dejaban de estar ausentes. Los murmullos de las ruedas hablaban claramente: «Corred, corred, corred —parecían decir— o llegaréis tarde. Corred, corred, corred o ya estarán ocupados los mejores sitios».

—Oh —gritó la señora Swithin—, ¡el señor Streatfield!

Y vieron a un clérigo, un fornido clérigo, que llevaba una valla, una valla con hojas. Avanzaba entre los automóviles con el aire propio de una persona dotada de autoridad a quien se espera y está llegando.

—Ha llegado el momento —dijo la señora Swithin— de ir y reunirse... —Dejó la frase inconclusa, como si participara de dos pareceres y cada uno de ellos aleteara, uno a la derecha y otro a la izquierda, cual dos palomas alzando el vuelo desde la hierba.

El público se iba reuniendo. Aparecía por los senderos y se esparcía por el prado. Algunos eran ancianos, otros estaban en la flor de la vida. Entre ellos había niños. Entre ellos, como el señor Figgis habría advertido, había representantes de las más respetadas familias: los Dyce de Denton; los Wickham de Owlswick; y demás. Algunos vivían allí desde hacía siglos y jamás habían vendido ni media hectárea. Por otra parte, estaban los nuevos, los Manresa, que se dedicaban a modernizar las casas, instalando cuartos de baño. Y, luego, gente diversa, como Cobbet de Cobbs Corner, jubilado, al parecer, después de prestar sus servicios en una plantación de té. No gran cosa. Él mismo se ocupaba de los quehaceres domésticos y cuidaba el huerto. La construcción de una fábrica de automóviles y de un aeropuerto en los alrededores había atraído a una población flotante y sin arraigo. Y también estaba el señor Page, el periodista, representante del periódico local. Sin embargo, en términos generales, si Figgis hubiera estado presente y hubiese pasado lista, la mitad de las damas y los caballeros hubiera contestado: «*Adsum*; estoy aquí, en el lugar de mi abuelo o de mi bisabuelo», según fuera el caso. En ese preciso instante, a las tres y media de un día de junio de 1939, estaban saludándose, mientras se sentaban, procurando hacerlo, cuando era posible, en asientos contiguos, y decían:

—¡Qué horrible esa casa nueva en Pyes Corner! ¡Qué horror! ¡Y esas casitas! ¿Las han visto?

Y, asimismo, si Figgis hubiera gritado los nombres de los lugareños, también habrían contestado. La señora Sands, de soltera Iliffe; la madre de Candish era una Perry. Los verdes montículos del cementerio se alzaban sobre sus restos que, durante siglos, ablandaron la tierra. Ciertamente es que cuando el señor Streatfield pasaba lista en la iglesia faltaban algunos. La motocicleta, el autobús y el cine —cuando el señor Streatfield pasaba lista, les cargaba las culpas.

Filas de sillas, sillas plegables, sillas doradas, sillas de mimbre alquiladas y sillas de jardín autóctonas habían sido arrastradas hasta la terraza. Había asientos suficientes para todos. Pero algunos preferían sentarse en el suelo. Sin duda, la señorita La Trobe había dicho la verdad al exclamar: «¡Es el lugar ideal para un espectáculo popular!». El prado era tan llano como la platea de un teatro. La terraza, alzada, constituía un escenario natural perfecto. Los árboles parecían las columnas de un escenario. Y la figura humana

destacaban muchísimo contra el cielo. En cuanto al tiempo, era, contra todo pronóstico, muy bueno. Una tarde de verano perfecta.

—¡Qué suerte! —exclamó la señora Carter—. El año pasado...

Entonces comenzó la representación. ¿Se trataba o no de la representación? De las matas, llegaba un ruido: chuf, chuf, chuf. El ruido propio de una máquina averiada. Algunos se sentaron apresuradamente; otros dejaron de hablar, avergonzados. Todos miraron hacia las matas. Pero el escenario continuaba vacío. Chuf, chuf, chuf, zumbaba la máquina entre las matas. Mientras miraban con temor y algunos remataban las frases, una niña pequeña, como un capullo de color rosa, avanzó; se puso sobre una alfombrilla, detrás de una caracola adornada con hojas, y pió:

Nobles y villanos, a todos me dirijo...

Así que se trataba de la representación. ¿O quizá era el prólogo?

A todos me dirijo (continuó la niña),

señores y villanos,

que hoy aquí habéis venido

y os habéis reunido

para ver en escena

de esta isla el pasado.

Inglaterra yo soy...

—La niña es Inglaterra —cuchichearon—. Ha comenzado.

Después de mirar el programa, añadieron:

—Esto es el prólogo.

—«Inglaterra yo soy» —volvió a piar la niña; y se calló.

Había olvidado el papel.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó muy diligente un anciano ataviado con un chaleco blanco.

—¡Maldición! —exclamó la señorita La Trobe, escondida detrás de un árbol.

Recorrió con la vista la primera fila. Todos estaban rígidos, con la vista fija, como si una mala helada los hubiera dejado envarados, todos iguales. Solo Bond, el vaquero, parecía desenvuelto y natural.

—¡Música! ¡Música! —ordenó la señorita La Trobe.

Pero la máquina continuaba: chuf, chuf, chuf. La señorita La Trobe apuntó a la niña:

—«Soy niñita nacida...».

Soy niñita nacida (prosiguió Phyllis Jones)

y de la mar surgida,

por vientos de tormenta

de Francia y Alemania

desunida.

Soy esta isla.

La niña miró hacia atrás, por encima del hombro. La máquina zumbaba, chuf, chuf, chuf. Una larga fila de lugareños, con camisa de arpillera, comenzó a pasar y a volver a pasar, uno tras otro, detrás de la niña, por entre los árboles. Cantaban, pero ni una sola palabra llegaba al público.

Inglaterra yo soy (continuó Phyllis Jones de cara al público),

ahora pequeña y débil,

una niña me veis...

Sus palabras caían sobre el público como un chaparrón de duras piedrecillas. La

señora Manresa, justo en el centro, sonreía; pero tenía la impresión de que se le agrietaba la piel cuando sonreía. Mediaba un ancho vacío entre ella, los lugareños que cantaban y la niña que piaba.

Chuf, chuf, chuf, repetía la máquina como una segadora mecánica en un día caluroso.

Los lugareños cantaban, pero la mitad de sus palabras se las llevaba el viento.

Por atajos... a lo alto de la colina... ascendemos. Por el valle... marranas, jabalíes, verracos, rinocerontes, ciervos... En lo alto de la colina nos asentamos... Profundas raíces entre las piedras... Molimos grano... hasta que también nosotros... yacimos bajo la tieeeeerraaaaa...

Las palabras se extinguieron. Chuf, chuf, chuf, incansable, repetía la máquina. ¡Por fin, la máquina soltó una canción!

Armado contra el sino
el valiente Roderico,
armado y valeroso,
osado y ardoroso,
firme y poderoso...

La pomposa tuna popular rugía y rebuznaba. La señorita La Trobe, detrás del árbol, observaba. Los músculos se habían relajado; el hielo se había roto. La oronda señora, situada en el centro, comenzó a seguir el ritmo, golpeando la silla con la mano. La señora Manresa tarareaba:

Tengo mi hogar en Windsor, la alquería.
Royal George es el nombre de la hostería.
Y, mis buenos muchachos, podéis creerme,
tan solo pido...

La señora Manresa nadaba arrastrada por la corriente de la melodía. Irradiando realeza, satisfacción y buen humor, la salvaje hija de la naturaleza era la reina del festival. La representación había comenzado.

Pero se interrumpió.

—¡Oh, esas interrupciones, qué tortura! —gruñó la señorita La Trobe, detrás del árbol.

—Siento mucho haberme retrasado —dijo la señora Swithin.

Se abrió paso entre las sillas hasta llegar al asiento libre que se hallaba al lado de su hermano.

—¿De qué trata? Me he perdido el prólogo. ¿Inglaterra? ¿La niña? Ahora se va...
Phillys había abandonado la alfombra.

—¿Y esa quién es? —preguntó la señora Swithin.

Era Hilda, la hija del carpintero. Ahora se encontraba en el lugar en que antes estaba Inglaterra.

—«Oh, Inglaterra es ya muchacha...» —apuntó la señorita La Trobe.

—«Oh, Inglaterra es ya muchacha crecida» —entonó Hilda.

(«¡Qué voz tan hermosa!», exclamó alguien.)

Con rosas en el pelo,
rosas silvestres, bermejas,
corre senderos y escoge
guirnaldas para sus trenzas.

—¿Un almohadón? Muchas gracias —dijo la señora Swithin. —Y se puso el

almohadón en la espalda. Después se inclinó hacia delante y dijo—: Esta es la Inglaterra de los tiempos de Chaucer, me parece. La chica ha estado bailando y tonteando. Lleva flores en el pelo... Pero ¿quiénes son esos que pasan detrás de ella? —señaló—. ¿Los peregrinos de Canterbury? ¡Mira, mira!

Todo el rato, los lugareños estaban pasando y volviendo a pasar por entre los árboles. Cantaban, pero solo se oía alguna que otra palabra suelta como «... hundimos las raíces en la hierba... construimos la casa en el sendero...». El viento se llevaba las palabras que enlazaban dando sentido a su recitado y, cuando todos ellos llegaron al árbol situado en el extremo, cantaron:

Al templo del santo... a la tumba... amantes... creyentes... venimos...

Se agruparon.

Entonces se produjo un murmullo y una interrupción. Alguien empujó algunas sillas hacia atrás. Isa miró a su espalda. El señor Rupert Haines y su esposa, detenidos por una avería en la carretera, habían llegado. Él estaba sentado a la derecha, varias filas atrás, el hombre vestido de gris.

Entretanto, los peregrinos, después de haber rendido culto a la tumba, parecían entregados a cargar paja en los carros.

A una muchacha besé,
la besé y la solté,
a otra muchacha en el heno
un buen día yo tumbé...

Así cantaban, mientras ensartaban paja invisible que arrojaban a lo alto, cuando Isa volvió a mirar.

La señora Manresa explicó a la señora Swithin:

—Son escenas de la historia de Inglaterra.

Había hablado en voz muy alta y animada, como si la anciana señora fuese sorda.

—La alegre Inglaterra.

Y aplaudió enérgicamente.

Los cantores se marcharon, dispersándose, para ocultarse entre las matas. La música cesó. Chuf, chuf, chuf, repetía la máquina. La señora Manresa miró el programa. Si no se saltaban algo, aquello podía durar hasta la medianoche. Los primeros británicos, los Plantagenet, los Tudor, los Estuardo; la señora Manresa fue contándolos, pero seguramente se dejó un par de dinastías.

—Una ambiciosa representación, ¿verdad? —dijo la señora Manresa dirigiéndose a Bartholomew, mientras esperaban.

Chuf, chuf, chuf, repetía la máquina. ¿Podían hablar? ¿Podían moverse? No, pues la representación continuaba. Pero en el escenario no había nadie. Solo se movían las vacas en el prado. Solo se oía el seco sonido de la aguja del gramófono. El tic, tic, tic parecía mantener a todos unidos, en trance. Nada, absolutamente nada, aparecía en el escenario.

La señora Swithin murmuró, dirigiéndose a William:

—No tenía la menor idea de que se nos viera tan bien.

¿De veras? Los niños; los peregrinos; detrás de los peregrinos, los árboles, y detrás los campos, la belleza del mundo visible le cortó la respiración a William. Tic, tic, tic, seguía la máquina.

—Marca el paso del tiempo —dijo, en voz baja, el anciano Oliver.

—Que, para nosotros, no existe —murmuró Lucy—. Nosotros solo tenemos presente.

«¿Acaso no basta?», se preguntó William. ¿No basta con la belleza? Pero, en ese momento, Isa se revolvió. Sus desnudos brazos de piel morena se alzaron nerviosamente hacia la cabeza. Se volvió un poco. «No, no basta para nosotros, quienes tenemos futuro», parecía decir Isa. ¿A quién buscaba Isa con la mirada? Volviéndose, William siguió la mirada de Isa y solo vio a un hombre vestido de gris.

El seco sonido de la máquina cesó. Se oyó música de baile. Siguiendo su compás, Isa tarareó: «¿Qué deseo? Volando huir del día y de la noche, para salir a un lugar donde no haya adioses —y las miradas puedan coincidir— y...».

—¡Oh! ¡Ahí la tenemos! —dijo en voz alta.

Todos aplaudían y reían. De entre las matas había salido la reina Isabel —Eliza Clark, que tenía licencia para la venta de tabacos—. ¿Cómo era posible que fuera la señora Clark de la tienda del pueblo? Iba espléndidamente ataviada. Su cabeza, de la que colgaban perlas, surgía de una vasta gorguera. Iba envuelta en relucientes sedas. Broches de seis peniques rebrillaban como ojos de gato, otros de tigre; las perlas lucían altivas; su manto era de tejido de plata —en realidad, habían utilizado estropajos metálicos de fregar vajilla. Era la mismísima encarnación de la época. Y, cuando subió a la caja de jabón colocada en el centro, que quizá representara una roca del océano, su tamaño la hizo parecer gigantesca. En la tienda, la señora Clark alcanzaba las lonchas de tocino y las botellas de aceite con solo alargar el brazo. Durante unos instantes, se estuvo quieta, eminente y dominadora, sobre la caja de jabón, con el azul del cielo y las nubes navegando tras ella. Se había levantado la brisa.

Reina de esta tierra...

Estas fueron las primeras palabras que se pudieron escuchar por encima de las carcajadas y los aplausos.

Señora de buques y nobles barbados (aulló la señora Clark)

*de Hawkins, Frobisher y del propio Drake,
cargando naranjas, lingotes de plata,
cargamentos de diamantes, de oro, ducados,
en todos los puertos, en todo Occidente,*

(con el puño señaló el brillante cielo azul)

señora de cumbres, torres y palacios

(su brazo se orientó hacia la casa)

para mí cantó...

(mugió una vaca, pió un pájaro)

Shakespeare inspirado (continuó la señora Clark)

*trinaba y cantaba, a mí y a Inglaterra,
y también sonaban, de Windsor a Oxford,
graves risas roncas, agudas risas claras,
nobles y poetas, guerreros y amantes.*

El niño rubio

(alargó su brazo moreno y musculoso)

alargaba el brazo

*cuando por la mar los rudos marinos
volvían a casa...*

Aquí el viento le dio un tirón a la toca. Las vueltas de perlas eran poco seguras. Tuvo que sujetárselas, para que el viento no se la llevara.

«Risas, agudas risas», musitó Giles. La música del gramófono daba bandazos a uno

y otro lado, como si estuviera borracha de alegría. La señora Manresa comenzó a golpear el suelo con el pie y a tararear al ritmo de la música.

—¡Bravo, bravo! —gritó—. ¡Todavía está viva la vieja zorra! —Y canturreó las palabras de la canción, con tal entrega que, si bien resultaba vulgar, fue de gran ayuda para la época isabelina. Sí, porque la gorguera se había desprendido y la gran Eliza había olvidado su parlamento. Pero tan fuertes eran las risas del público que no se le dio importancia.

«Mucho me temo que no estoy en mi sano juicio», murmuró Giles, siguiendo el compás de la misma canción. Las palabras iban surgiendo; Giles recordó: «Un venado herido en cuyo grácil flanco la dura mofa del mundo ha clavado su asta...». Desligada de la representación, la música resultaba irónica... «Un fantasma de cementerio a quien la lechuza ulula, mientras la hiedra se burla golpeando el cristal... Yo... Yo...», repitió, olvidando las palabras, mientras fulminaba con la mirada a su tía Lucy, que estaba sentada con el cuello estirado, la boca abierta y sus pequeñas y huesudas manos aplaudiendo.

¿De qué se reían?

De Albert, el tonto del pueblo, al parecer. No hubo ninguna necesidad de disfrazarlo. Por allí se acercaba, interpretando su papel a la perfección. Se acercaba balanceándose por el prado, moviendo la cabeza y braceando.

Sé dónde anida el herrerillo,
anida en el seto. Lo sé, lo sé.

¿Qué no sé yo?

Todos sus secretos, señoras,
y también todos los suyos, caballeros...

Pasó por delante de la primera fila de espectadores, lanzando una mirada lasciva a todos ellos. Ahora daba tirones a la falda de la gran Eliza. La gran Eliza le tiró de una oreja. Y Albert le devolvió el tirón. Lo estaba pasando en grande.

—Albert está disfrutando del mejor momento de su vida —musitó Bartholomew.

—Esperemos que no le dé un ataque —murmuró Lucy.

Mientras daba vueltas alrededor de la caja de jabón, Albert canturreaba: «Lo sé... Lo sé...».

—El tonto del pueblo —susurró una robusta señora vestida de negro. Era la señora Elmhurst, vecina de un pueblo situado a quince kilómetros de distancia, donde también tenían un tonto. No, aquello no estaba bien. ¿Y si, de repente, hacía algo horroroso? Allí estaba, dando tirones a las faldas de la reina. La señora Elmhurst medio se cubrió los ojos, no fuese que el tonto del pueblo terminara haciendo de verdad algo horroroso.

Tararí, tarará (siguió Albert)
en la ventana y en la puerta.

¿Qué oye el pajarito? (Silbó con la ayuda de los dedos.)

¡Mira! Un ratón...

(Fingió que lo perseguía por el prado.)

¡Y ahora suena el reloj!

(Se quedó quieto, hinchando los mofletes como si estuviera a punto de soplar un diente de león.)

Una, dos, tres, cuatro...

Y se fue, como si su intervención hubiera terminado.

—Me alegro de que haya terminado —dijo la señora Elmhurst descubriéndose la cara—. ¿Y qué sigue ahora? ¿Un cuadro viviente?

Cuatro ayudantes habían salido muy deprisa de entre las matas, con unas vallas, y habían rodeado el trono de la reina con pantallas de papel que representaban paredes. Habían cubierto el suelo con juncos. Y los peregrinos, que habían reanudado su desfile y sus cánticos en el fondo, ahora se congregaron alrededor de la figura de Eliza, sobre la caja de jabón, de manera que parecían constituir el público asistente a una obra teatral.

¿Iban a representar una obra en presencia de la reina Isabel? ¿Sería aquello el teatro Globe?

—¿Qué dice el programa? —preguntó la señora de Herbert Winthrop levantando los impertinentes.

Leyó en un murmullo la borrosa copia hecha con papel carbón. Sí, era una escena de una obra teatral.

—Sobre un falso duque; y una princesa disfrazada de muchacho; después, el heredero desaparecido desde hace mucho tiempo resulta ser el mendigo, lo que descubren gracias a un lunar en la mejilla; y Carinthia, que es la hija del duque, aunque ha estado perdida en una cueva, se enamora de Ferdinando, quien había sido abandonado en un cesto, recién nacido, por una vieja. Y se casan. Creo que eso es lo que pasa.

Y levantó la vista del programa.

—«Comience la comedia» —ordenó la gran Eliza.

Y una vieja arrugada se adelantó.

(Alguien murmuró: «La señora Otter, de End House...».)

Se sentó en una caja de embalaje, e hizo el ademán de alisarse su cabello desgredado, mientras se balanceaba de un lado a otro como si fuera una vieja bruja sentada en el rincón de la chimenea.

(«Es la vieja que salvó al legítimo heredero», explicó la señora Winthrop.)

Era una noche invernal (graznó la señora Otter),

lo recuerdo, aunque ahora, para mí,

verano e invierno dan igual.

¿Dice que el sol luce? Le creo, señor.

Pero, oh, es invierno y hay niebla.

Invierno y verano, a Elsbeth dan igual

al lado del fuego, rezando el rosario,

y buenas razones hay para rezarlo.

Cada cuenta (levantó una cuenta, entre índice y pulgar),

¡un crimen!

Oh, noche invernal, no ha cantado el gallo,

pero sí cantó, cuando se alejó

con manos sangrantes el encapuchado

dejando en el cesto al niño desdichado.

Ji, ji, ji, reía...

Como si dijera: «Dame mis sopitas».

Ji, ji, ji. ¡Y no pude matarlo!

¡Que santa María perdone el pecado,

que he cometido antes del canto del gallo!

Descendí hasta el río a la hora del alba,

vuela la gaviota y se yergue la garza,

como chimenea junto a agua estancada...

¿Quién va?

(Tres hombres jóvenes entraron en escena y se acercaron a la vieja.)

¿Han venido a torturarme, caballeros?

Poca sangre hay en este brazo.

(Extendió el brazo flaco, sacándolo de su harapienta manteleta.)

¡Santos del cielo, amparadme!

Gritó. Gritaron. Todos gritaron, tan fuerte gritaban que resultaba difícil entender lo que decían. Al parecer, era algo así: «¿Recordaba haber escondido a un niño en una cuna entre los juncos, hacía unos veinte años? ¡Un niño en un cesto, vieja bruja! ¿Un niño en un cesto?», gritaban. «El viento aúlla y el alcaraván chilla», contestó la vieja.

—Poca sangre hay en mi brazo —repitió Isabella.

Era cuanto había oído. Era tal el embrollo que se estaba formando, con la sordera de la vieja dama, los gritos de los jóvenes y la confusión de la trama, que Isabella no entendió nada.

¿Tenía importancia la trama? Isabella se revolvió y miró por encima de su hombro derecho. La trama solo servía para engendrar emociones. Solo había dos emociones: amor y odio. No había necesidad alguna de desentrañar la trama. Quizá era eso lo que había querido decir la señorita La Trobe, al armar este lío en plena representación.

No te preocupes de la trama: la trama no es nada.

Pero ¿qué estaba sucediendo? El príncipe acababa de hacer su aparición.

Después de levantarle la manga, la vieja reconoció el lunar y, sin levantarse, se echó hacia atrás y chilló:

—«¡Mi niño! ¡Mi niño!»

Se reconocieron. El joven príncipe (Albert Perry) casi murió asfixiado entre los flacos brazos de la vieja. Y, de repente, se apartó de ella. El joven príncipe gritó:

—«¡Hela por do viene!»

Y todos miraron por dónde venía ella, Sylvia Edwards, con un vestido de satén blanco.

¿Quién venía? Isa miró. ¿La canción del ruiseñor? ¿La perla en la negra oreja de la noche? El amor encarnado.

Todos los brazos estaban levantados, todas las caras miraban la escena.

El príncipe se quitó el sombrero y dijo:

—«¡Salve, dulce Carinthia!»

Y también ella alzó los ojos:

—«¡Mi amor! ¡Mi señor!»

—Con esto basta —repitió Isa—. Basta. Basta.

Todo lo demás era verborrea. Repetición.

Entretanto, como ya tenía bastante, la vieja dama se había vuelto a derrumbar en su asiento, con el rosario colgándole de los dedos.

Mirad a la vieja, ¡la vieja Elsbeth está enferma!

(Todos se acercaron a ella.)

¡Muerta, caballeros!

Cayó hacia atrás, exánime. Todos se apartaron. Paz, en su tránsito. Paz a quien, ahora, invierno y verano igual le daban.

Paz era la tercera emoción. Amor. Odio. Paz. Tres emociones formaban la urdimbre de la vida humana. Y ahora el párroco, cuyo mostacho de algodón hacía confusa su habla, se adelantó para pronunciar la bendición.

De la trenza formada por la rueda de la vida, liberad las manos.

(Le separaron las manos.)

Que de su fragilidad nada se recuerde.

Venga el petirrojo, venga el reyezuelo,

y que lluevan rosas sobre su sepelio.

(Arrojaron los pétalos contenidos en los cestos de mimbre.)

Cubrid el cadáver. Descanse en paz.

(Cubrieron el cadáver.)

*Sobre vosotros, nobles señores (se volvió hacia la feliz pareja),
derrame el cielo sus bendiciones.*

Poco ha que la envidia del sol

el telón de la noche ha ocultado.

¡Que suene la música!

¡Y que el libre aire meza vuestro sueño!

¡Iniciad la danza!

El gramófono rugió. Duques, clérigos, pastores, peregrinos y criados se cogieron de las manos y bailaron. El tonto del pueblo entraba y salía atropelladamente. Con las manos cogidas, dando cabezadas, bailaban alrededor de la majestuosa imagen de la época isabelina, encarnada por la señora Clark, vendedora de tabaco, en su caja de jabón.

Era un barullo; una mezcolanza; un espectáculo fascinante (para William) de moteadas luces y sombras sobre piernas y brazos a medio vestir, fantásticamente coloridos, saltando, estremeciéndose y balanceándose. William aplaudió hasta que le dolieron las palmas.

La señora Manresa aplaudía sonoramente. En cierta manera, ella era la reina; y él (Giles), su ceñudo héroe.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaba la señora Manresa.

Y, con su entusiasmo, hizo rebullir al ceñudo héroe en su silla. Entonces, la gran dama sentada en la silla de ruedas, la dama cuyo matrimonio con el noble de la región había borrado de su título un nombre que ya era un nombre cuando había zarzas y escaramujos en el lugar en que ahora se alzaba la iglesia —tan autóctona era la dama que incluso su cuerpo atormentado por la artritis parecía un extraño y nocturno animal, ahora casi extinto—, aplaudió y rió a carcajadas —con la súbita risa del grajo sobresaltado.

—¡Ja, ja, ja! —reía y agarraba los brazos de la silla con sus manos retorcidas y sin guantes.

—«¡Una boda! ¡Una boda!» —rugían—. «¡Bailemos y bailemos, dando vueltas y vueltas! ¡Una boda! ¡Una boda!»

Poco importaban las palabras ni quienes las cantaban. Embriagados por la música, bailaban dando vueltas y más vueltas. Entonces, obedeciendo a la señal de la señorita La Trobe, detrás del árbol, la danza se detuvo. Formaron en procesión. La gran Eliza bajó de la caja de jabón. Levantándose las faldas con la mano, avanzando a zancadas, rodeada de duques y de príncipes, seguida por los enamorados cogidos del brazo, con Albert, el tonto del pueblo, entrando y saliendo jugueteando y con el cadáver en su ataúd cerrando la procesión, la época isabelina abandonó el escenario.

—¡Maldición! ¡Horror! —exclamó la señorita La Trobe—. ¡Que se vayan todos al infierno!

Y, llevada por la rabia, se golpeó el dedo gordo del pie contra una raíz. Había llegado el momento de su caída; había llegado el momento del entreacto. Antes de escribir aquellas embrolladas páginas en su casita, la señorita La Trobe había accedido a

interrumpir la obra en ese instante; esclava de su público —de las quejas de la señora Sands sobre el té, sobre la cena—, la señorita La Trobe había cortado la obra en ese punto. De la misma forma que antes había dado nacimiento a emociones, ahora las mataba. Hizo una señal: ¡Phyllis! Y Phyllis, que apareció inmediatamente, volvió a colocarse sobre la alfombrilla, en el centro.

*A todos me dirijo (pió Phyllis),
caballeros y villanos,
el acto termina, la escena se acaba.
Pasaron los días de amor y gloria.
Floreció el capullo y murió la rosa.
¡Pero habrá otra alba!
Porque el padre tiempo de quien somos hijos
lo tiene previsto y todos veréis,
veréis, veréis...*

Su voz se fue apagando. Nadie prestaba atención. Con la cabeza inclinada, leyeron en el programa «Entreacto». E interrumpiendo las palabras de la niña, el megáfono anunció, lisa y llanamente: «Entreacto». Un descanso de media hora, para tomar el té. Entonces, el gramófono rugió:

*Armado contra el sino,
el valiente Roderico,
armado y valeroso,
osado y ardoroso,
firme y poderoso, etc.*

Y al escucharlo, el público se agitó. Algunos se levantaron diligentes; otros se inclinaron para recoger bastones, sombreros, bolsos. Y, mientras se levantaban y se iban hacia uno u otro lado, la música varió. La música cantó: «Nos hemos dispersado». Gimió: «Nos hemos dispersado». Se lamentó: «Nos hemos dispersado», mientras desfilaban, moteando de color la hierba, por el prado y a lo largo de los senderos: «Nos hemos dispersado».

La señora Manresa seguía la música. «Nos hemos dispersado.» «Libre, osadamente, sin temer a nadie» (apartó de su camino una silla plegable). «Mancebos y doncellas» (miró hacia atrás, pero Giles se encontraba de espaldas). «Seguidme, seguidme, seguidme...» «¡Oh, señora Parker, qué placer verla aquí! ¡He venido a tomar el té!»

«Nos hemos dispersado», repetía Isabella siguiendo el tarareo de la señora Manresa. «Todo ha terminado. La ola se ha extinguido. Nos ha dejado en tierra, secos y varados. Solos, separados entre guijarros. Roto por sus tres pliegues... Y ahora voy a seguirles.» (Echó la silla hacia atrás... El hombre vestido de gris se había perdido entre la multitud, junto al acebo.) «Esta vieja descarada» (evocó la ceñida y florida figura de la señora Manresa ante ella), «¡a tomar el té!»

Dodge iba rezagado. «¿Voy o me quedo? ¿Me desvío por otro camino? ¿O sigo, sigo, sigo, a los que se dispersan?»

«Nos hemos dispersado», gemía la música, «nos hemos dispersado.» Giles seguía igual que una estaca, clavado entre aquella marea de gente.

«¿Les sigo?» De una patada echó la silla hacia atrás. «¿A quiénes? ¿Adónde?» Con fuerza asentó los pies, calzados con ligeras zapatillas de tenis, en el suelo. «A ningún sitio. A cualquier sitio.» Estaba completamente quieto y en pie.

En ese momento, Cobbet de Cobbs Corner, solo junto a la araucaria, se levantó y

musitó: «¿Qué ha pretendido esa mujer? ¿Con qué idea lo ha hecho? ¿Qué es lo que la ha llevado a dotar de ese encanto a la antigüedad, este falso esplendor, para que todos treparan, treparan, treparan, por la araucaria?».

«Nos hemos dispersado», gemía la música, «nos hemos dispersado.» Cobbet se dio la vuelta y, despacio, siguió a los que se alejaban.

Ahora Lucy, mientras recogía su bolso de debajo de la silla, dijo con débil voz a su hermano:

—Bart, querido, acompáñame... ¿Te acuerdas de la obra que interpretamos, siendo niños, en el cuarto de los juegos?

Se acordaba. Era un juego de pieles rojas, una nota liada con un junco a un guijarro. Cogió el sombrero.

—Pero, para nosotros, mi querida Cindy, los juegos han terminado.

Se refería al esplendor, la luz, el ritmo del tam-tam. Ofreció el brazo a su hermana. Y emprendieron la marcha. Y el señor Page, el periodista, anotó: «La señora Swithin; el señor B. Oliver», miró alrededor y añadió «*lady* Haslip, de Haslip Manor», mientras contemplaba cómo la vieja señora, en la silla de ruedas empujada por un criado, encabezaba el desfile.

Olvidado el gramófono oculto entre las matas, el público se alejaba. «Dispersados», gemía. «Dispersados estamos.»

Entonces la señorita La Trobe salió de su escondrijo. Fluyendo, serpenteando, por la hierba, por la grava, por un momento lo alcanzó todavía unido, el grupo dispersándose. ¿No había hecho que vieran durante veinticinco minutos? Proporcionar algo que ver era un alivio para la angustia... por un momento... un momento. Entonces, la música se apagó en la última palabra «hemos». Oyó el rumor de la brisa entre las ramas. Vio a Giles Oliver, de espaldas al público. También a Cobbet de Cobbs Corner. No les había hecho ver un fracaso, otro terrible fracaso. Como de costumbre. La visión se hurtó a la señorita La Trobe. Dio media vuelta y se encaminó hacia los actores, que estaban desnudándose, en el hueco, donde las mariposas se posaban sobre espadas de papel de plata, donde los trapos de cocina, en la sombra, formaban estanques amarillos.

Cobbet sacó su reloj. Advirtió que faltaban tres horas para las siete; entonces habría que regar las plantas. Dio media vuelta.

Giles, plegando la silla, también se volvió, en dirección opuesta. Por el atajo, a campo traviesa, se dirigió al granero. En este seco verano, el sendero que cruzaba los campos estaba duro como un ladrillo. En este seco verano, las piedras cubrían el sendero. Pegó un puntapié, una dura piedra amarilla, una piedra cortante, con filo que parecía haber sido cortado por un salvaje para confeccionar una flecha. Una piedra de los bárbaros; una piedra prehistórica. Dar puntapiés a las piedras era un juego de niños. Recordó las reglas del juego. Según las reglas del juego, hay que llevar a la meta una piedra, la misma piedra. La meta puede ser una puerta o un árbol. Jugó solo. La puerta era la meta; debía llegar a ella en diez patadas. La primera patada fue Manresa (lujuria). La segunda, Dodge (perversión). La tercera, él mismo (cobardía). Y la cuarta y la quinta y todas las demás fueron como estas últimas.

Llegó en diez. Allí, sobre la hierba, formando un aro de color verde oliva, había una serpiente. ¿Muerta? No, ahogada por el sapo que tenía en la boca. La serpiente no podía tragar; el sapo no podía morir. Con un espasmo, se contrajeron los costados; salió sangre. Se trataba de un nacimiento al revés —monstruosa inversión—. Por eso, levantando el pie, los pateó. Aquella masa quedó aplastada y resbaladiza. En la lona blanca de las zapatillas

de tenis quedaron pegajosas manchas de sangre. Pero había realizado un acto. Y actuar le aliviaba. Entró en el granero, con sangre en las zapatillas.

El granero, el noble granero, el granero que había sido construido hacía más de setecientos años y que a algunas personas les recordaba un templo griego, a otras la Edad Media, a la mayoría unos tiempos anteriores a los suyos, a casi nadie el presente, estaba vacío.

Los portones permanecían abiertos. Un chorro de luz caía del techo al suelo como una bandera amarilla. Guirnaldas de rosas de papel, restos del día de la Coronación, colgaban de las vigas. Una larga mesa, sobre la que había una jarra enorme, platos y tazas, pasteles, pan y mantequilla, cruzaba un extremo del granero. El granero estaba vacío. Los ratones entraban y salían de sus agujeros, se levantaban sobre las patas traseras, mordisqueaban. Las golondrinas trabajaban, llevando briznas de paja a las bolsas de tierra que colgaban de las vigas. Innumerables abejas e insectos de diversas clases horadaban la madera seca. Una perra extraviada había transformado en cobijo para su camada el oscuro rincón de los sacos. Todos los ojos, dilatándose y contrayéndose, algunos adaptados a la luz, otros a la oscuridad, miraban desde diferentes ángulos y atalayas. Algún leve mordisqueo y algún roce rompían el silencio. Vaharadas de dulzor y de algo sustancioso veteaban el aire. Una moscarda azul se había posado sobre un pastel y golpeaba su costra rocosa y amarilla con su corto taladro. Una mariposa se calentaba sensualmente en un plato amarillo iluminado por el sol.

Pero la señora Sands se acercaba. Se abría paso entre la multitud. Ya había doblado la esquina. Vio el portón abierto. Pero en momento alguno vio las mariposas; para ella, los ratones solo eran bolitas negras que corrían por los cajones de la cocina; cogía las mariposas con las manos y las liberaba por la ventana. Las perras solo le evocaban a doncellas de mal comportamiento. Si hubiera habido un gato, lo habría visto; cualquier gato, un gato hambriento, con una mancha de sarna en el lomo, habría de par en par las puertas de su corazón sin hijos. Pero no había ningún gato. El granero estaba vacío. Y así, corriendo, jadeando, con la firme decisión de llegar al granero y ocupar su puesto detrás de la jarra del té antes de que los invitados entraran, llegó al granero. Y la mariposa alzó el vuelo y también la moscarda.

Tras ella llegaron presurosos los criados y ayudantes —David, John, Irene y Lois—. El agua hirvió. Salió vapor. Partieron en trozos los pasteles. Las golondrinas volaban de traviesa en traviesa. Y entraron los invitados.

—¡Qué hermoso este viejo granero! —dijo la señora Manresa deteniéndose en la puerta.

No le correspondía a ella entrar antes que los lugareños. Le correspondía, conmovida por la belleza del granero, quedarse inmóvil, echarse a un lado, mirar y dejar que los demás entraran antes.

—En Lathom, tenemos uno muy parecido —dijo la señora Parker deteniéndose por las mismas razones—. Quizá —añadió— no tan grande.

Los lugareños se detuvieron. Después, dudaron y fueron pasando vacilantes.

—Y los adornos... —dijo la señora Manresa mirando alrededor, con la idea de felicitar a alguien.

Sonriente, esperó. Entonces entró la anciana señora Swithin. También levantó la vista, pero no la dirigió a los adornos. A las golondrinas, sin duda.

—Vienen todos los años —dijo—. Son las mismas.

La señora Manresa sonrió con benevolencia, siguiéndole la corriente a aquella

fantasiosa anciana. Era muy improbable, pensó, que fuesen las mismas.

—Los adornos —dijo la señora Parker— son restos del día de la Coronación, supongo. También nosotros los conservamos. Construimos una sala comunal.

La señora Manresa se rió. Acababa de recordarlo. Estaba a punto de contar una anécdota referente a un mingitorio público construido con el mismo motivo y el alcalde... ¿Podía contarla? No. La anciana, contemplando las golondrinas, parecía excesivamente refinada para ello. «Refinada», repitió la señora Manresa, pronunciando la palabra con un sonsonete que resultaba halagador para ella, al confirmar su satisfacción de ser una hija salvaje de la naturaleza, de ser «solo un ser humano». De alguna manera ella podía desdeñar el «refinamiento» de la vieja dama. ¿Dónde estaba el simpático Giles? No le veía; tampoco a Bill. Los lugareños seguían inhibidos. Alguien tenía que poner aquello en marcha.

—¡Me muero de ganas de tomar una taza de té! —dijo la señora Manresa con su voz pública; y dio una zancada. Cogió una taza de gruesa porcelana. La señora Sands, dando prioridad, naturalmente, a un miembro de la clase superior, la llenó de inmediato. David le ofreció un pedazo de pastel. La señora Manresa fue la primera en beber y en morder. Los lugareños seguían sin decidirse. «Con lo que queda demostrado que la democracia es una estupidez», concluyó la señora Manresa. Tras llegar a la misma conclusión, la señora Parker cogió otra taza. Todos las miraban. Ellas llevaban la delantera, los demás las seguían.

—¡Un té delicioso! —exclamaron las dos, a pesar de lo repugnante que eran el té, que parecía herrumbre hervida, y el pastel, catado por las moscas. Tenían obligaciones para con la sociedad.

—Vienen todos los años —dijo la señora Swithin, sin darse cuenta de que se dirigía al aire—. De África —añadió.

Como habían venido, suponía la señora Swithin, cuando el granero era un pantano.

El granero se llenó. El ambiente se cargó. La porcelana entrechocó; las voces parlotearon. Isa se abrió paso hacia la mesa.

Isa murmuró: «Nos hemos dispersado». Y levantó la taza para que se la llenaran. Con la taza llena en la mano, dio media vuelta y murmuró: «Más valdrá que me aparte de la colección —miró desolada alrededor— de rostros de porcelana, de mirada vidriosa y duros. Bajaré por el sendero que conduce al nogal y al espino hasta llegar al pozo de los deseos, en el que el hijo pequeño de la lavandera —dejó caer dos terrones de azúcar en el té— arrojó un alfiler. Consiguí el caballo, según dicen. Pero ¿qué deseo puedo yo arrojar al pozo?». Miró alrededor. No veía al hombre vestido de gris, al caballero terrateniente; ni veía a conocido alguno. «Que me cubran las aguas —añadió— del pozo de los deseos.»

El sonido de la porcelana y del parloteo ahogaban el murmullo de Isa. Decían: «¿Quiere azúcar?». «¿Un poco de leche? ¿Y usted?» «Sin leche y sin azúcar. Así es como me gusta el té.» «¿Demasiado fuerte? Le añadiré agua.»

Isa añadió: «Esto es lo que deseaba cuando arrojé el alfiler. Agua, agua...».

—Francamente —decía una voz detrás de ella—, es un acto de valentía por parte del rey y de la reina. Dicen que irán a la India. Ella es encantadora. Una amiga me ha dicho que su cabello...

Isa musitó: «Allí caerá la hoja muerta, cuando las hojas caigan, en el agua. ¿Debe importarme no volver a ver el espino y el nogal? ¿No volver a oír, a través del rocío tembloroso, el canto del zorzal, o no volver a ver el vuelo ondulado, ascendiendo y descendiendo, como si rozara olas, del amarillo pájaro carpintero?».

Contemplaba las guirnaldas amarillo canario, restos del día de la Coronación.

—Pensaba que habían dicho Canadá y no la India —dijo la voz a su espalda.

A lo que la otra voz repuso:

—¿Acaso cree lo que dicen los periódicos? Por ejemplo, sobre el duque de Windsor. Desembarcó en la costa del sur. Le recibió la reina María. Y la reina María había comprado muebles, eso no hay quien lo discuta. Y los periódicos dijeron que la reina María le había recibido...

«Sola bajo la copa del árbol, del árbol agostado que todo el día murmura como el mar y oye galopar al jinete...»

Así prosiguió Isa su frase. Entonces se sobresaltó. William Dodge estaba a su lado.

William Dodge sonrió. Isa sonrió. Eran cómplices; cada uno murmuraba una canción que su tío le había enseñado.

—Es la obra de teatro —dijo Isa—. La estoy repitiendo de memoria.

—Salve, dulce Carinthia. Mi amor. Mi vida —recitó él.

Isa hizo una irónica reverencia:

—Mi señor, mi soberano.

Isa era hermosa. William Dodge deseaba verla, no contra el fondo de la enorme jarra de té, sino con sus ojos de cristal verde y su cuerpo firme, aquel cuello suyo fuerte como una columna, contra una tragantina o una parra. Deseaba que Isa dijera: «Ven. Te mostraré el invernadero, el corral de los cerdos o el establo». Pero Isa no dijo nada. Y los dos se quedaron allí, con la taza en la mano, recordando la representación teatral. Entonces William Dodge advirtió que la cara de Isa se transformaba como si se hubiera quitado un vestido y se hubiera puesto otro. Un niño pequeño se abrió paso violentamente entre la multitud, golpeándose contra faldas y pantalones, como si, ciego, nadara.

—¡Estoy aquí! —dijo Isa levantando el brazo.

El niño fue derecho hacia ella. Era el pequeño de Isa, debía de ser su hijo, su George. Isa le dio un pedazo de pastel; después un vaso de leche. Entonces llegó la niñera. Entonces Isa volvió a cambiarse el vestido. Esa vez, a juzgar por la expresión de sus ojos, se trataba de algo del estilo de un corpiño ceñido. Hirsuto, apuesto, viril, el joven caballero con chaqueta azul y botones de latón, en pie bajo el haz de luz polvorienta, era su marido. Y ella su esposa. Sus relaciones, como William Dodge había advertido en el transcurso del almuerzo, eran lo que las novelas llaman «tensas». Como William Dodge había notado durante la representación, el brazo desnudo de Isa se había levantado nerviosamente hacia el hombro cuando se volvió —¿en busca de quién?—. Pero ahí estaba él; y el musculoso, el hirsuto, el viril, lo sumió en emociones en las que la mente no tenía participación alguna. Olvidó William Dodge el aspecto que Isa tendría sobre el fondo de una parra en un invernadero. Solo miraba a Giles; y miraba y miraba. ¿En quién pensaría Giles mientras estaba allí, con la cara vuelta? En Isa no. ¿Acaso en la señora Manresa?

La señora Manresa, en el centro del granero, se había tomado su té de un solo trago. «¿Cómo puedo desembarazarme —se preguntaba— de la señora Parker?» Si pertenecían a su misma clase, cómo le aburrían las personas de su mismo sexo. No las mujeres de la clase inferior: cocineras, tenderas, esposas de granjeros; no las de la clase superior: aristócratas y condesas; eran las mujeres de su misma clase las que la aburrían. Así que, bruscamente, se alejó de la señora Parker.

—¡Oh, señora Moore! —saludó a la mujer del guarda—. ¿Qué le ha parecido? ¿Y qué le ha parecido al niño? —Dio un pellizquito al niño. La señora Manresa continuó—: Creo que es tan buena como las obras que se representan en Londres... Pero no permitiremos que nos ganen la partida. Organizaremos otra representación en casa. En nuestro granero. Y demostraremos —añadió lanzando una oblicua mirada a la mesa; muchos pasteles comprados, apenas alguno casero— cómo hacemos nosotros las cosas.

Entonces, sin dejar de bromear, la señora Manresa se volvió; vio a Giles; atrajo su mirada y, con un ademán, le ordenó que se acercara. Él se acercó. ¿Y qué —la señora Manresa bajó la vista— percance habían sufrido sus zapatillas? Estaban manchadas de sangre. De manera imprecisa, la señora Manresa tenía la sensación de haber despertado la admiración de Giles, lo que sin duda la halagaba. Se trataba solo de una sensación pero le resultaba agradable. La señora Manresa sentía la atracción de Giles: yo soy la reina y él es mi héroe, mi ceñudo héroe.

—¡La señora Neale! ¡Señora Neale —exclamó la señora Manresa—, es usted una mujer maravillosa! La señora Neale está al frente de la oficina de correos. Hace sumas de memoria, ¿verdad, señora Neale? Veinticinco sellos de medio penique, dos paquetes de sellos con franqueo y un paquete de postales, ¿cuánto es, señora Neale?

La señora Neale se rió; la señora Manresa se rió; Giles también sonrió y se miró las zapatillas.

La señora Manresa lo arrastró de arriba abajo y de un lado a otro del granero. Conocía a todo el mundo. Todos eran personas como Dios manda. La señora Manresa no lo aceptaría, ni por un instante aceptaría la pierna coja de Pinsent: «No, no. Para nosotros no es excusa suficiente, Pinsent». Quien puede lanzar, puede batear. Giles estaba de acuerdo. Un pez en el anzuelo significaba lo mismo para él que para Pinsent; y lo mismo cabía decir de los arrendajos y de las urracas. Pinsent vivía en el campo; Giles trabajaba en una oficina. Y eso era todo. Y la señora Manresa era una persona como Dios manda, lo que le hacía sentirse más actor que parte del público mientras caminaba tras ella por el granero.

Entonces, en el extremo de la puerta, encontraron a la anciana pareja, a Lucy y a Bartholomew, sentados en sendas sillas Windsor.

Aquellas sillas les habían sido reservadas. La señora Sands había mandado que les llevaran el té. Demasiadas molestias habría causado plegarse al principio democrático; que se mezclaran con la multitud a la mesa.

—Golondrinas —dijo Lucy con la taza en la mano, mirando los pájaros. Excitadas por tantas visitas volaban de viga en viga. Cruzando África, cruzando Francia, habían llegado para anidar ahí. Año tras año regresaban. Antes de que el canal existiera, cuando la tierra, en la que se asentaba la silla Windsor, estaba atestada de rododendros y los colibríes temblaban en la boca de trompetillas escarlatas, tal como la señora Swithin había leído aquella mañana en su *Resumen de historia*, ya estaban llegando... Y justo en ese momento, Bart se levantó de su silla.

Pero la señora Manresa se negó terminantemente a sentarse en la silla de Bart.

—Siga sentado, siga sentado. —Lo empujó para que volviera a sentarse—. Yo me

sentaré en el suelo. —Y se sentó en el suelo. El ceñudo caballero la siguió escoltando—. ¿Y qué les ha parecido la representación? —preguntó.

Bartholomew miró a su hijo. Su hijo siguió en silencio.

—¿Y a usted, señora Swithin? —La señora Manresa se dirigió a la vieja dama.

Lucy murmuró, fija la mirada en las golondrinas.

—Tenía esperanzas de que me lo aclararan —dijo la señora Manresa—. ¿Es una obra antigua? ¿O se trata de una obra moderna?

Nadie contestó.

—¡Miren! —exclamó Lucy.

—¡Los pájaros! —dijo la señora Manresa, levantando la vista.

Había un pájaro con una paja en el pico y dejó caer la paja.

Lucy palmoteó. Giles apartó la vista. Lucy se burlaba de él, como de costumbre, riendo.

—¿En marcha? —preguntó Bartholomew—. ¿Va a dar comienzo el próximo acto?

Y se levantó de la silla. Sin reparar en la señora Manresa ni en Lucy, se alejó.

—Golondrina, mi hermana, oh, mi hermana golondrina —murmuró Bartholomew mientras caminaba detrás de su hijo y rebuscaba para dar con su cigarrera.

La señora Manresa se sentía molesta. ¿De qué le había servido sentarse en el suelo? ¿Se habrían marchitado sus encantos? Ambos se habían ido. Pero, mujer de acción, abandonada por el sexo masculino, no estaba dispuesta a sufrir las torturas del aburrimiento a manos de aquella refinada y anciana dama. Se puso en pie, llevándose las manos al cabello, como si hubiera debido estar allá desde hacía un buen rato, aunque no la llamaba ningún deber y llevaba el cabello perfectamente arreglado. Cobbet, en su rincón, comprendió a la perfección el juegucito que la señora Manresa se llevaba entre manos. Había conocido la naturaleza humana en Oriente. Era igual en Occidente. Las plantas permanecen, el clavel, la zimmia y el geranio. Automáticamente miró el reloj; pensó que a las siete debía regar; y observó el juegucito que se llevaba aquella mujer siguiendo al hombre a la mesa, en Occidente como en Oriente.

William, junto a la mesa, en compañía de la señora Parker y de Isa, les vio acercarse. Armado y valeroso, osado y ardoroso, firme y poderoso, la marcha popular sonaba en su cabeza. Y los dedos de la mano izquierda de William se cerraron con firmeza, subrepticamente, mientras el héroe se acercaba.

La señora Parker se quejaba ante Isa, en voz baja, del tonto del pueblo.

—Oh, ese tonto... —decía. Pero Isa permanecía inmóvil, contemplando a su marido. Sospechaba que la señora Manresa iba tras él. Le parecía oír, en la penumbra de su dormitorio, la explicación de siempre. Daba igual, la infidelidad de él, pero no la de ella.

—¿El tonto? —contestó William a la señora Parker, en lugar de Isa—. Es toda una tradición.

—No cabe duda... —dijo la señora Parker, y le contó a Giles la escalofriante sensación que el tonto, «Tenemos un tonto en nuestro pueblo», le había producido—. No cabe duda, señor Oliver, de que nosotros somos más civilizados.

—¿Somos? —preguntó Giles—. ¿Nosotros? —Dirigió una mirada a William, una sola. Desconocía su nombre; pero sabía qué estaba haciendo su mano izquierda. Había tenido suerte por poder despreciar a William y no a sí mismo. Y también a la señora Parker. Y no a Isa, no a su esposa. Ella no le había dirigido ni una palabra. Ni tampoco lo había mirado.

—No cabe duda, ¿verdad? —dijo la señora Parker mirando a uno y a otro.

Entonces Giles hizo aquello que, para Isa, constituía un ardid de su marido; apretó los labios, frunció el entrecejo; y adoptó la actitud del hombre que lleva sobre sus hombros la carga de la tragedia humana, el ganar dinero para que Isa lo gastara.

—No —dijo Isa, con toda la claridad que pueden tener las palabras—, no te admiro. —Y no le miró a la cara, sino a los pies—. Niño estúpido, con sangre en las zapatillas.

Giles movió los pies. ¿A quién admiraba Isa? A Dodge no. Estaba seguro. ¿A quién? A algún hombre. A algún hombre, tenía la certeza, que estaba en el granero. ¿A quién? Miró alrededor.

Entonces el señor Streatfield, el clérigo, les interrumpió. Llevaba unas tazas.

—¡Les estrecho la mano con el corazón! —exclamó, inclinando varias veces su hermosa cabeza cana, mientras depositaba su carga.

La señora Parker consideró que ella había sido la destinataria de aquel tributo.

—¡Señor Streatfield! —exclamó—. ¡Siempre trabajando! ¡Nosotros aquí charlando!

—¿Quiere ver el invernadero? —preguntó Isa de repente, volviéndose hacia William Dodge.

Oh, no, ahora no, habría deseado exclamar William Dodge, pero tuvo que seguirla, dejando a Giles preparado para dar la bienvenida a la señora Manresa, que lo tenía hechizado.

El sendero era estrecho. Isa iba delante. E Isa era ancha; al caminar, ocupaba casi el sendero, balanceándose levemente al andar, arrancando una hoja aquí, otra allá, de las matas.

Tarareaba: «Vuela, sigue a los rebaños moteados en la arboleda de cedros, que juegan, el ciervo con la corza, la corza con el ciervo. Huye. Que yo dolorida me quedo. Sola sigo y arranco la amarga hierba que crece junto al muro en ruinas, el muro del cementerio, y oprimo su amarga, su dulce, su agria, su larga hoja gris, así, entre índice y pulgar...».

Arrojó la hoja que había arrancado a su paso y, de una patada, abrió la puerta del invernadero. Dodge se había rezagado. Isa esperó. Cogió un cuchillo que había sobre la mesa. Dodge la vio en pie, recortada contra el cristal, la higuera y la hortensia azul, cuchillo en mano.

Isa murmuró: «Ella habló, y del níveo antro de su seno sacó la hoja destellante. ¡Clávate, hoja!, dijo. Y la clavó. ¡Infie!, gritó. ¡También el cuchillo! Se quebró. Como mi corazón».

Cuando entró William Dodge, Isa sonreía con ironía.

—Ojalá los diálogos de la obra no rondaran por mi cabeza —dijo. Después se sentó en un banco bajo la parra. Y William Dodge se sentó a su lado. Las pequeñas uvas que volaban sobre su cabeza no eran más que verdes granitos; las hojas, tan delgadas y amarillentas como las membranas de las patas de los pájaros.

—¿Todavía con la representación? —preguntó William Dodge.

Isa asintió con la cabeza.

—¿Es hijo suyo el niño del granero? —preguntó él.

También tenía una hija, dijo Isa, un bebé todavía.

—¿Casado? —le preguntó a William Dodge.

Por el tono de su voz, William Dodge supo que Isa lo había adivinado, las mujeres siempre lo adivinan todo. Sabían al instante que nada tenían que temer, nada que esperar. Al principio les humillaba hacer de estatuas en un invernadero. Más tarde, les gustaba. Sí, pues entonces podían decir —como hacía Isa— cuanto les pasara por la cabeza. Y

ofrecerle, como hacía Isa, una flor.

—Para el ojal, señor... —dijo Isa, entregándole el perfumado geranio.

—Me llamo William —dijo William Dodge mientras cogía la flor aterciopelada y la oprimía entre los dedos índice y pulgar.

—Y yo, Isa —añadió ella.

Entonces hablaron como si se conocieran de toda la vida; lo cual era raro, dijo Isa, como se dice siempre, teniendo en cuenta que apenas hacía una hora que se conocían. Sin embargo, ¿acaso no eran cómplices, buscadores de rostros ocultos? Y después de semejante confesión, Isa hizo una pausa y preguntó, como se pregunta siempre, por qué podían hablar con tanta franqueza entre sí.

—Quizá se deba a que nunca nos habíamos tratado con anterioridad y nunca volvamos a tratarnos —concluyó.

—La condena de la muerte repentina pendiendo sobre nuestra cabeza —dijo él—. No hay retroceso ni avance —pensaba en la anciana señora que le había mostrado la casa— para nosotros, tampoco para ellos.

El futuro proyectaba su sombra sobre el presente, como el sol a través de la transparente hoja de la parra, con sus múltiples nervios; líneas entrecruzadas que no formaban dibujo alguno.

Habían dejado la puerta del invernadero abierta y se colaba la música. *La si do. La si do. La si do.* —Alguien estaba practicando escalas. Entonces, las letras separadas formaron una palabra. Otras palabras siguieron. Era una melodía sencilla, como una canción infantil...

El buen rey está en su tesoro,
contando y contando dinero.

La reina, sentada en su trono,
catando la miel de romero.

Escucharon. Otra voz, una tercera voz, decía algo sencillo. Y se quedaron sentados en el invernadero, en el banco bajo la parra, escuchando cómo la señorita La Trobe o quienquiera que fuera practicaba escalas.

Bart no podía encontrar a su hijo. Lo había perdido entre la multitud. Así que el viejo Bartholomew salió del granero y fue a su estudio, sosteniendo el puro, murmurando:

Oh hermana golondrina, oh hermana golondrina,
¿cómo puede tu corazón rebosar primavera?

«¿Cómo puede mi corazón rebosar primavera?», murmuró en voz alta delante de la estantería atestada de libros. Libros: la preciada alma de los espíritus inmortales. Poetas; los legisladores de la humanidad. Sin duda, era así. Pero Giles no era feliz. «Cómo puede mi corazón, cómo puede mi corazón», repitió dando caladas al puro, «condenado a la infernal vida mía, condenado a languidecer en soledad.» Con los brazos en jarras, se detuvo ante su biblioteca de caballero terrateniente. Garibaldi, Wellington, informes de la Comisión de Irrigación y la obra de Hibbert sobre enfermedades del caballo. Una gran cosecha había madurado la mente; pero todo aquello, comparado con su hijo, no le importaba en absoluto.

«De qué sirve, de qué sirve», se hundió en el sillón mientras murmuraba, «oh hermana golondrina, oh hermana golondrina, ¿de qué sirve cantar tu canción?» El perro, que le había ido siguiendo, se echó a sus pies. Sus flancos se hundían y se hinchaban, el largo morro reposaba sobre las patas; en un orificio de la nariz, un poco de espuma; allí estaba su espíritu familiar, su perro afgano.

La puerta tembló y quedó entornada. Esa era la manera de entrar de Lucy... ¡Cómo

si no supiera con qué se iba a encontrar! ¡Era su hermano! ¡Y el perro de su hermano! Parecía que Lucy los estaba viendo por primera vez en su vida. ¿Acaso Lucy era incorpórea? En las nubes, como un globo; de vez en cuando su mente tocaba el suelo con un estremecimiento de sorpresa. No había nada en ella que pudiera sujetar a un hombre como Giles en la tierra.

Lucy se apoyó en el borde de una silla, como un pájaro posado en un hilo de telégrafo antes de partir para África.

—Golondrina, mi hermana, oh hermana golondrina —murmuró Bart.

Del jardín —la ventana estaba abierta— llegaba el sonido de alguien practicando escalas. *La si do. La si do. La si do.* Entonces, las letras separadas formaron una palabra, «perro». Después, una frase. Se trataba de una melodía sencilla, cantada por otra voz.

Escucha, escucha el ladrido de los perros,
porque los mendigos van llegando al pueblo...

Luego la canción languideció, se alargó y se convirtió en un vals. Mientras escuchaban y miraban —hacia el jardín—, parecía que los árboles, agitándose, y los pájaros, revoloteando, hubieran abandonado su rutina, sus particulares distracciones y hubieran decidido participar.

La llama del amor arde intensa, en la oscura arboleda de cedros,
la llama del amor luce clara, clara cual estrella en el cielo...

El viejo Bartholomew seguía el compás golpeándose las rodillas con los dedos.

Sal de tu ventana y ven, señora, que amo hasta morir...

Dirigió una mirada burlona a Lucy, encaramada en la silla. ¿Cómo ha podido, se preguntó, tener hijos Lucy?

Ya que todas bailan, retrocediendo y avanzando,
mariposas y libélulas...

Lucy pensaba, suponía Bartholomew, Dios es paz. Dios es amor. Sí, pues Lucy pertenecía al grupo de los unionistas; y él, al de los separatistas.

Entonces la música, manteniéndose en un mismo lugar, se tornó azucarada, sosa; barrenaba un orificio con su perpetua invocación a la perpetua adoración. ¿Habría la música pasado a clave menor? —Bartholomew nada sabía de términos musicales.

Este día y esta danza y este alegre, alegre mayo

terminarán (con el índice se golpeó la rodilla)

con el corte del trébol este avance y retroceso

—las golondrinas parecían haber volado más allá de sus órbitas—

terminarán, terminarán, terminarán,

y el hielo arrojará su filo y el invierno,

oh el invierno, llenará de cenizas el hogar,

y no habrá esplendor, no habrá esplendor, en el tronco.

Sacudió la ceniza del puro y se levantó.

—Para nosotros también —dijo Lucy, como si Bartholomew hubiera dicho en voz alta: «Es hora de irnos».

El público estaba reuniéndose de nuevo. La música iba convocándolo. Por los senderos, por los prados, todos acudían de nuevo en tropel. Allí estaba la señora Manresa, acompañada por Giles, encabezando el desfile. Formando amplias y opulentas curvas, su pañuelo volaba alrededor de sus hombros. Se levantó la brisa. La señora Manresa parecía, al cruzar el prado a los acordes del gramófono, una diosa boyante, desbordante, de cuyo cuerno manara la abundancia. Bartholomew, siguiéndola, bendecía el poder del cuerpo

humano para fertilizar la tierra. Giles se mantendría girando en su propia órbita siempre que el peso de la señora Manresa lo sujetara a la tierra. La señora Manresa agitaba las aguas estancadas del viejo corazón de Bartholomew, en las que había huesos sumergidos, pero las libélulas y la hierba temblaban en la superficie al verla avanzar por el prado a los acordes del gramófono.

Los pasos hacían crujir la grava. Las voces parloteaban. La voz interior, la otra voz, decía: ¿Cómo podemos negar que esa alegre música que surge de entre las matas es la expresión de cierta armonía interior? «Cuando despertamos (pensaban algunos) el día nos quiebra con sus duros martillazos.» «La oficina (pensaban algunos) impone la disparidad. Dispersados, exhaustos, llamados aquí y allá por el timbre.» «Ring, ring, ring», así suena el teléfono. «¡Adelante!» «¡A su disposición!», se dice en la tienda. Y obedecemos la infernal, inmemorial y eterna orden dictada desde lo alto. Y obedecemos. «Trabajamos, servimos, empujamos, nos esforzamos, ganamos sueldos para gastarlos, ¿aquí? Oh, no. ¿Ahora? No, poco a poco. Cuando los oídos sean sordos, y el corazón esté seco.»

En ese momento, a Cobbet de Cobbs Corner, que se había agachado —había una flor—, lo empujaron por la espalda.

Porque escucho música, decían. La música nos despierta. La música nos hace ver lo oculto, une lo fragmentado. Mira y escucha. Mira las flores, mira cómo irradian su rojo, su blanco, su plateado, su azul. Y los árboles con sus múltiples lenguas tan silabeantes, verdes y amarillas hojas nos empujan y nos arrastran, y nos invitan, como los estorninos y las cornejas, a reunirnos, a congregarnos, a parlotear y a divertirnos, mientras la vaca roja avanza y la negra se queda quieta.

El público fue tomando sus asientos. Algunos se sentaron; otros se quedaron en pie unos instantes, se volvieron y contemplaron la vista. El escenario estaba vacío; los actores todavía estaban vistiéndose entre las matas. Los componentes del auditorio se miraron unos a otros y comenzaron a hablar. Retazos y fragmentos llegaban hasta el lugar en que se encontraba la señorita La Trobe, libreto en mano, detrás del árbol.

«No están preparados... Les oigo reír» (decían entre el público...) «... Se están vistiendo. Esto es lo más importante, vestirse. Y se está bien, pues el sol no calienta tanto... Es una de las cosas buenas que la guerra nos trajo, días más largos... ¿Dónde estábamos? ¿Lo recuerdas? En los tiempos de Isabel I... Quizá llegue al presente, si se salta fragmentos... ¿Crees que la gente cambia? Bueno, esos vestidos, desde luego... Quería decir nosotros mismos... Ordenando un armario encontré el sombrero de copa de mi padre... Pero, nosotros, ¿cambiamos?»

«No, no me fío de los políticos. Tengo un amigo que ha estado en Rusia. Dice... Y mi hija acaba de regresar de Roma, y dice que la gente normal y corriente, en los cafés, odia a los dictadores... Bueno, no todos pensamos igual.»

«¿Ha leído en los periódicos ese extraño caso del perro? ¿Cree que los perros machos no pueden alumbrar perritos?... ¿Y la reina María y el duque de Windsor, en la costa sur?... ¿Se cree lo que dicen los periódicos? Yo prefiero preguntar al carnicero y a la verdulera... Ahí viene el señor Streatfield con una valla... El buen clérigo, digo yo, trabaja más por menos paga que todos los demás... Son las esposas quienes crean problemas...»

«¿Y qué me dice de los judíos? Los refugiados... los judíos... Gente como nosotros, volviendo a empezar de cero... Pero siempre ha sido igual... Mi madre, que es muy vieja, tiene más de ochenta años, todavía recuerda... Sí, aún lee sin gafas... ¡Increíble! Pero no se dice que, cumplidos los ochenta... Ahí vienen... No, no es nada... Yo impondría un castigo, anda que ir dejando desperdicios por ahí. Pero, como dice mi marido, ¿quién

costraría las multas?... Allí está, la señorita La Trobe, allí, detrás de aquel árbol...»

Allí, detrás del árbol, la señorita La Trobe rechinó los dientes. Estrujó el libreto. Los actores se estaban retrasando. El público no dejaba de distraerse y se dividía en fragmentos y pedacitos.

La señorita La Trobe dio la señal:

—¡Música! ¡Música!

—¿Cuál es el origen de la expresión «la mosca en la oreja»? —preguntó una voz.

En tono imperioso, la señorita La Trobe bajó la mano dando la señal: «Música, música».

Y el gramófono comenzó *la si do, la si do*.

El buen rey está en su tesoro,
contando y contando dinero.

La reina, sentada en su trono,
catando la miel de romero.

La señorita La Trobe contempló cómo se sumergían todos tranquilamente en la canción infantil. Vio cómo juntaban las manos y se relajaban los gestos. La señorita La Trobe dio la señal. Y, por fin, después de darle el último toque a su peinado, que le había estado creando problemas, Mabel Hopkins salió de entre las matas y ocupó su lugar, elevado, ante el público.

Todas las miradas se concentraron en ella como el pez asciende hacia la migaja de pan que flota en la superficie del agua. ¿Quién era? ¿A quién representaba? Era hermosa, mucho. Se había empolvado las mejillas; su color resplandecía suave y claro, bajo la capa de polvos. Su túnica de seda gris (una colcha) caía en pétreos pliegues, dándole la majestad propia de una estatua. Llevaba un cetro y un pequeño orbe. ¿Sería Inglaterra? ¿Sería la reina Ana? ¿Quién era? Al principio, habló en voz muy baja. Solo lograron oír «la razón impera».

El viejo Bartholomew aplaudió. «¡Muy bien! —gritó—. ¡Bravo! ¡Bravo!»

Así envalentonada, la Razón habló.

El tiempo, apoyado en su guadaña, pasmado está. Mientras el cuerno de la abundancia de la Razón derrama el variopinto regalo de sus diferentes frutos. En lejanas minas, suda el salvaje, y con la remisa tierra se forma la jarra pintada. A mi exhortación, el armado guerrero depone su escudo, el pagano abandona el altar en el que humea el profano sacrificio. La violeta y la englantina en la hendida tierra sus flores entrelazan. Ya no teme el vagabundo contumaz a la venenosa sierpe. Y, en el bélico casco de guerrero, las amarillas abejas fabrican su miel.

Hizo una pausa. Una larga fila de campesinos, ataviados con tela de arpillera, pasaban y volvían a pasar tras ella por entre los árboles.

«Picando y cavando, arando y sembrando», cantaban, pero el viento se llevaba sus palabras.

Bajo el cobijo de mi amplio manto (prosiguió, extendiendo los brazos) las artes medran. Para mí, despliega la música su celestial armonía. A mi exhortación, el avaro deja intacto su tesoro; en paz contempla la madre a sus hijos jugar... A sus hijos jugar..., repitió y, mientras agitaba el cetro, unas figuras avanzaron hacia ella, procedentes de las matas.

Que sátiros y ninfas prosigan la representación, mientras Céfito duerme y las rebeldes tribus de los cielos mi imperio acatan.

El gramófono reproducía una vieja y alegre cancioncilla. El viejo Bartholomew

juntó las yemas de los dedos; la señora Manresa se alisó la falda sobre las rodillas.

El joven Damón dijo a Cynthia:

Sal ahora con el alba,

viste la azul esclavina

y olvida ya tus pesares.

La paz llega hasta Inglaterra.

La Razón reina en la tierra.

¿Qué placer hay en soñar

si el día es azul y verde?

Arroja lejos tus penas.

Tras la noche, viene el día.

Picando y cavando —cantaban los lugareños, avanzando en fila india por entre los árboles—, *porque la tierra es siempre la misma, invierno, verano y primavera, y otra vez primavera e invierno; arando y sembrando, comiendo y creciendo; el tiempo pasa...*

El viento se llevó las palabras.

El baile terminó. Los sátiros y las ninfas se retiraron. La Razón se había quedado sola en el centro del escenario. Con los brazos extendidos, la túnica ondeante, sosteniendo el orbe y el cetro, Mabel Hopkins, erguida con gesto sublime, miraba por encima de las cabezas del público. El público la miraba. Mabel Hopkins hacía caso omiso del público. Mientras ella miraba, de entre las matas salieron unos ayudantes que pusieron a su alrededor lo que parecían ser tres paredes de una habitación. En el centro, colocaron una mesa. Sobre la mesa, colocaron un servicio de té de porcelana. La Razón observaba esa escena doméstica desde su eminencia imperturbable. Hubo una pausa.

—Otro acto de otra obra, supongo —dijo la señora Elmhurst consultando el programa. En voz alta, en atención a su marido, que era sordo, leyó—: «La voluntad allana la dificultad». Este es el título de la obra. Y los personajes... *Lady Harpy Harraden*, Arpía la Bruja, enamorada de *sir Spaniel Lilyliver*, Spaniel Cobardía. Deb, doncella de *lady Harpy*. Flavinda, sobrina de *lady Harpy*, enamorada de Valentine. *Sir Spaniel Lilyliver*, enamorado de Flavinda. *Sir Smirking Peace-be-with-you-all*, *sir Baboso La-paz-sea-con-todos*, clérigo. Lord y *lady Fribble*. Valentine, enamorado de Flavinda. ¡Vaya nombres para personas de carne y hueso! Pero mira, ahí vienen.

De las matas salían hombres con chalecos floreados, chalecos blancos y zapatos con hebilla; mujeres con vestidos de brocado, arremangados y drapeados; las estrellas de cristal, las bandas azules y las perlas falsas les daban aspecto de auténticos lores y *ladies*.

—El primer acto —murmuró la señora Elmhurst al oído de su marido— transcurre en el vestidor de *lady Harraden*... Es —la señaló— la señora Otter, de End House; pero está maravillosamente caracterizada. Y esa es Deb, su doncella. Pero no sé quién es.

—Silencio, silencio... —protestó alguien.

La señora Elmhurst dejó el programa. La obra había comenzado.

Lady Harraden entró en escena, seguida de Deb, su doncella.

LADY H.H.: ... *Dame la polvera. Dame la brocha. Dame el espejo, muchacha. Eso. Y ahora la peluca... ¡Mal rayo te parta! Ya vuelves a estar soñando...*

DEB: *Estaba pensando, mi señora, en lo que ha dicho el caballero al vernos en el parque.*

LADY H.H. (mirándose al espejo): *Vaya, vaya, ¿y qué ha dicho? ¡Insensateces, sin duda! Los dardos de Cupido... ¡Ja, Ja! Y como antorchas mis ojos esplendentes... ¡Bah! Esto era así en tiempos del señor, hace veinte años... Pero ahora, ¿qué puede decir de mí?*

(Se mira al espejo.) *Sir Spaniel Lilyliver, quiero decir...* (Suena un golpe en la puerta.)
¡Santo cielo! A la puerta ha llegado su silla de manos. Corre, muchacha. No te quedes con la boca abierta.

DEB (dirigiéndose a la puerta): *¿Qué dirá? ¡Agitará la lengua cual el jugador agita los dados en el cubilete! No encontrará palabras a vos ajustadas. Como un palurdo, sin saber qué decir quedará... Estoy segura de que será así. A vuestro servicio, sir Spaniel.*

(Entra *sir Spaniel*.)

SIR S.L.: *¡Salve, mi dulce santa! ¿Tan temprano y levantada estáis ya? Antojóseme, mientras por la alameda venía, que el aire era más límpido de lo acostumbrado. He aquí la razón... ¡Venus, Afrodita y, por mi honor, una entera constelación, una galaxia! ¡Por mis pecados, una verdadera Aurora Boreal!*

(Se quita airosamente el sombrero.)

LADY H.H.: *¡Oh, lisonjero, lisonjero! Conozco vuestras tretas. Pero, entrad. Sentaos... Una copa de Aqua Vitae. Sentaos aquí, sir Spaniel. Tengo que deciros algo muy íntimo y especial... ¿Recibisteis mi carta, sir?*

SIR S.L.: *¡En el corazón prendida la llevo!*

(Se golpea el pecho.)

LADY H.H.: *Escuchad un momento, he de pedir os una merced, sir.*

SIR S.L. (cantando): *¿Qué merced puede la dulce Cloe pedir que Damón no le otorgue? Mas abandonemos el lenguaje de la poesía, en exceso alambicado. Hablemos en prosa. ¿Qué merced desea Asphodilla pedir a su humilde servidor Lilyliver? Hablad, señora. ¿Llegará acaso el día en que un mono con un aro en las narices o un joven y forzado jayán de nosotros mal murmure, cuando ya no estemos en el presente mundo para decir la verdad?*

LADY H.H. (agitando el abanico con coquetería): *Sir Spaniel, sir Spaniel. Me ruborizáis, sin duda. Pero acercaos. (Acerca *sir Spaniel* la silla en que se sienta.) No queremos que el mundo entero nos oiga.*

SIR S.L. (aparte): *¿Que me acerque? ¡Mal rayo me parta! La vieja bruja huele peor que un arenque que haya estado colgado cabeza abajo sobre un barril de alquitrán. (En voz alta.) ¿Vuestro deseo, señora? ¿Decíais?*

LADY H.H.: *Tengo una sobrina, sir Spaniel, de nombre Flavinda.*

SIR S.L. (aparte.): *¡Es la muchacha a la que amo! (En voz alta.) ¿Una sobrina tenéis, señora? Creo recordar haberlo oído decir. Hija única es, que vuestro hermano confió a vuestra custodia, él pereció en el mar.*

LADY H.H.: *Esa misma es, sir. Está ya crecida y en edad de esposarse. La he guardado con celo, como a un capullito, envuelta en los sutiles ropajes de su virginidad. Solo doncellas ha habido a su alrededor, jamás un hombre, que yo sepa, salvo Clout, el criado, que tiene una verruga en la nariz y cara de cascanueces. Pero la niña se ha encaprichado de cierto insensato. De un mariposón, de un Dick o un Harry cualquiera, llamadle cual queráis.*

SIR S.L. (aparte): *El joven Valentine, sin duda. Les pillé desprevenidos cuando juntos estaban. (En voz alta.) ¿Es eso cierto, señora?*

LADY H.H.: *Mi sobrina no es tan mal parecida, sir Spaniel, pues hay belleza en nuestro linaje, como para que un caballero con vuestra crianza y seso de ella no se apiade.*

SIR S.L.: *Si no estáis vos presente, señora. Los ojos que han visto el sol no se deslumbran fácilmente ante menores luminarias, las Casiopeas, Aldebaranes, Osas Mayores, etcétera... ¡Una higa importan, cuando el sol está en lo alto!*

LADY H.H. (parpadeándole): *Alabáis a mi peluquera, sir, o quizá mis pendientes.*
(Niega con la cabeza.)

SIR S.L. (aparte): *¡Arma más ruido que las campanillas de una burra en una feria!
¡Emperifollada como una loca va! (En voz alta.) ¡Vuestras órdenes, señora?*

LADY H.H.: *Muy bien, sir, os lo voy a decir. Mi hermano Bob, ya que Bob se llamaba por cuanto mi padre era un sencillo hacendado, no le gustaban los raros nombres que los extranjeros trajeron consigo —Asphodilla me hago llamar, pero en la pila me pusieron sencillamente Sue—, mi hermano Bob, tal como os decía, se fue al mar y, según se dice, llegó a ser emperador de las Indias, donde las piedras son esmeraldas y los carneros siembran rubíes. Todo lo cual, ya que jamás hubo hombre de tan tierno talante como mi hermano, habría traído consigo aquí, señor, para colmar los huecos de la fortuna familiar. Pero el bergantín, la fragata o como se llame, que no lo sé, ya que no tengo buena cabeza para palabras marineras y nunca cruzo un charco sin decir el padrenuestro al revés, topó con una roca. De la ballena fue mi hermano presa. Pero, por piadoso designio de los cielos, a la playa las aguas llevaron la cuna. Con la niña dentro: Flavinda. Y, lo cual importa más, con el testamento, sano y salvo, envuelto en pergamino. El testamento de mi hermano Bob. ¡Deb, ven acá! ¡Que vengas te digo! ¡Deb!*

(Aullando, llama a Deb.)

SIR S.L. (aparte): *¡Ay, ay, ay...! ¡Esto me huele a cuerno quemado! ¡Un testamento! ¡Una última voluntad! ¡La voluntad allana la dificultad!*

LADY H.H. (a gritos): *¡El testamento, Deb! ¡El testamento! Está en la caja de ébano, a la derecha del escritorio, delante de la ventana... ¡Mal rayo parta a esa muchacha! No hace más que soñar. En esos romances, sir Spaniel, en esos romances... Cuando la vela gotea, para ella no es la vela lo que gotea, sino su corazón que se derrite y, cuando despabila una vela, lo hace recitando todos los nombres del santoral de Cupido...*

(Entra Deb con un pergamino en la mano.)

LADY H.H.: *Ahí está... Dámelo. El testamento. El testamento de mi hermano Bob.*
(Mira el testamento y murmura.) *Para resumir, sir, ya que los abogados, incluso en las Antípodas, son prolijos...*

SIR S.L.: *En justa proporción con sus orejas, señora.*

LADY H.H.: *Así es, así es. Pues, resumiendo, sir, mi hermano Bob dejó cuanta fortuna poseía al fallecer a su única hija, Flavinda, pero con una condición: que se casara contentando a su tía. Su tía, su tía soy yo. De lo contrario, fijaos bien, las diez arrobas de diamantes, otrosí de rubíes, otrosí medio kilómetro cuadrado de territorio fértil en el nor-nordeste del río de las Amazonas, otrosí su cajita de rapé, otrosí su caramillo —loco por la música estaba, sir, mi hermano Bob—, otrosí seis guacamayos y tantas concubinas como tuviera al fallecer, más otras bagatelas que no hace falta especificar, todo esto lo dejaba, fijaos bien, en el caso de que su hija no se casara contentando a su tía —y soy yo— al fin y al efecto de fundar una capilla, sir Spaniel, en la que seis vírgenes pobres cantaran himnos a perpetuidad por el descanso de su alma, lo cual, dicho sea en honor a la verdad, sir Spaniel, buena falta le hace a mi pobre hermano Bob, ya que anda deambulando por la corriente del Golfo y se relaciona con sirenas. Pero tomad, leed, leed el testamento, sir.*

SIR S.L. (leyendo): *«Debe casarse contentando a su tía». Claro como el agua está.*

LADY H.H.: *Su tía, sir, su tía soy yo. Claro como el agua.*

SIR S.L.: *¿De lo cual se desprende, señora...?*

LADY H.H. *¡Chitón! Acercaos más. Os lo voy a contar al oído. Desde hace muchísimo tiempo nos hemos tenido en gran estima uno al otro, sir Spaniel. Juntos*

jugamos a la pelota. Unimos nuestras muñecas con margaritas. Y, si no recuerdo mal, me llamabais vuestra noviecita... hace cincuenta años. Habríamos podido llegar a algo más, si nuestra fortuna... ¿Comprendéis, sir?

SIR S.L.: *Si estuviera escrito en letras de oro, de metro y medio de altura, visibles desde el cementerio de San Pablo hasta Peckham, no lo habría comprendido mejor... También os lo diré al oído. Yo, sir Spaniel Lilyliver, me obligo solemnemente a tomar — ¿cómo se llama la verde niña que a la playa llegó cubierta de algas, como una langosta? ¿Flavinda, no?—, a Flavinda, por legítima esposa... ¡Que lo haga constar por escrito un abogado!*

LADY H.H.: *Con una condición, sir Spaniel.*

SIR S.L.: *Con la condición, Asphodilla...*

(Hablan al unísono.)

De repartirnos el dinero.

LADY H.H.: *¡No necesitamos abogado que lo haga constar por escrito! ¡Vuestra mano, sir Spaniel!*

SIR S.L.: *¡Vuestros labios, señora!*

(Se abrazan.)

SIR S.L.: *¡Uf! ¡Apesta, la bruja!*

—¡Ja, ja, ja! —reía la anciana dama del lugar, en una silla de ruedas.

—¡Razón, impera! ¡Razón! —exclamó el viejo Bartholomew. Y miró a su hijo, como exhortándole a desprenderse de aquellos vapores femeninos, y a ser un hombre, señor.

Giles estaba sentado, tieso como una vela, con los pies escondidos bajo la silla.

La señora Manresa sacó el espejo y el lápiz de labios y prestó atención a sus labios y su nariz.

El gramófono, mientras desmontaban el escenario, daba cuenta poco a poco de ciertos acontecimientos que damos por ciertos. La música explicaba, más o menos, cómo Eva, arrebujiándose en sus ropas, se muestra remisa a dejar caer su mano perlada por el rocío. Los rebaños, continuaba la música, descansan en paz. El hombre pobre a su cabaña vuelve y, para los ávidos oídos de su esposa e hijo, el relato sencillo de sus trabajos cuenta: el rendimiento que da cada surco; cómo la yunta ha dejado en paz al chorlito en su nido; mientras Wat correteaba y los huevos moteados en el cálido hoyo reposaban. Entretanto, la buena esposa el sencillo yantar pone en la mesa; y, al son de la flauta del pastor, de su trabajo liberado, sátiros y ninfas unen las manos y bailan en la hierba. Entonces Eva deja caer sus oscuras trenzas castañas y extiende su esplendente velo sobre la aldea, el campanario, el prado y etcétera, etcétera. La melodía se repitió otra vez.

La vista reflejaba a su manera la letra de la melodía. El sol se ponía, los colores se fundían y la vista también contaba que después del trabajo los hombres descansan de su labor, que refresca, que la razón prevalece y que, después de haber liberado la yunta del arado, los lugareños cavan en sus huertos pequeños y se relajan apoyados en las verjas de sus casas.

Las vacas, dando un paso al frente y, luego, quedándose quietas, reflejaban exactamente lo mismo.

Arropado en esa triple melodía, el público, sentado, miraba; contemplaba amablemente, con aprobación y sin formularse preguntas, ya que parecía inevitable, cómo el boj con forma de cuba verde hacía las veces de vestidor de las señoras mientras, en lo que parecía ser un muro, colgaba la esfera de un gran reloj; cuyas saetas indicaban que

faltaban tres minutos para la hora; para que fueran las siete.

La señora Elmhurst salió de su ensoñación y miró el programa.

—Acto segundo. La alameda —leyó en voz alta—. Hora: primera de la mañana. Entra Flavinda. ¡Ahí viene!

Venía Millie Loder (dependienta de los almacenes de lencería de Hunt y Dicksons), con un vestido de puntilla, interpretando a Flavinda.

FLAV. *Las siete me ha dicho y el reloj su palabra da de que lo son. Pero, Valentine, ¿dónde está Valentine? ¡Oh! ¡Cómo late mi corazón! Pero no se debe ello a la hora del día, ya que a menudo me levanto antes de que el sol ilumine los prados... Mira, ¡cuán donosa gente pasa! ¡Todos van de puntillas como pavos reales con la cola extendida! Y yo voy con este vestidito que tan lindo parecía en el agrietado espejo de mi tía... Pero aquí parece un trapo de cocina... Y se recogen el cabello en forma de pastel de cumpleaños con velas... Esto es un diamante, esto es un rubí... ¿Dónde está Valentine? En el naranjo del paseo, dijo. Ahí está el árbol. Y Valentine no está. Aquel hombre es un cortesano, estoy segura de que ese viejo zorro, con el rabo entre las piernas, lo es. Y aquella es una costurera que ha salido de casa a escondidas del amo. Y ahí viene un hombre con una escoba, para barrer los senderos por los que pasan las bellas damas... ¡Oh, el rojo de sus mejillas! ¡No se ve esto en los campos, no, no! ¡Oh, infiel, cruel Valentine con corazón de piedra! ¡Valentine! ¡Valentine!*

(Se estruja las manos y mira a uno y otro lado.)

¿Acaso no he saltado de la cama de puntillas y me he deslizado como un ratoncillo por la pared temerosa de despertar a la tía? ¿Y adornado el cabello sirviéndome de su polvera? ¿Y frotado las mejillas hasta hacerlas relucir? ¿Y yacido despierta, contemplando cómo las estrellas trepaban por las chimeneas? ¿Y dado la guinea de oro que el padrino escondió detrás del muérdago, el día de Reyes, a Deb para que no me delatara? ¿Y engrasado llave y cerradura, para que la tía no se despertara y gritara Flavvy, Flavvy? Val, te digo Val que... Ahí viene... No, lo reconocería a un kilómetro de distancia por la manera en que camina sobre las olas igual que ese que hay en el libro con grabados... No es Val... Este es hombre de la ciudad, un petimetre que levanta los impertinentes para saciarse de mí... Me vuelvo a casa... No, no vuelvo... Volver significa ser de nuevo una niña pequeña y un dechado de perfecciones... ¿Acaso no soy ya mayor? Dentro de tres lunas heredaré... ¿Acaso no lo leí en el testamento el día en que la pelota fue a parar al arca en el que la tía guarda sus encajes y la tapa se abrió? «Dejo cuanta fortuna posea al fallecer a mi hija...» Hasta ahí leí, pero la vieja se acercó por el pasillo, taconeando, como un ciego por un callejón. No soy una náufraga y quiero que usted lo sepa, sir, no soy sirena con cola de pescado y manto de algas a vuestra merced, sir. Estoy a la altura de cualquiera de ellas, esas mentirosas con las que retozáis y cuyos nombres me citáis junto al naranjo, mientras apenas podéis escaparos al sueño, después de haber pasado la noche en brazos de esas mujeres... Avergonzado debierais estar, sir, de burlaros de una pobre muchacha... No lloraré, juro que no lloraré. No destilaré ni una gota de líquida sal por un hombre que semejante trato me da... Sin embargo, cuán duro recordar el día en que nos escondimos en la vaquería, el día en que el gato saltó. Y cuando leíamos romances junto al acebo. ¡Oh! Y lloré cuando el duque abandonó a la pobre Polly... Y la tía vio que tenía los ojos rojos. Y la tía va y me dice: «¿Qué te ha picado, sobrina?». Y yo grité: «¡Deprisa, Deb, la bolsa azul!». Pensar que lo leí en un libro y lloré por otra... ¿Qué veo allá, entre los árboles? Ha venido y se ha ido. ¿Será la brisa? Está a la sombra, y ahora al sol... ¡Por mi vida que es Valentine! ¡Es él! ¡Deprisa! Me esconderé. ¡El árbol

me ocultará!

(Flavinda se esconde detrás de un árbol.)

Está aquí... Se vuelve... Mira alrededor... Ha perdido el rastro... Escudriña por todos lados... Dejaré que se regale la vista con los hermosos rostros, que los cate, que los recuerde, que diga: «Aquella es la bella dama con la que bailé... Con esa yací... A esta la besé bajo el muérdago...». ¡Ah! ¡Las desprecia! ¡Cómo baja la vista al suelo! ¡Y qué bien le sienta el ceño fruncido! «¿Dónde está Flavinda?», suspira. «La amo como al corazón que mi pecho alberga.» Mira cómo saca el reloj. «Oh, infiel desgraciada», suspira. ¡Mira cómo patear el suelo! Da media vuelta. Me ve, no, el sol le da en los ojos. Lágrimas bañan... ¡Dios mío, cómo sus dedos tocan la espada! ¡Es capaz de atravesarse con ella el pecho, como el duque de aquel libro! ¡Deteneos, sir, deteneos!

(Flavinda sale de detrás del árbol.)

VALENTINE: ¡Oh, Flavinda, oh!

FLAVINDA: ¡Oh, Valentine, oh!

(Se abrazan.)

El reloj da las nueve.

—¡Tanto lío, total para nada! —exclamó una voz. La voz se calló. Pero la voz había visto; la voz había oído. Por un momento, la señorita La Trobe, escondida detrás del árbol, resplandeció de gloria. En el instante siguiente, volviéndose hacia los lugareños que pasaban y volvían a pasar entre los árboles, la señorita La Trobe ladró:

—¡Más alto! ¡Más alto!

Ya que el escenario estaba vacío, pero la tensión debía continuar, y lo único que podía mantenerla era la canción; y la letra no se oía.

—¡Más alto! ¡Más alto! Y la señorita La Trobe los amenazó con los puños.

Cavando y picando (cantaban), vallando y cortando, pasamos... Verano e invierno, otoño y primavera vuelven... Todo pasa, salvo nosotros, todo cambia... pero nosotros siempre somos los mismos... (la brisa abría lagunas entre sus palabras).

—¡Más alto, más alto! —vociferó la señorita La Trobe.

Los palacios se derrumban (volvieron a cantar), Babilonia, Nínive, Troya... Y la gran mansión de César... Todas derrumbadas están... El arco se hallaba donde el chorlito anida. Bajo el que los romanos pasaron... Cavando y picando, con la reja del arado surcamos la tierra... Donde Clitemnestra esperó a su señor... viendo resplandecer los fanales en las colinas... nosotros solo la tierra vemos... Cavando y picando pasamos... y la reina y la torre de las horas caen. Agamenón a caballo se ha ido... Clitemnestra no es más que...

Las palabras se fueron apagando. Solo unos cuantos grandes nombres —Babilonia, Nínive, Clitemnestra, Agamenón, Troya— llegaron flotando en el aire. Luego se levantó el viento y, con el murmullo de las hojas, ni siquiera las grandes palabras fueron audibles; y el público contemplaba actuar a los lugareños, de cuyas bocas abiertas no surgía sonido alguno.

Y el escenario estaba vacío. La señorita La Trobe, apoyada en el árbol, se quedó paralizada. Había perdido su poder. Gotas de sudor le brotaron en la frente. La ilusión había desaparecido. «Es la muerte —murmuró la señorita La Trobe—, la muerte.»

De repente, al desvanecerse la ilusión, las vacas asumieron toda la responsabilidad. Una había perdido a su ternero. En ese preciso instante, la vaca levantó la cabeza de grandes ojos como lunas y mugió. Todo el mundo rebosaba de ansia muda. Aquella era la voz primitiva resonando en el oído del presente. Después, se contagió todo el rebaño.

Agitando las colas, sucias como atizadores, alzaron la cabeza, se desplomaron y mugieron, como si Eros les hubiera clavado su dardo en los flancos, suscitando así su furia. Las vacas aniquilaron aquel espacio vacío levantando un puente que cubrió la distancia; llenaron el vacío y dieron continuidad a la emoción.

En éxtasis, la señorita La Trobe saludó a las vacas agitando la mano.

«¡Gracias!», exclamó.

De repente, las vacas se calmaron; bajaron sus cabezas y comenzaron a pastar. También el público bajó la cabeza y leyó el programa.

—La directora —leyó la señora Elmhurst en voz alta, para que su marido se enterara— suplica indulgencia al público. Por falta de tiempo, se ha omitido un acto; se suplica al público que imagine que, entre el acto anterior y el siguiente, *sir* Spaniel Lilyliver ha pedido en matrimonio a Flavinda; y ella está a punto ya de plegarse a sus deseos, cuando Valentine, oculto en el interior del reloj del abuelo, da un paso al frente; alega que Flavinda es su novia, descubre la argucia para robar la herencia de la muchacha y, aprovechando la confusión, los enamorados huyen juntos, dejando a *lady* Harpy y a *sir* Spaniel solos.

»Nos pide que imaginemos todo esto —dijo la señora Elmhurst, quitándose las gafas.

—La señorita La Trobe ha tenido una buena idea —dijo la señora Manresa dirigiéndose a la señora Swithin—. Si hubiera representado todo lo expuesto, habríamos estado aquí hasta la medianoche. Ahora hagamos trabajar la imaginación, señora Swithin. —Y dio una palmadita en la rodilla a la anciana dama.

—¿Imaginar? —dijo la señorita Swithin—. ¡Qué bien! En las representaciones teatrales siempre nos cuentan demasiadas cosas. Como usted sabe, los chinos ponen una daga sobre una mesa y así representan una batalla. Y Racine...

—Sí, nos matan de aburrimiento —interrumpió la señora Manresa oliendo a cultura, irritada por el desprecio hacia la alegría del corazón humano—. Hace poco llevé a mi sobrino, un chico encantador que está en la academia militar, a ver *Pop Goes the Weasel*. ¿La ha visto? —dijo volviéndose hacia Giles.

—«Arriba y abajo, por la calle Mayor» —tarareó Giles por toda contestación.

—¡También su niñera cantaba esa melodía! —exclamó la señora Manresa—. ¡Igual que la mía! Y, cuando decía «Pop», hacía el mismo ruido que el corcho de una botella de un refresco de jengibre. ¡Pop!

Y reprodujo el sonido.

—Silencio, silencio... —murmuró alguien.

—Creo que me estoy portando mal y que he escandalizado un poco a su tía —dijo la señora Manresa—. Debemos ser buenos y prestar atención. Este es el tercer acto. La salita de *lady* Harpy Harraden. Se oye a lo lejos el sonido de los cascos de un caballo.

El sonido de los cascos de caballo, que enérgicamente reprodujo Albert, el tonto del pueblo, golpeando un plato con una cuchara de madera, se extinguió.

LADY H.H.: *¡A mitad de camino de Gretna Green están ya! ¡Oh, sobrina traidora! ¡Yo, que te rescaté de las aguas del mar y te puse a secar ante la chimenea! ¡Así la ballena se te hubiera tragado entera! ¡Oh, pérfida! ¿Acaso no leíste en los santos textos «Honrarás a tu tía»? ¡Mal lo leíste y al revés lo entendiste, ya que aprendiste a robar y a engañar y a leer testamentos guardados en antiguos cajones y a esconder a pillos dentro de honrados relojes que ni un segundo han fallado desde los tiempos del rey Carlos! ¡Oh, Flavinda! ¡Oh, pérfida!*

SIR S.L. (intentando ponerse las botas altas): *Viejo, viejo, viejo. El muchacho me ha*

llamado «viejo». «A la cama, viejo insensato, y a tomarte un vaso de leche caliente.»

LADY H.H.: Y ella, deteniéndose bajo el dintel de la puerta y señalándome con el dedo del desprecio, me ha llamado «vieja», sir. ¡A mí, que estoy en la flor de la vida y soy toda una dama!

SIR S.L. (tirando de la bota): Pero me vengaré. ¡Los aplastaré bajo el peso de la ley!

(Cojeando, pasea arriba y abajo, con solo una bota puesta.)

LADY H.H. (poniendo una mano en el brazo de sir Spaniel): Pensad en vuestra gota, sir Spaniel. Comportaos, sir, no perdamos la serenidad, que aún estamos en lo mejor de los cincuenta. ¿Qué es esa juventud de la que tanto alardean? ¡Pluma de ganso al viento del norte tan solo! Sentaos, sir Spaniel. Dad reposo a vuestra pierna. Así...

(Pone un almohadón bajo la pierna de sir Spaniel.)

SIR S.L.: «Viejo» me ha llamado, al salir del reloj, como un muñeco de resorte... Y Flavinda, haciendo de mí mofa y befa, ha señalado mi pierna y ha dicho: «Dardos de Cupido, sir Spaniel, dardos de Cupido». Oh, si pudiera hervirlos en un caldero y servirlos humeantes en el altar de... ¡Ay, mi gota! ¡Ay, mi gota!

LADY H.H.: Vuestro discurso, sir, impropio es de un hombre de seso. Acordaos, sir, de que hace muy poco invocabais, ejem, las constelaciones. Casiopea, Aldebarán; la Aurora Boreal... No cabe negar que una de ellas ha salido de su órbita, se ha ido, se ha fugado, dicho lisa y llanamente, con las entrañas de un reloj, con el péndulo del reloj del abuelo. Pero, sir Spaniel, hay ciertas estrellas que, ejem, son fijas, estrellas que, dicho sea en pocas palabras, jamás brillan tanto como cuando están junto al fuego del hogar.

SIR S.L.: ¡Si tuviera veinticinco años y una espada afilada colgando al cinto!

LADY H.H. (procurando calmarlo): Os comprendo bien, sir. Lo lamento tanto como vos, pero la juventud no lo es todo. Y, ahora, voy a deciros un secreto. También yo he pasado el meridiano. También yo me encuentro más allá del ecuador. Profundamente y sin pestañear, duermo por las noches. Ya pasaron los días de inquietud... Pero, recordad, sir, que la voluntad allana la dificultad.

SIR S.L.: Es una verdad como un templo, señora... ¡Ay, mi pie es como una herradura al rojo vivo, al rojo vivo, en el yunque del diablo! ¡Ay! ¿Y qué queréis decir con todo ello?

LADY H.H.: ¿Qué quiero decir, sir? ¿Debo acaso faltar a la modestia que siempre he observado y revelar lo que he guardado, cubierto con espliego, desde el día en que mi señor que en la gloria esté —y ya hace veinte años— con plomo amortajado fue? Dicho sea claramente, sir, Flavinda ha volado. La jaula está vacía. Sin embargo, nosotros, que nos atábamos el uno al otro por las muñecas con primulas, podemos atarnos con cadena más recia. Pero basta ya de retóricas figuras. Aquí estoy yo, Asphodilla, aunque mi nombre sea sencillamente Sue. Poco importa cuál sea mi nombre —Asphodilla o Sue—, aquí estoy, sana y lozana, a vuestro servicio. Ahora que nuestra campaña ha tocado a su fin, la fortuna del hermano Bob irá a pagar a las vírgenes. Así será. El abogado Quill lo ha dicho con toda claridad. «Vírgenes... a perpetuidad... cantado por su alma.» Y os aseguro que falta le hace a Bob. Pero, en fin, poco importa. A pesar de que hemos arrojado a los peces del mar lo que habría podido envolvernos en dulce lana, no soy una mendiga. Cuento con mansiones, heredades, ajuar, ganado, mi dote, un patrimonio. Os lo mostraré, envuelto el inventario en pergamino. Os aseguro que es bastante para que vivamos bien, cual nos corresponde, como marido y mujer.

SIR S.L.: ¡Marido y mujer! ¡Señora, antes me metería en un barril de alquitrán,

antes me ataría a una mata de espino, durante un vendaval de invierno! ¡Puaj!

LADY H.H.: *¡Un barril de alquitrán, dice! ¡Una mata de espino, dice! ¡Y pensar que hablabais de galaxias y vías lácteas! ¡Vos, que decíais que mi esplendor oscurecía todas las estrellas! ¡Mal rayo os parta! ¡Tiburón de los mares! ¡Especie de serpiente con botas altas! ¡Traidor! ¿No me aceptáis? ¿Rechazáis esta mi mano?*

(Extiende la mano. Sir Spaniel la aparta de sí de un manotazo.)

SIR S.L.: *¡Guardaos vuestras piedras preciosas de yeso en un mitón! ¡No quiero ni una! ¡Aunque fueran diamantes, purísimos diamantes, y me ofrecierais la mitad del globo terráqueo habitable, con todas las concubinas atadas a vuestro cuello, nada querría! ¡Soltadme, lechuza, bruja, vampira! ¡Soltadme! ¡Me marchó!*

LADY H.H.: *¡De modo que todas vuestras hermosas palabras no eran más que papel de estaño envolviendo un petardo!*

SIR S.L.: *¡Campanillas al cuello de una burra! ¡Rosas de papel en el cartel de un sacamuelas! ¡Ay, mi pie, ay! Dardos de Cupido, ha dicho en befa Flavinda... Y viejo, viejo, me ha llamado él...*

(Se va cojeando.)

LADY H.H. (sola): *Todos se han marchado. Siguiendo al viento. Él se ha ido, ella se ha ido y el viejo reloj del que péndulo se hizo aquel bigardo es el único que conmigo se ha quedado. ¡Mal rayo los parta! ¡Convertir la casa de una honrada mujer en un lupanar! Yo, que Aurora Boreal era, en barril de alquitrán he quedado. Yo, que era Casiopea, en burra me he convertido. La cabeza me da vueltas. No hay hombre digno de confianza, ni mujer, ni bellas palabras, ni bellos libros. Cae la piel de cordero y, reptando, sale la serpiente. Id a Gretna Green, yaced en la hierba húmeda y engendrad víboras. La cabeza me da vueltas... Barriles de alquitrán, dijo. Casiopea... Piedras de yeso... Andrómeda... Matas de espino... Deb, ven acá, Deb (aúlla). Desabróchame. Voy a estallar... Trae la mesa de tapete verde y la baraja... Y las zapatillas forradas de piel, Deb. Y una taza de chocolate... Me vengaré... Viviré más años que todos ellos... ¡Deb, ven acá! ¡Deb! ¡Mal rayo la parta! ¿Es que no me oye? ¡Deb, retoño de gitana que saqué del arroyo y a la que enseñé a ser un dechado de perfecciones! ¡Deb! ¡Deb! (Abre violentamente la puerta que comunica con el cuarto de la doncella.) ¡Vacío! ¡También se ha marchado! Pero ¿qué veo en el tocador? (Coge un papel y lo lee.) «Una higa me da dormir en vuestro lecho de plumas. Me marchó con los harapientos gitanos. Firmado: Deborah, la que fue vuestra doncella.» ¡Maldición! ¡Y pensar que la alimenté con mondas de manzana y con mendrugos de mi propia mesa, pensar que le enseñé a jugar a los naipes y a coser camisones...! También se ha marchado. ¡Oh, ingratitud, tu nombre es Deborah! ¿Quién lavará los platos ahora, quién me traerá el vaso de leche caliente ahora, quién aguantará mi mal genio y quién me desabrochará el corsé? Todos se han marchado. Estoy sola. Sans sobrina, sans galán y sans doncella.*

Aquí termina la representación
que contiene la siguiente lección:
el dios del amor gran traidor es
y sus dardos clava en los pies.

Pero bien se ve que quiere la voluntad
que santas vírgenes canten a perpetuidad:
«La voluntad allana la dificultad».

Damas y caballeros, adiós.

(Después de una reverencia, lady H.H. hace mutis.)

Finalizada aquella escena, la Razón descendió de su estrado. Recogiéndose la túnica, agradeciendo serenamente los aplausos del público, cruzó el escenario; mientras los lores y las *ladies*, ataviados con estrellas y ligas, la seguían; *sir* Spaniel, cojeando, acompañaba a *lady* Harraden, remisa, y Valentine y Flavinda, cogidos del brazo, hacían reverencias.

—¡En verdad que es una gran lección, vive Dios! —gritó Bartholomew, a quien se le había contagiado el lenguaje de la obra. ¡Hay en ella una lección para usted!

Se echó hacia atrás, sin levantarse y rió a carcajadas que parecían relinchos.

Una lección. ¿Cuál? Giles suponía que era que la voluntad allana la dificultad. Las palabras se alzaron y le señalaron con el dedo, despectivamente. Ir a Gretna Green con su novia, actuar. Y al cuerno las consecuencias.

—¿Le gustaría ver el invernadero? —preguntó Giles bruscamente volviéndose hacia la señora Manresa.

—¡Me encantaría! —exclamó la señora Manresa, y se levantó.

¿Se trataba de un entreacto más? Sí, el programa lo decía. La máquina escondida entre las matas hacía chuf, chuf, chuf. ¿Y el siguiente?

—La época victoriana —leyó, en voz alta, la señora Elmhurst. Seguramente daba tiempo de dar un paseo por los jardines e incluso para echar un vistazo por la casa. De todos modos, tenían cierta sensación, ¿cómo expresarlo?, de no estar del todo aquí, ni allá. Como si la representación teatral hubiera tenido la virtud de separar la copa del tallo que la sostiene; como si aquello a lo que llamo mi yo flotara todavía suelto y no se asentara. No se sentían totalmente ellos mismos. ¿O se trataba tan solo de la sensación de ir extrañamente vestidos? Sencillos vestidos de gasa impropios de la época; pantalones de franela; sombreros de paja; y sombreros envueltos en redecilla de color frambuesa, al estilo del sombrero lucido por la duquesa real en Ascot, parecían poca cosa.

—¡Qué bonitos vestidos llevaban! —dijo alguien lanzando una mirada a Flavinda, en el momento en que esta desaparecía—. Muy favorecedores. Me gustaría...

Chuf, chuf, chuf, repetía la máquina entre las matas, con precisión e insistencia.

Unas nubes cruzaron el cielo. El tiempo parecía un tanto inestable. Por un momento, Hogben's Folly quedó de color blanco ceniza. Luego, el sol iluminó la dorada veleta de Bolney Minster.

—Parece un poco inestable —dijo alguien.

—A levantarnos... Estiremos un poco las piernas —dijo otra voz.

Pronto en el prado flotaron menudas islas móviles vestidas de colores. Sin embargo, parte del público siguió sentado. Page, el periodista, lamió la punta del lápiz y escribió: «El mayor Mayhew y señora». En cuanto a la obra teatral, abordaría a la señorita La Trobe y le pediría una sinopsis. Pero la señorita La Trobe había desaparecido.

Allá, entre las matas, la señorita La Trobe trabajaba como una negra. Flavinda solo llevaba puesta una combinación. La Razón había arrojado su manto sobre un arbusto. *Sir* Spaniel luchaba con sus botas altas. La señorita La Trobe iba de un lado para otro, buscando cosas.

—El manto victoriano con el ribete de flecos... ¿Dónde diablos está? Dejadlo aquí... Y, ahora, las patillas...

Mientras se inclinaba y se enderezaba, la señorita La Trobe lanzó por encima de las matas una rápida mirada al público con sus ojos de pájaro. El público se le había escapado. El público estaba paseando arriba y abajo. Se mantenía alejado del vestuario; respetaba los convencionalismos. Pero si se alejaban demasiado, si comenzaban a explorar los

alrededores, si entraban en la casa, entonces... Chuf, chuf, chuf, repetía la máquina. Pasaba el tiempo. ¿Hasta cuándo se mantendrían unidos? Era cuestión de azar; era un riesgo... Y la señorita La Trobe siguió trabajando con toda su energía, arrojando prendas sobre la hierba.

Por encima de los arbustos le llegaban voces desperdigadas, voces incorpóreas, voces simbólicas le parecían a la señorita La Trobe, que las oía a medias, sin ver, aunque sintiendo, por encima de las matas, invisibles hilos que unían aquellas voces incorpóreas.

—Lo veo muy negro.

—Nadie lo quiere, salvo los malditos alemanes.

Hubo una pausa.

—Yo cortaré esos árboles...

—¡Cómo les crecen los rosales!

—Dicen que este jardín tiene quinientos años...

—Bueno, incluso el viejo Gladstone, dicho sea en su descargo...

Hubo un silencio. Las voces se estaban alejando de las matas. Los árboles murmuraban. Muchos ojos, le constaba a la señorita La Trobe, ya que todas las células de su cuerpo tenían capacidad de absorción, contemplaban las vistas. Con el rabillo del ojo veía Hogben's Folly; la veleta relumbró.

—El vaso se cae —dijo una voz.

La señorita La Trobe sentía cómo se le escapaban entre los dedos, contemplando aquellas vistas.

—¿Dónde está esa maldita mujer, la señora Rogers? ¿Alguien ha visto a la señora Rogers? —gritó, mientras cogía una capa victoriana.

Entonces, saltándose los convencionalismos, entre las temblorosas ramas apareció una cabeza: la señora Swithin.

—¡Oh, señorita La Trobe! —exclamó la señora Swithin. Y se calló. Luego, volvió a empezar—: ¡Oh, señorita La Trobe, la felicito de todo corazón! —La señora Swithin dudó—. Me ha dado usted... —Se saltó lo que iba a decir y se aferró a las siguientes palabras—: Siempre, desde la infancia, he creído... —Se le velaron los ojos, borrando así el presente. Intentó recordar su infancia; después renunció y, agitando levemente la mano, como si pidiera ayuda a la señorita La Trobe, continuó—: Esta rutina diaria; este subir y bajar escaleras; este decir «¿Qué voy a buscar? ¿Las gafas? Las llevo puestas...».

Miraba a la señorita La Trobe con la límpida mirada de la vejez. Sus miradas se cruzaron en el común esfuerzo por alumbrar un común significado. Fracasaron; y la señora Swithin, atrapando milagrosamente una parte de su significado, dijo:

—¡Qué papel tan insignificante he tenido que interpretar! Pero usted ha logrado que creyera que habría podido interpretar... ¡Cleopatra!

Entre las temblorosas matas, la señora Swithin hizo una inclinación de cabeza y se marchó.

Los lugareños intercambiaron guiños. «Chocha» era la palabra adecuada para la Vieja Flimsy, que se escabullía entre las matas.

—Habría podido ser... Cleopatra —repitió la señorita La Trobe, pero hubiera querido decir: «Usted ha logrado despertar una parte de mí hasta ahora oculta»—. Y, ahora, la falda, señora Rogers —dijo.

En pie, calzada con medias negras, la señora Rogers tenía un aspecto grotesco. La señorita La Trobe le puso, pasándoselo por la cabeza, el voluminoso atavío de la época victoriana. Anudó los cintajos. «Ha tirado usted de los hilos invisibles», había querido decir la vieja señora; y había sacado a relucir nada menos que... ¡a Cleopatra! La señorita La

Trobe se sintió henchida de gloria. Sí, pero no era solamente una persona dedicada a tirar de hilos individuales; también hacía hervir cuerpos a la deriva y voces flotantes en un caldero, extrayendo así de aquella masa amorfa la recreación de todo un mundo. La señorita La Trobe vivía su momento, su gloria.

—¡Ya está! —dijo la señorita La Trobe, atando las cintas negras bajo el mentón de la señora Rogers—. Y, ahora, los caballeros. ¡Hammond!

Con un ademán, ordenó a Hammond que se acercara. Obediente, Hammond fue hacia ella y dejó que le colocara patillas negras. Con los ojos entornados, echada la cabeza hacia atrás, Hammond se parecía, pensaba la señorita La Trobe, al rey Arturo, noble, caballeroso y flaco.

—¿Dónde está la vieja levita del mayor? —preguntó la señorita La Trobe, confiando en que dicha prenda transformaría a Hammond.

Tic, tic, tic, seguía la máquina. El tiempo iba pasando. El público vagaba disperso. Solo el tic, tic del gramófono lo unía. Y allá, caminando solitaria, a lo lejos, junto a los parterres, la señora Giles huía.

—¡La música! —ordenó la señorita La Trobe—. ¡Deprisa! ¡La música! ¡La siguiente pieza! ¡El número diez!

—Ahora puedo escoger mi flor —murmuró Isa cogiendo una rosa—. ¿La blanca o la roja? Y entre índice y pulgar oprimirla...

Contempló los rostros que pasaban en busca de la cara del hombre vestido de gris. Allí estuvo, durante un segundo, pero rodeado, inaccesible. Y desapareció.

Isa dejó caer la flor. ¿Qué hoja separada, una sola, podía oprimir? Ninguna. Y tampoco podía vagar por entre los parterres, sola. Debía avanzar y anduvo hacia el establo.

«¿Adónde vagando voy?», musitó. «¿A lo largo de túneles barridos por el viento? ¿Donde el ciego viento sopla? Y nada crece para recreo de la vista. Ni una rosa. ¿Para salir adónde? En cierto oscuro campo sin cosechas, donde su manto no tiende el atardecer, ni el sol se alza. Todo es igual allá. No brotan ni florecen las rosas allá. No hay cambio; ni existe lo mudable y lo amable; no hay encuentros ni despedidas; no hay hallazgos furtivos ni tientos, en los que la mano busca una mano y el ojo busca refugio del ojo.»

Había llegado al patio del establo, donde estaban encadenados los perros, donde se encontraban los cubos, donde el gran peral extendía su escalera de ramas contra el muro. El árbol, cuyas raíces crecían bajo las losas, mostraba sus ramas cargadas de peras verdes. Tocando una, Isa murmuró: «¡Cuán cargada voy con lo que arrancaron de la tierra! Recuerdos, posesiones. Esta es la larga caravana que cruza el desierto. Arrodíllate, dijo el pasado. Llena tu cesto con los frutos de nuestro árbol. Levántate, borrico. Sigue tu camino, hasta que se te llaguen las patas y se te agrieten los cascos.»

La pera estaba dura como una piedra. Isa bajó la vista a las agrietadas losas debajo de las cuales se extendían las raíces. «Esta fue la carga», musitó, «depositada sobre mí en la cuna; murmurada por las olas; alentada por los inquietos olmos; canturreada por mujeres cantarinas; lo que debemos recordar; lo que no olvidaremos.»

Levantó la vista. Las saetas doradas del reloj del establo marcaban, inexorables, que faltaban dos minutos para la hora. El reloj iba a dar las horas.

«Y ahora viene el rayo del cielo azul piedra», murmuró Isa. «Se han roto las ataduras que los muertos ataron. Sueltas han quedado nuestras posesiones.»

Unas voces la interrumpieron. Pasaba gente por el patio del establo, hablando.

«Es un buen día, dicen algunos, el día en que quedamos desnudos. Otros dicen que es el fin del día. Ven la posada y al posadero. Pero nadie habla con una sola voz. Nadie

habla con una voz liberada de las viejas vibraciones. Siempre oigo corruptos murmullos; el tintineo de oro y metal. Música loca...»

Sonaron más voces. El público volvía a la terraza. Isa se enardecía. Se animó. «Adelante, borrico, paciente camina. No escuches los frenéticos gritos de los jefes que, en su búsqueda, nos traicionan. Ni escuches el sonido de caras de porcelana, relucientes y duras. Antes escucha al pastor que tose junto al muro de la granja; al árbol agostado que suspira cuando el jinete galopa; los broncos gritos en la habitación del cuartel cuando la desnudaron; y el grito que, en Londres, cuando abro la ventana, alguien lanza...» Había llegado al sendero que pasaba junto al invernadero. De una patada abrieron la puerta. Salieron la señora Manresa y Giles. Sin que la vieran, Isa los siguió por el prado hasta alcanzar las primeras filas de asientos.

El chuf, chuf, chuf de la máquina entre las matas había cesado. Obedeciendo las órdenes de la señorita La Trobe, habían puesto otra música en el gramófono. El número diez. Gritos de Londres, se titulaba. «Un popurrí.»

«Espliego, dulce espliego, ¿quién me compra el dulce espliego?», trinaba aguda la canción, en un vano intento de hacer que el público se reuniera en un rebaño. Algunos hacían caso omiso. Otros seguían paseando sin rumbo. Otros se detuvieron, pero se quedaron en pie. Algunos, como el coronel Mayhew y su esposa, que no habían abandonado la silla, estudiaban ceñudamente la borrosa copia hecha con papel de carbón que les habían dado para que estuvieran informados.

«El siglo XIX.» El coronel Mayhew no negaba a la directora el derecho a saltarse doscientos años en quince minutos. Pero la elección de las escenas le había dejado descontento.

—¿Y por qué ha prescindido del ejército británico? —murmuró—. ¿Qué es la historia sin el ejército?

Inclinando a un lado la cabeza, la señora Mayhew advirtió que tampoco debían esperar demasiado. Además, seguramente la representación terminaría con un gran desfile, con la bandera de Gran Bretaña. Entretanto, contaban con aquellas vistas. Contemplaron aquellas vistas.

«Dulce espliego... dulce espliego...», tarareando la canción, la vieja señora Lynn Jones (del monte) empujó una silla hacia delante.

—Aquí, Etty —dijo. Y se dejó caer al lado de Etty Springett, con quien, como las dos eran viudas, compartía una casa.

—Recuerdo —dijo la señora Lynn Jones moviendo la cabeza al compás de la música—, tú también recordarás, cómo gritaban por la calle.

Recordaron —las cortinas ondeaban y los hombres gritaban: «Todos sanos y lozanos», al acercarse, con geranios y clavelinas en tiestos, por la calle.

—Un arpa, recuerdo, y un cabriolé y un simón. Tan tranquila era la calle. El cabriolé costaba dos, ¿verdad? ¿Y uno el simón? Y Ellen, con delantal y cofia, silbando por la calle... ¿Recuerdas? Y los mozos de la estación, que la seguían a una hasta casa con la maleta...

La canción cambió.

—«Compro hierro, compro hierro y hojalata...» ¿Recuerdas? Lo gritaban aquellos hombres ocultos por la niebla. Hombres con pañuelo rojo. Estranguladores los llamaban. Una no podía regresar a pie, no, no, a casa, al salir del teatro. Regent Street. Piccadilly. Hyde Park Corner. Y aquellas mujeres perdidas... Y, en todas partes, hogazas de pan tiradas por la calle. Y los irlandeses por los alrededores de Covent Garden... Y pasábamos

ante el reloj de Hyde Park Corner, al regresar del baile, ¿recuerdas el tacto de los guantes blancos? Mi padre recordaba al viejo duque, en el parque. Con dos dedos, así, se tocaba el sombrero... Conservo el álbum de mi madre. Un lago y una pareja de enamorados. Y, en aquella caligrafía que se llamaba italiana, copió no sé qué de Byron, me parece.

—¿Qué es esto? «Knocked'em in the Old Kent Road». Recuerdo que lo silbaba el limpiabotas. Y la servidumbre, oh, la servidumbre... La vieja Ellen... Dieciséis libras al año... ¡Y las bolsas de agua caliente! ¡Y las crinolinas! ¡Y los corsés! ¿Te acuerdas del palacio de Cristal, y de los fuegos artificiales, y del día en que Mira perdió un escaquin en el barro?

—Aquella es la joven señora Giles... Recuerdo a su madre. Murió en la India... En aquella época, llevábamos muchas prendas de ropa interior. ¿Antihigiénico? Bueno, no sé... Mira, ahí está mi hija. A la derecha, detrás de ti. Cuarenta años, pero con la figura de un pajarito. Todos los pisos tienen frigorífico... Media mañana tardaba mi madre en comprar la cena... Éramos once. Contando a la servidumbre, dieciocho... Ahora les basta con llamar por teléfono a la tienda... Y este que se acerca es Giles, con la señora Manresa. Esa mujer no me gusta ni pizca. Pero quizá me equivoque... Y el señor Cobbet de Cobbs Corner, ahí, junto al arbolito. No se prodiga mucho... Así que esto está bien, sirve para que nos reunamos. Hoy en día, en estos tiempos en que todos estamos tan ocupados, nos hace falta... ¿El programa? ¿Lo tienes tú? Déjame ver lo que viene a continuación... El siglo XIX... Mira, ahí viene el coro, los lugareños se acercan por entre los árboles. Primero, hay un prólogo...

En el centro del escenario habían colocado una gran caja cubierta con un tapete rojo, engalanada con grandes borlas doradas. Oyeron roces de ropas, movimientos de sillas. El público se sentó, apresuradamente, con aire culpable. La mirada de la señorita La Trobe estaba fija en todos ellos. Les concedió diez segundos para que compusieran la expresión de la cara. Luego agitó la mano. La pomposa marcha rebuznó. «Osado y ardoroso, firme y poderoso», etc. Y, una vez más, de las matas salió una corpulenta figura simbólica. Era Budge, el tabernero, pero iba disfrazado de tal manera que ni siquiera los amigachos que tomaban copas con él todas las noches pudieron reconocerle, así que, entre los vecinos del pueblo, corrieron breves murmullos preguntándose por su identidad. Llevaba una larga capa negra con muchas esclavinas; impermeable; reluciente; del mismo material de una estatua de Parliament Square; un casco como de policía; una hilera de medallas cruzándole el pecho; y en la mano derecha esgrimía un especial bastón de agente de policía (prestado por el señor Willert, del ayuntamiento). Fue su voz, recia y rasposa, saliendo por entre una densa y negra barba de algodón, lo que lo delató.

«Budge, Budge. Es el señor Budge», murmuró el público.

Budge levantó la porra y habló:

No es tarea fácil dirigir el tránsito en Hyde Park Corner. Tranvías y simones. ¡Cómo suenan los cascos de los caballos en los adoquines! ¡Por la derecha, haga el favor! ¡Usted, alto!

(Agitó la porra.)

Y ahí va la vieja señora con el paraguas a meterse debajo de las narices del caballo.

(La porra apuntó, claramente, a la señora Swithin.)

La señora Swithin levantó su mano delgada, como si realmente hubiera saltado de la acera movida por un súbito impulso, provocando la justa ira de la autoridad. En flagrante delito, pensó Giles, poniéndose de parte de la autoridad, en contra de su tía.

Con niebla o con buen tiempo cumplo mi deber (continuó Budge). *En Piccadilly Circus; en Hyde Park Corner, dirigiendo el tránsito del imperio de su majestad la reina. El sha de Persia, el sultán de Marruecos o quizá sea su majestad en persona o los turistas de Cook. Negros, blancos, marineros, soldados, cruzando el océano para proclamar el imperio de la reina. Todos ellos a mi vara obedecen.*

(Blandió magníficamente la porra a derecha e izquierda.)

Pero mi trabajo no termina aquí. Bajo mi protección y dirección tomo la pureza y la seguridad de todos los súbditos de la reina, su majestad, en cualquier lugar de su dominio e insisto en que obedezcan las leyes divinas y humanas.

Las leyes divinas y humanas (repitió y fingió consultar un estatuto, impreso en un pergamino que, con mucha prosopopeya, se sacó del bolsillo del pantalón).

Voy a la iglesia los domingos; el lunes, a las nueve en punto, tomo el tranvía del centro. Puede muy bien ser que el martes asista a una reunión en Mansion House para la redención del pecador; el miércoles asisto a otra reunión, con cena —sopa de tortuga—. Quizá haya problemas en Irlanda. Hambres. Fenianos. Qué sé yo. El jueves, son los nativos del Perú quienes necesitan protección y corrección, y les damos una buena lección. Pero, fijaos, nuestra autoridad no acaba aquí. Es país cristiano, nuestro imperio; bajo la blanca reina Victoria. Sobre pensamiento y religión; bebida; vestimenta; modales, y también el matrimonio, manda mi porra. La prosperidad y la respetabilidad juntas van siempre las dos, como todos sabemos. El rector de un imperio los lechos debe vigilar; y en la cocina también espiar; en la sala de estar; la biblioteca, en todo lugar en que uno o dos, usted y yo, se reúnan. La pureza es nuestro lema; la prosperidad y la respetabilidad. Precisamente por esto dejamos que se pudran en...

(Hizo una pausa. No, no había olvidado el papel.)

Cripplegate; St. Giles; Whitechapel; las minorías. Que suden en las minas; que tosan en el telar; que, como es de justicia, sufran su sino. Este es el valor del imperio; este es el peso del blanco. Y en verdad os digo que dirigir el tránsito ordenadamente, en Hyde Park Corner, Piccadilly Circus, es trabajo propio de todo un hombre blanco.

Hizo una pausa, allí, de pie, dominante, lanzando altivas miradas desde el pedestal. Todos estaban de acuerdo en que tenía una gallarda figura varonil, con su porra, su impermeable colgante. Solo faltaba un chaparrón, un vuelo de palomas alrededor de su cabeza y las campanas de Saint Paul y la abadía, para transformarlo en la viva imagen de un guardia victoriano y para trasladar al público a un neblinoso atardecer londinense, con repique de campanillas de vendedores ambulantes de pastelillos y el doblar de las campanas de las iglesias, en el momento culminante de la prosperidad victoriana.

Hubo otra pausa. Podían oírse las voces de los peregrinos cantando, mientras pasaban entre los árboles, pero las palabras eran inaudibles. El público esperaba.

—No, no, no... —protestó la señora Lynn Jones—. También había grandes hombres...

No sabía aún por qué, pero tenía la impresión de que se habían burlado de su padre y, en consecuencia, de ella.

Etty Springett tampoco estaba conforme. Sin embargo, era cierto que los niños arrastraban vagonetas en las minas; y había un sótano, pero papá leía a Walter Scott en voz alta, después de la cena; y las señoras divorciadas no eran recibidas en la corte. ¡Qué difícil llegar a una conclusión! Etty Springett deseaba que pasaran cuanto antes al acto siguiente. Le gustaba salir del teatro habiendo entendido claramente el significado de la obra. Claro que esto solo era una función de pueblo... En ese momento se estaba montando otro acto,

alrededor de la caja cubierta de tapete rojo. En el programa, leyó:

«La merienda campestre. Hacia 1860. Lugar de la acción: un lago. Personajes...».

Dejó de leer. Sobre la terraza, habían extendido una sábana. Sin duda alguna, aquello era un lago. Las ondulantes rayas pintadas en la sábana representaban el agua. Aquellos palos verdes eran juncos. Golondrinas que parecían de verdad cruzaban el aire sobre la sábana. Qué bonito.

—¡Mira, Minnie! —exclamó—. ¡Son golondrinas de verdad!

—Silencio, silencio... —La hicieron callar. Porque el acto había comenzado. Un hombre joven, con pantalones muy anchos en las caderas y ajustados a los tobillos, patillas y un bastón terminado en una aguda punta metálica, había aparecido junto al lago.

EDGAR: *Permítame que la ayude, señorita Hardcastle. ¡Allí!*

(Ayuda a subir a la señorita Eleanor Hardcastle, una joven vestida con miriñaque y con bombín. Quedan durante unos instantes, jadeantes, contemplando las vistas.)

ELEANOR: *¡Qué pequeña parece la iglesia allá al fondo entre los árboles!*

EDGAR: *De modo que esta es la laguna del Vagabundo, el lugar de la cita.*

ELEANOR: *Por favor, señor Thorold, termine lo que estaba diciendo, antes de que lleguen los demás. Decía: «Nuestra principal finalidad en la vida...».*

EDGAR: *Ha de ser ayudar al prójimo.*

ELEANOR (emite un gran suspiro): *¡Cuán cierto...! ¡Cuán profundamente cierto!*

EDGAR: *¿Y por qué suspira, señorita Hardcastle? Nada tiene que reprocharse, pues usted consagra por entero su vida al servicio de los demás. Cuando así he hablado, estaba refiriéndome a mí. Ya no soy joven. A los veinticuatro años han pasado los mejores días de la vida de un hombre. Mi vida ha sido (arroja un guijarro al lago) como una onda en el agua.*

ELEANOR: *Oh, señor Thorold, usted no me conoce. No soy lo que parezco. También yo...*

EDGAR: *No, no me lo diga, señorita Hardcastle... ¿Acaso podía creerlo? ¿Usted ha dudado?*

ELEANOR: *Gracias a los cielos, no, eso no. Pero, a pesar de vivir segura y amparada, siempre en casa, a pesar del concepto que de mí tiene usted... ¡Oh! ¡Qué digo...! Sí, sí, diré la verdad, antes de que llegue mamá. ¡También yo he ansiado convertir al pagano!*

EDGAR: *Señorita Hardcastle... Eleanor... ¡Me tentáis! ¿Osaré deciroslo? No, tan joven, tan blanca, tan inocente. Pensad, os lo imploro, antes de contestar.*

ELEANOR: *Ya lo he pensado... ¡y de rodillas!*

EDGAR (se saca un anillo del bolsillo): *Entonces... Mi madre, al exhalar el último aliento, me encomendó que diera este anillo únicamente a aquel ser para quien consumir la vida entera en el desierto africano entre los paganos fuera...*

ELEANOR (tomando el anillo): *¡La suma felicidad! Mas ¡silencio! (Se mete el anillo en el bolsillo.) ¡Ahí viene mamá!*

(Entra la señora Hardcastle, una robusta dama, vestida de alepín negro, montada en un asno y acompañada por un anciano caballero con gorro de cazador.)

SEÑORA H.: *Veo que nos habéis adelantado, jóvenes. Tiempo hubo, sir John, en que usted y yo éramos siempre los primeros en llegar a la cumbre. Pero ahora...*

(Sir John ayuda a descabalgarse a la señora H. Llegan niños y jóvenes de ambos sexos, algunos con cestos, otros con redes para cazar mariposas, otros con catalejos, otros con cajas de hojalata para conservar flores, hojas y hierbas. Extienden una manta junto al

lago y la señora H. y *sir* John se sientan en sillas plegables.)

SEÑORA H.: *¿Quién llenará de agua las teteras? ¿Quién irá en busca de leña? (Se dirige a un niño.) Alfred, no corras así, persiguiendo mariposas, que te vas a marear... Sir John y yo sacaremos de los cestos las provisiones, aquí, donde la hierba está quemada, donde celebramos la merienda del año pasado.*

(Los jóvenes se dispersan en distintas direcciones. La señora H. y *sir* John comienzan a sacar provisiones de un cesto.)

SEÑORA H.: *El año pasado, nuestro querido amigo el pobre señor Beach se encontraba entre nosotros. Como un santo nos dejó. (Saca un pañuelo ribeteado de negro y se enjuga las lágrimas.) Todos los años falta alguien. El jamón... La gallina... En este paquete están los pastelillos de caza... (Deja los alimentos en la hierba.) Tal como decía, el pobre señor Beach... Esperemos que la leche no se haya agriado. El señor Hardcastle trae el clarete. Siempre lo dejo a su cuidado. Pero cuando el señor Hardcastle se pone a hablar de los romanos con el señor Pigott... el año pasado cruzaron palabras muy fuertes... Aunque siempre es bonito que los caballeros tengan una distracción, a pesar de lo mucho que se ensucian de polvo, con esas calaveras y demás cosas por el estilo... Pero, tal como decía, el pobre señor Beach... A propósito, quería preguntarle (baja la voz), en su calidad de amigo de la familia, por el nuevo clérigo. ¿No nos oyen, verdad? No, están cogiendo leña... El año pasado, qué lástima. En cuanto sacamos todas las cosas... se puso a llover. Pero quería preguntarle por el nuevo clérigo, el que ha venido a sustituir a nuestro querido señor Beach. Me han dicho que se apellida Sibthorp. En fin, espero no haberme equivocado, ya que tenía un primo que se casó con una muchacha apellidada así y, por ser usted amigo de la familia, podemos hablar en confianza... Y, cuando una tiene hijas —no sabe cuánto le envidio, con solo una hija, *sir* John... ¡Cuatro tengo yo!—. Por eso quisiera que me hablara, confidencialmente, de este joven, ¿cómo se llama?, Sibthorp, ya que me veo en el caso de decirle que, anteaer, nuestra señora Potts pasó por la parroquia, cargada con nuestra colada, y estaban entrando los muebles; ¿y sabe usted lo que vio, encima del armario? ¡Un cubreteteras! Claro que pudo equivocarse... Por eso, quería preguntarle, en su calidad de amigo de la familia, confidencialmente, ¿está casado, el señor Sibthorp?*

En ese momento, un coro de lugareños con capas victorianas, patillas y sombreros de copa, canta al unísono:

¿Está casado el señor Sibthorp? ¿Está casado el señor Sibthorp? He ahí el avispon, la abeja en el gorro, el tornillo en el tapón y en el neumático, semejantes giros y torbellinos levantan siempre el manto del corazón maternal; ya que una madre debe preguntar, si hijas concibió en la mullida cama matrimonial de suave pluma, si el clérigo descargó, con su breviario y ornamentos; con su bastón y revestimientos; su caña y su hijo; su álbum familiar y su escopeta, también el respetable símbolo familiar que la mesa de té adorna, el cubreteteras con madreSelva estampada. ¿Está casado el señor Sibthorp? ¿Está casado el señor Sibthorp?

Mientras el coro cantaba, los excursionistas se reunieron para merendar. Saltaron sonoros los tapones de las botellas. Cortaron fiambre de urogallo, jamón y pollo. Movieron los labios, al masticar. Vaciaron los vasos. No se oía nada más que las quijadas triturando y los vasos entrechocando.

—¡Cómo comían! Es cierto. A mi parecer, comían más de lo debido —murmuró la señora Lynn Jones dirigiéndose a la señora Springett.

SEÑOR HARDCASTLE (quitándose porcioncillas de carne del bigote): *Ahora...*

—Sí, ¿ahora qué? —musitó la señora Springett previendo otra bufonada.

SEÑOR HARDCASTLE: *Ahora, que hemos satisfecho las entrañas del hombre, debemos satisfacer los deseos del espíritu. Que una de las señoritas presentes cante una canción.*

CORO DE SEÑORITAS: *Yo no... Yo no... No puedo cantar, cruel caballero, que he perdido la voz... No puedo cantar sin acompañamiento... etcétera.*

CORO DE JÓVENES CABALLEROS: *¡Tonterías! ¡Queremos oír «La última rosa de verano»! ¡Queremos oír «Nunca amé a la amada gacela»!*

SEÑORA H. (con tono autoritario): *Ahora, Eleanor y Mildred cantarán «Quisiera ser mariposa».*

(Eleanor y Mildred se levantan obedientes y, a dúo, cantan «Quisiera ser mariposa».)

SEÑORA H.: *Muchas gracias, queridas. Y, ahora, caballeros, ¡Nuestra Patria!*

(Arthur y Edgar cantan el himno «Rule Britannia».)

SEÑORA H.: *Muchas gracias. Y, ahora, señor Hardcastle...*

SEÑOR HARDCASTLE (se pone en pie, sosteniendo un fósil en las manos): *Oremos.*

(Todos se ponen en pie.)

—Esto es demasiado —protestó la señora Springett.

EL SEÑOR H.: *Oh Señor Dios Todopoderoso, dador de todo lo bueno, gracias te damos, por la comida y por la bebida, por las bellezas de la naturaleza, por la comprensión con que nos has iluminado (toquetea el fósil). Y por el gran don de la paz. Concédenos ser tus servidores en la tierra, concédenos propagar la luz de tu...*

En ese momento, los cuartos traseros del asno, representados por Albert, el tonto del pueblo, se pusieron en movimiento. ¿Fue voluntario o fortuito? «¡Mirad, el asno! ¡Mirad, el asno!», dijeron todos, ahogando así la oración del señor Hardcastle; después se le oyó decir:

... un feliz regreso al hogar, con el cuerpo fortalecido por tus dones y la mente inspirada por tu sabiduría. Amén.

Con el fósil por delante, el señor Hardcastle se alejó. Lograron detener al asno, cargaron los cestos y, en procesión, los asistentes a la merienda comenzaron a desaparecer hacia abajo.

EDGAR (siguiendo la procesión, en compañía de Eleanor): *¡A convertir al pagano!*

ELEANOR: *¡A ayudar al prójimo!*

(Los actores desaparecieron entre las matas.)

BUDGE: *Señoras, ya es hora; caballeros, ya es hora, de hacer los petates y desaparecer. Desde donde estoy, levantando en la mano la porra, guardando la respetabilidad y la prosperidad y la pureza de la tierra de Victoria, ante mí veo (señaló: allí estaba Pointz Hall; las cornejas graznaban; el humo se elevaba).*

Hogar, dulce hogar.

El gramófono siguió emitiendo la canción: «De todos los placeres y palacios, etcétera. No hay lugar como el hogar».

BUDGE: *Hogar, caballeros, hogar, señoras, ya es hora de hacer los petates y al hogar marchar. ¿Acaso no veis la llama (señaló: el vidrio de una ventana despedía un reflejo rojo como una llama) ardiendo siempre más y más alta? ¿En la cocina y en el cuarto de los niños, en la sala y en la biblioteca? ¡Es el fuego del hogar! ¡Y ved! Nuestra Jane ya ha servido el té. ¿Dónde están los juguetes, niños? Deprisa, mamá, tu labor de punto. Sí, ya que aquí ha llegado (con la porra señaló a Cobbet de Cobbs Corner) el que el*

pan ha ganado, ha llegado de su oficina, del mostrador, de la tienda, al hogar. «Mamá, una taza de té.» «Niños, venid a sentaros a mi alrededor, que en voz alta leeré. ¿Qué queréis escuchar? ¿“Simbad, el marino”? ¿O un sencillito cuentecillo de las Escrituras? ¿Queréis que os muestre los grabados? ¿Nada de cuanto digo os ha gustado? Pues los ladrillos cojamos. Construyamos. ¿Un invernadero? ¿Un retrete? ¿Un instituto de mecánica? ¿O quizá una torre, con la bandera en lo alto, donde nuestra reina viuda, después del té, congregate a los reales huérfanos a su alrededor? Sí, porque es el hogar, señoras, es, caballeros, el hogar. Y, por humilde que sea, no hay otro lugar como el hogar».

El gramófono canturreaba «Hogar, dulce hogar», y Budge, balanceándose un poco, bajó de la caja y, siguiendo la procesión, salió del escenario.

Siguió un entreacto.

—Pero era hermoso —protestó la señora Lynn Jones. Se refería al hogar; la estancia iluminada por la lámpara; las cortinas de rubí; y al papá leyendo en voz alta.

Caminaban rodeando el lago y esquivando los juncos. Las golondrinas pasaban rozando la hierba. Pero ella todavía estaba viendo su hogar.

—Era... —repitió la señora Lynn Jones, refiriéndose a su hogar.

—Ordinario y desagradable, a mi juicio —dijo secamente Etty Springett, refiriéndose a la obra teatral y dirigiendo una feroz mirada a los pantalones verdes de Dodge, a su corbata amarilla con lunares y su chaleco desabrochado.

Pero la señora Lynn Jones todavía estaba viendo su hogar. ¿No había, se preguntó la señora Lynn Jones, mientras retiraban el pedestal de Budge, cubierto con tapete rojo, algo —impuro, no, no era esa la palabra—, quizá antihigiénico, en su hogar? ¿Algo así como un pedazo de carne en descomposición, con bigotes, como llamaban los criados a la carne putrefacta? De lo contrario, ¿cómo explicar la decadencia de su hogar? El tiempo avanzaba, avanzaba, como las saetas del reloj de la cocina. (La máquina hacía chuf, chuf, chuf, entre las matas.) Si no se hubieran tropezado con una resistencia, pensaba la señora Lynn Jones, si nada malo hubiera ocurrido, habrían seguido dando vueltas y vueltas y vueltas. Su hogar no habría desaparecido; y la barba de papá, pensó, habría crecido y crecido; y la labor de punto de mamá —¿qué hacía con tanta prenda de punto?—. Algo había cambiado, se dijo la señora Lynn Jones, ya que, de lo contrario, la barba de papá mediría metros y metros, igual que la labor de punto de mamá. Ahora su yerno iba totalmente afeitado. Su hija tenía frigorífico... Dios mío, cómo divago, y se contuvo. Lo que quería decir era que el cambio es inevitable, cuando las cosas no son perfectas; en cuyo caso, suponía, resistían el paso del tiempo. El cielo era inmutable.

—¿Eran realmente así? —preguntó Isa bruscamente. Y miró a la señora Swithin como si fuera un dinosaurio o un mamut diminuto. Extinguida tenía que estar, puesto que había vivido bajo el reinado de la reina Victoria.

Tic, tic, tic, hacía la máquina entre las matas.

La señora Swithin pensó: «Los victorianos».

—No creo —dijo, con una extraña sonrisa—. Eran como tú y yo y, William, con ropa diferente.

—Usted no cree en la historia —dijo William.

El escenario seguía vacío. Las vacas pastaban por el prado. Las sombras bajo los árboles eran más profundas.

La señora Swithin acarició la cruz que llevaba. Contempló distraídamente las vistas. La señora Swithin se había ido, adivinaron, a dar un viaje circular con la imaginación, un

viaje unificador. Carneros, vacas, hierba, nosotros, somos una sola cosa. Aun disonantes, componemos una armonía, si no para nosotros, sí para una gigantesca oreja, unida a una gigantesca cabeza. Y por eso —la señora Swithin sonreía con benevolencia— el sufrimiento de un determinado carnero, de una vaca o de un ser humano era necesario; y por eso —sonreía seráficamente a la distante veleta dorada— llegamos a la conclusión de que todo es armonía, si pudiéramos oírlo. Y lo oiremos. Ahora, la mirada de la señora Swithin reposaba en la blanca cumbre de una nube. Bueno, si este pensamiento la consolaba, se dijeron con una sonrisa Isa y William, a uno y otro lado de la señora Swithin, más valía no contradecirla.

Tic, tic, tic, repetía la máquina.

—¿Habéis comprendido lo que ha querido decir —preguntó la señora Swithin apeándose repentinamente a la tierra— la señorita La Trobe?

Isa, cuya mirada había estado vagando, negó con la cabeza.

—Lo mismo cabe decir de Shakespeare —dijo la señorita Swithin.

—¡Shakespeare y la Biblia en verso! —intervino la señora Manresa—. ¡Al lado de ustedes, quedo como una bruta!

Se volvió hacia Giles, pidiéndole que la ayudara frente a aquel ataque a la alegría del corazón.

—Tonterías —murmuró Giles.

En el escenario no había nada de nada.

Dardos de luz roja y verde surgían de los anillos de la señora Manresa. La mirada de Giles fue de ellos a la tía Lucy. De esta, a William Dodge. De este, a Isa. E Isa se negó a mirarlo a los ojos. Y Giles bajó la vista a las zapatillas de tenis manchadas de sangre.

Giles dijo (sin palabras): «Soy condenadamente desdichado».

«También yo», le imitó Dodge.

«Y yo», pensó Isa.

Todos se sentían atrapados y enjaulados; presos; contemplando un espectáculo. No ocurría nada. El tic, tic, tic de la máquina era enloquecedor.

—Adelante, borrico —murmuró Isa—, cruzando el desierto, con tu carga a cuestas...

Sintió la mirada de Dodge sobre sus labios en movimiento. Siempre una fría mirada se arrastraba por la superficie como un moscardón de invierno. Se quitó a Dodge de encima.

—¡Cuánto tardan! —exclamó irritada.

—Otro entreacto —dijo Dodge leyendo el programa.

—¿Y después qué viene? —preguntó Lucy.

—Los tiempos actuales. Nosotros —leyó Dodge.

—Esperemos que sea el final —dijo Giles hosco.

—Vamos, vamos, no sea malo —repitió la señora Manresa a su niño, a su ceñudo héroe.

Nadie se movía. Estaban allí sentados, frente al escenario vacío, frente a las vacas y los prados, frente a las vistas, mientras la máquina hacía tic, tic, tic entre las matas.

—¿Y cuál es la finalidad de este espectáculo? —dijo Bartholomew animándose de repente.

—Los beneficios engrosarán el fondo destinado a instalar luz eléctrica en la iglesia —leyó Isa en la borrosa copia hecha en papel carbón.

—Todos los festivales de nuestro pueblo terminan con una petición de dinero —dijo

el señor Oliver despectivamente, volviéndose hacia la señora Manresa.

—Naturalmente, naturalmente —dijo la señora Manresa, atenuando la severidad del señor Oliver.

Y tintinearón las monedas en el interior de su bolso adornado con cuentas.

—En Inglaterra, nada se hace por nada —insistió el viejo.

La señora Manresa protestó. Quizá fuera verdad para los victorianos, pero ¿también para nosotros? El señor Oliver le preguntó si realmente creía que ellos eran desinteresados.

—¡Cómo se nota que no conoce a mi marido! —exclamó la salvaje hija de la naturaleza adoptando una pose.

¡Una mujer admirable! Se podía tener la certeza de que sonaría a la hora en punto, como un despertador; que se detendría como un viejo caballo de tranvía al sonar la campana. Oliver nada dijo. La señora Manresa sacó el espejito y prestó atención a su cara.

Todos tenían los nervios de punta. Como desnudos, allí sentados. La máquina hacía tic, tic, tic. No había música. Se oían las bocinas de los automóviles en la carretera. Y el murmullo de los árboles. No eran una cosa ni otra; no eran victorianos y no eran ellos mismos. Estaban suspendidos, sin ser, en el limbo. Tic, tic, tic, hacía la máquina.

Isa no paraba de moverse, miró a derecha y a izquierda, por encima del hombro.

—Veinticuatro mirlos, en el hilo posados —murmuró.

»Vino un avestruz, un águila, un verdugo.

»¿Cuál de vosotros —dijo— ya puede ser asado?

»Venid, mi lindo caballero,

»Venid, mi linda dama...

¿Hasta cuándo los tendría esperando aquella mujer? «Los tiempos actuales. Nosotros.» Lo leyeron en el programa. Después leyeron lo que venía a continuación: «Los beneficios engrosarán el fondo destinado a instalar luz eléctrica en la iglesia». ¿Dónde estaba la iglesia? Allá. Se podía ver la aguja entre los árboles.

«Nosotros...» Volvieron al programa. Pero ¿qué sabía aquella mujer de nosotros? De los isabelinos sí; de los victorianos quizá; pero de nosotros; sentados aquí, en un día de junio de 1939... era ridículo. «De mí», era imposible. De otras personas, quizá... Cobbet de Cobbs Corner; el coronel; el viejo Bartholomew; la señora Swithin, de ellos. Pero a mí no me atraparé, no, no, a mí no. El público estaba inquieto. De las matas llegaba el sonido de risas. Pero nada, absolutamente nada, aparecía en el escenario.

—¿Por qué nos hace esperar? —preguntó irritado el coronel Mayhew—. No necesitan disfrazarse, si representan los tiempos actuales.

La señora Mayhew mostró su conformidad. A no ser, claro está, que la obra terminara con un gran desfile. El ejército; la armada; la bandera; y detrás, quizá —la señora Mayhew pensaba en lo que ella hubiera hecho— la iglesia. De cartón. Una ventana de la iglesia, orientada hacia el este, brillantemente iluminada para simbolizar... Bueno, eso ya se le ocurriría en su momento.

—Ahí está, detrás del árbol —dijo la señora Mayhew señalando a la señorita La Trobe.

Allí estaba la señorita La Trobe con la vista fija en el libreto. En él, había escrito: «Después de los vic., diez mins. de los tiempos actuales. Golondrinas, vacas, etc.». Quería exponerlos, tal como eran, irrigados con la realidad de los tiempos actuales. Pero algo no funcionaba en aquel experimento. La señorita La Trobe murmuró: «La realidad es demasiado fuerte». Añadió: «¡Malditos sean todos!». Sentía todo lo que el público sentía. El público era diabólico. Oh, si pudiera escribir una obra teatral sin público, la obra. Pero

allí estaba, frente al público. Segundo a segundo, el público iba escapando del lazo con que ella lo había atado. El juegucito de la señorita La Trobe no daba los resultados apetecidos. Si por lo menos hubiera tenido un paño negro para colgarlo entre los árboles, para eliminar las vacas, las golondrinas, los tiempos presentes. La señorita La Trobe había prohibido la música. Arañando la corteza del árbol, la señorita La Trobe maldijo al público. El terror la dominó. De sus zapatos parecía manar sangre. Esto es la muerte, la muerte, la muerte, anotó en el margen de su mente; cuando la ilusión se desvanece. Incapaz de levantar la mano, se quedó mirando al público.

Entonces cayó un chaparrón, súbito e intenso.

Nadie había visto venir aquella nube. Allí estaba, negra, hinchada, sobre ellos. Y el agua cayó, como si fuera el llanto de todos los seres humanos. Lágrimas. Lágrimas. Lágrimas.

«Oh, si el dolor humano pudiera ahora llegar a su fin», murmuró Isa. Al levantar la vista, recibió dos grandes gotas de lluvia en plena cara. Le resbalaron por las mejillas como si fueran lágrimas suyas. Pero eran lágrimas de todos los seres humanos, llorando por todos los seres humanos. Las manos se alzaron. Aquí y allá se abrieron sombrillas. La lluvia era súbita y universal. Después, cesó. Y de la hierba se levantó un fresco aroma a tierra.

—La lluvia lo ha conseguido —dijo la señorita La Trobe secándose las mejillas.

Una vez más, la naturaleza había interpretado su papel. El riesgo de celebrar la representación al aire libre tenía su justificación. La señorita La Trobe blandió el libreto. La música comenzó: *la si do, la si do*. La música no podía ser más sencilla. Pero, ahora, después del chaparrón, la música era la otra voz parlante, la voz que era la voz de nadie. Y la voz que lloraba por el interminable dolor humano decía:

El buen rey está en su tesoro,
contando y contando dinero.

La reina, sentada en su trono...

«Oh, si mi vida pudiera ahora llegar a su fin», murmuró Isa (teniendo buen cuidado de no mover los labios). Con presteza donaría Isa su voz con todos sus tesoros, si con ello pudiera dar fin a las lágrimas. La minúscula vibración del sonido recibiría todo su ser. Sobre el altar de la tierra empapada por la lluvia dejaba, ella, su sacrificio...

—¡Mirad! —dijo en voz alta.

Aquello era una escalera de mano. Y aquello (un paño burdamente pintado) era un muro. Y aquello, un hombre con un capacho a la espalda. El señor Page, el periodista, lamió la punta del lápiz y escribió: «Con los muy escasos medios que tiene a su disposición, la señorita La Trobe presentó ante el público la civilización (el muro) en ruinas; reconstruida (el hombre con el capacho) por el esfuerzo humano; por la mujer dando ladrillos al hombre. Cualquiera imbecil podía comprender el significado de la escena. Después salió un hombre negro con peluca rizada; este de color café con un turbante plateado; seguramente representaba la Sociedad de las...».

Una salva de aplausos recibió este halagador tributo a nosotros mismos. Un tanto burdo, desde luego. Pero tampoco había que olvidar que la señorita La Trobe tenía que controlar los gastos. Un paño pintado representaba lo que decía el *Times*, así como el *Telegraph*, aquella misma mañana, en grandes titulares.

La música canturreaba:

El buen rey está en su tesoro,
contando y contando dinero.

La reina, sentada en su trono,

catando...

De repente, la música se interrumpió. La música cambió. ¿Era un vals? Algo en parte conocido, en parte no. Las golondrinas bailaban al son de aquella música. Trazaban círculos y círculos, entraban y salían rasando el suelo. Golondrinas de verdad. Se retiraban y avanzaban. Y los árboles, oh los árboles, con cuánta serenidad y calma, como senadores reunidos, o como las espaciadas columnas de una catedral... Sí, los árboles marcaban el compás, se agrupaban, se amontonaban; impedían que lo que era líquido se desbordara. Las golondrinas —¿o eran vencejos?—. Los vencejos evocadores de los templos que regresan, siempre regresan... Sí, posados en lo alto del muro, parecían predecir lo que, a fin de cuentas, el *Times* apuntaba el día anterior. Se construirán casas. Cada piso tendrá su frigorífico, junto a la pared cuarteada. Todos nosotros seremos hombres libres; las máquinas lavarán los platos; ni un solo avión nos molestará; todos liberados; todos en plenitud...

La música cambió; se chasqueó; se rompió; se dentó. ¿Sería un foxtrot? ¿Jazz? En cualquier caso, era aquel ritmo que coceaba, se encabritaba, se quebraba. ¡Qué jaleo, cuánto trompeteo! Bueno, con los medios que la señorita La Trobe tenía a su disposición, tampoco cabía esperar demasiado. ¡Qué barahúnda, qué cacofonía! No terminaba nada. Tan abrupto. Y corrupto. Qué injuria; qué insulto. Y nada fácil, además. Muy a la moda, a pesar de todo. ¿A qué jugaba la señorita La Trobe? ¿A las interrupciones? ¿A trotar y saltar? ¿A estremecerse y retorcerse? ¿A ponerse el pulgar en la punta de la nariz? ¿A bizquear y burlarse? ¿A picotear y espiar? Oh, la falta de respeto de la generación que es, solo momentáneamente —a Dios gracias—, llamada «joven». Los jóvenes, que nada construyen y solo destruyen; que hacen añicos la vieja concepción del mundo; que reducen a átomos lo que estaba entero. Qué cacareo, qué temblor, qué carcajeo, como el pájaro carpintero, el pájaro riente que salta de árbol en árbol.

¡Mirad! Ahora salen de las matas los desharrapados. ¡Niños! Enanos, diablillos, duendecillos. ¿Y qué llevaban? ¿Latas? ¿Palmatorias? ¿Jarras viejas? ¡Dios mío, si es el espejo de cuerpo entero de la rectoría! Y el espejo... que le presté. El de mi madre. Agrietado. ¿Qué pretende? ¿Tendrán esos objetos, dotados de brillo, la finalidad de reflejarnos, probablemente, a... nosotros?

¡Nosotros! ¡Nosotros!

Saltaban, se estremecían, giraban. Destellando, deslumbrado, bailando, botando. Ahora el anciano Bart... se reflejaba en uno de los espejos. Ahora, la señora Manresa. Aquí una nariz... Allá una falda... Luego, solo pantalones... Después, quizá una cara... ¿Nosotros? Es una crueldad. Reflejarnos tal como somos, antes de haber tenido tiempo de adoptar... Y, para colmo, solo a trozos... Esto es lo que más deforma e irrita, y, además, es injusto a más no poder.

Levantándose, bajando, de frente y al sesgo, los espejos brillaban, destellaban y denunciaban. Los espectadores de las últimas filas se pusieron en pie para contemplar mejor el truco. Cuando se vieron reflejados se volvieron a sentar. ¡Qué horroroso espectáculo! Incluso para los ancianos a quienes, cabe suponer, el aspecto que pueda tener su propia cara les importa un pimiento... Y oh, Dios, ¡qué tintineo, qué alboroto! Participaron muchas vacas. Entre golpes y sacudidas de cola, la reticencia de la naturaleza se desató y las barreras que deben separar al hombre de la bestia se derribaron. Luego se sumaron los perros. Excitados por la jarana, corriendo llegaron curiosos. ¡Miradlos! ¡Y el afgano! ¡También el afgano! ¡Miradlo!

Y entonces, una vez más, en el rugido que, en esos momentos, había rebasado todos

los límites, contemplemos cómo la señorita Nosecuántos hace salir de entre las matas —o quizá salieron por propia decisión— a la reina Bess; la reina Ana; la muchacha de la alameda; la Edad de la Razón; y a Bugde, el policía. Y ahí desaparecieron. Y los peregrinos. Y los enamorados. Y el reloj del abuelo. Y el anciano barbudo. Salieron todos. Más aún, todos ellos recitaban alguna frase o algún fragmento de sus respectivos papeles...

No estoy (decía uno) en mi sano juicio... Otro: La Razón yo soy... ¿Y yo? Yo soy el sombrero de copa... Al hogar llega el cazador, del monte procedente... ¿Hogar? Donde el minero suda y la fe de la doncella es objeto de ruda burla... Dulce y templado, dulce y templado, viento del mar de Occidente... ¿Es una daga lo que ante mí veo?... La lechuga ulula y la hiedra golpea el vidrio de la ventana... Señora, os amo hasta morir, abandonad vuestra alcoba y venid... Donde el gusano teje su ondulada tela... Quisiera ser mariposa. Quisiera ser mariposa... En tu voluntad está nuestra paz... Papá, coge el libro y lee en voz alta... Ladran los perros y los mendigos...

El espejo de cuerpo entero pesaba demasiado. El joven Bonthorp, pese a su musculatura, no podía sostener más tiempo el maldito trasto. Se detuvo. Y lo mismo hicieron todos los demás —espejos de mano, latas, vajillas de vidrio, espejos de tocador, pesados espejos con marco de plata repujada—, todos se detuvieron. Y el público se vio, no de cuerpo entero, desde luego, pero, por lo menos, sentado y quieto.

Las saetas del reloj se habían detenido en el momento presente. Era ahora. Nosotros.

¡Este era el juego que se llevaba entre manos la señorita La Trobe! Mostrarnos a nosotros mismos, tal como somos, aquí y ahora. Todos se movieron, se atildaron, hablaron remilgadamente; las manos se levantaron; las piernas movieron. Incluso Bart, incluso Lucy, volvieron la cara. Todos se esquivaban o se protegían, todos salvo la señora Manresa, quien enfrentada a sí misma en aquel espejo, lo utilizó de espejo; sacó su espejillo; se empolvó la nariz, y colocó en su lugar el rizo que la brisa había revuelto.

«¡Magnífico!», exclamó el viejo Bartholomew. Solo la señora Manresa conservaba sin vergüenza su identidad y se enfrentaba a sí misma sin un pestañeo. Con calma, se pintó de rojo los labios.

Quienes sostenían los espejos estaban en cuclillas; maliciosos; observando; a la espera; denunciando.

«Miradlos. Son ellos», murmuraban en las últimas filas.

«¿Debemos tolerar pasivamente tamaña maligna humillación?», se preguntaban por la primera fila. Todos se volvían para hablar —o para hacer cualquier otra cosa— a su vecino. Todos procuraban situarse un milímetro más allá de aquella mirada inquisitiva e insultante. Algunos fingieron que se disponían a irse.

—Parece que la representación ha terminado. Ya es hora de... —murmuró el coronel Mayhew, recogiendo el sombrero.

Pero, antes de que todos pudieran llegar a una misma conclusión, una voz se impuso. Nadie sabía de quién era aquella voz. Procedía de las matas, fue una afirmación megafónica, anónima, recia. La voz dijo:

Antes de separarnos, señoras y señores, antes de irnos... (quienes se habían levantado se sentaron)... hablemos en términos escuetos, sin adobos, palabrería o hipocresía. Quebrems los ritmos y olvidemos la rima. Y, con calma, reparemos en nosotros. Algunos, flacos. Otros, gordos. (Los espejos confirmaron esas palabras.) Embusteros, la mayoría. También ladrones. (Los espejos no dijeron nada al respecto.) Son los pobres tan malos como los ricos. Quizá peores. No nos escondamos bajo los harapos. No permitamos que el hábito nos proteja. Ni la sabiduría en los libros aprendida, ni la

habilidad ante el piano, ni la pincelada en el lienzo. Ni presumamos que hay en la infancia inocencia: pensemos en los corderos. Ni que hay fe en el amor. Pensemos en los fusileros que matan o en los que arrojan bombas, aquí o allá. Hacen abiertamente lo que nosotros hacemos con disimulo. Pensemos, por ejemplo (en ese momento, el megáfono adoptó el tono propio de la conversación), en la casita del señor M. Un paisaje estropeado para siempre. O en la pintura de los labios y las uñas rojo sangre de la señora E... Recordad que el tirano es medio esclavo. Pensemos también en la vanidad del señor H., el escritor, revolcándose en la inmundicia para alcanzar una fama de tres al cuarto... Tampoco hay que olvidar la condescendencia de la señora del castillo, los modales de las clases altas. Ni la compra de acciones en la Bolsa para venderlas... Todos somos iguales. Por ejemplo, fijaos en mí. ¿Acaso me hurto a la condenación al fingir indignación, entre las ramas de las matas? Hablo en rima para indicar que, a pesar de la protesta y del deseo de inmolación, también yo he tenido lo que se llama educación... ¡Contemplaos, damas y caballeros! Luego contemplad el muro y al contemplarlo, observad que ese muro al que llamamos civilización, quizá con exageración, está formado (aquí, los espejos rebrillaron y lanzaron destellos) por restos, pedazos, fragmentos, como nosotros.

A pesar de todo, voy a cambiar (fijaos en que también la rima es distinta) de cantar. También hay en nosotros algo que alabar; el buen trato que damos al gato; y el periódico de hoy que dice: «Su afligida esposa», y el impulso que nos dirige —cuando nadie nos ve, desde luego— a la ventana, a medianoche, a oler la vida. O la decidida negativa de un desgraciado apaleado, calzado con sandalias, a vender su alma. Eso existe y no se puede negar. ¿Qué? ¿No lo sabéis expresar? En ese caso, escuchad del gramófono la afirmación...

Pero, en ese momento, hubo un contratiempo. Los discos se habían mezclado. El foxtrot, «Dulce espliego», «Hogar dulce hogar», «Rule Britannia»... sudando profusamente, Jimmy, encargado de la música, apartó esos discos y puso el que debía poner. ¿Era Bach, Haendel, Beethoven, Mozart, o bien música de un desconocido, simplemente una composición popular tradicional? De todos modos, afortunadamente, era una voz que hablaba, después del anónimo estrépito del infernal megáfono.

Como mercurio resbalando, como limaduras de hierro atraídas por el imán, los distraídos se fueron uniendo. La música comenzó; la primera nota comportaba la segunda; la segunda, la tercera. Luego, bajo la superficie, nació una fuerza opuesta; después otra. Divergían a distintos niveles. A distintos niveles, nosotros avanzamos; algunos cogiendo flores en la superficie; otros descendiendo para luchar con el significado; pero todos comprendiendo, todos alistados. Toda la población de la inconmensurable profundidad de la mente llegó en tropel; procedente de lo indefenso, de lo despellejado; y llegó el amanecer; y el azur; del caos y la cacofonía, la medida; pero no solo la melodía del sonido superficial dominaba; pues también lo hacían los guerreros de emplumados cascos de guerra que peleaban para separarse. ¿Para marchar? No. Obligados por la llamada de los confines del horizonte; convocados desde el borde de horrorosos abismos; chocaban; se recomponían; se unían. Algunos relajaron los dedos de las manos; y otros descruzaron las piernas.

¿Era aquella voz nosotros mismos? ¿Restos, pedazos, fragmentos, nosotros somos también eso? La voz se apagó.

Como las olas al retirarse revelan; como la niebla al levantarse desvela; así al levantar los ojos (los de la señora Manresa estaban húmedos; por un instante sus lágrimas hicieron peligrar su maquillaje) vieron, cual las aguas al retirarse descubren la vieja bota de

un mendigo, a un hombre con alzacuellos de clérigo subir subrepticamente a la caja de jabón.

«El reverendo G.W. Streatfield —el periodista lamió la punta del lápiz y escribió—: habló a continuación...»

Todos miraban. ¡Qué intolerable restricción, contracción y reducción al más simplificado absurdo, ofrecería! De entre todas las imágenes incongruentes, la del clérigo con el ropaje propio de su servidumbre era la más grotesca y acabada. Abrió la boca. ¡Oh, Señor, ampáranos y protégenos de las palabras, las profanadoras, de las palabras impuras! ¿Debo yo ser Thomas, tú Jane?

Como si en aquel preciso instante, un grajo hubiera saltado, sin que nadie lo viera, a una rama alta desnuda, el reverendo Streatfield se tocó el alzacuellos y emitió un graznido preliminar. Un detalle suavizó el horror; su dedo índice, alzado como manda la costumbre, estaba manchado de tabaco. No era un mal tipo; el reverendo G.W. Streatfield; una pieza más del mobiliario tradicional de la iglesia; una alacena arrinconada; o el dintel de un portalón, labrado por generaciones y generaciones de carpinteros del pueblo, imitando un modelo perdido en la noche de los tiempos.

Miró al público; después al cielo. Todos ellos, caballeros y villanos, se sentían avergonzados, por él, por ellos mismos. Allí el clérigo se erigió como el representante, el portavoz de todos ellos; su símbolo; ellos mismos; un blanco, un fragmento del que los espejos se burlaban; del que las vacas prescindían, ignorado por las nubes dedicadas a la majestuosa reorganización del paisaje celeste; una irrelevante horca del campesino, en el discurso y la majestad del silencioso mundo del verano.

Sus primeras palabras (se había levantado la brisa; las hojas susurraban) se perdieron. Luego, se oyó que decía: «Qué». A esta palabra añadió otras, como «mensaje», y, por fin, surgió una frase entera; no comprensible; digamos, audible. «¿Qué mensaje —parecía haber preguntado— ha querido transmitir nuestro espectáculo?»

Todos juntaron las manos al modo tradicional, como si estuvieran sentados en la iglesia.

—Y me he preguntando —eran palabras repetidas—, ¿qué idea o mensaje ha querido transmitir nuestro espectáculo?

¿Si no lo sabía él, que se daba el título de reverendo y también de licenciado, quién iba a saberlo?

—En mi calidad de miembro del público —prosiguió (con palabras que, ahora, estaban rebosantes de significado)—: ofreceré, muy humildemente, ya que no soy crítico... —su dedo amarillo tocó la blanca valla que le aprisionaba el cuello—... mi interpretación. No, esta palabra es excesivamente pretenciosa. La talentosa señora... —Miró alrededor. La señorita La Trobe había desaparecido. Continuó—: Hablando solamente como un miembro más del público, debo confesar que estoy desconcertado. ¿Por qué razón, me he preguntado, nos han mostrado estas escenas? En pocas palabras, es verdad. Los medios puestos a nuestra disposición esta tarde eran limitados. Pero, aun así, hemos visto diferentes grupos. Hemos visto, si no me equivoco, un esfuerzo, renovado. Pocos han sido los escogidos; y muchos han estado trabajando en un segundo plano. Sin embargo, ¿acaso no se nos ha querido dar a entender...? ¿Demasiada presunción por mi parte? ¿Penetro, como si fuera un ángel, donde, en mi insensatez, no debería? A mi juicio, al menos, se nos ha transmitido que somos parte unos de otros. Cada cual es parte del todo. Sí, ese ha sido mi pensamiento, mientras estaba ahí, sentado entre el público. ¿Acaso no he visto al señor Hardcastle —lo señaló— como un vikingo de otros tiempos? ¿Y acaso no he visto en *lady*

Harridan, disculpen mis yerros en cuestión de apellidos, a una peregrina de Canterbury? Interpretamos papeles diferentes; pero somos iguales. Aunque lo dejo al criterio de ustedes. Después, avanzada ya la representación, o el espectáculo, me he distraído. ¿Entraba en los planes de la directora? He creído percibir que la naturaleza también participa. ¿Podemos atrevernos, me he preguntado, a limitar la vida a nosotros mismos? ¿Acaso no cabe afirmar que hay un espíritu que inspira, que penetra...? —Las golondrinas trazaban arcos a su alrededor. Parecían estar al tanto de lo que decía. Luego desaparecieron—. Lo dejo al criterio de ustedes. No estoy aquí para explicar nada. No me han atribuido esta función. Hablo solamente como miembro del público, como uno más. También me he visto reflejado, nada menos que en mi propio espejo. —Risas—. ¡Restos, pedazos, fragmentos! ¿Acaso no deberíamos unirnos?

»Pero —el “pero” marcó el inicio de un nuevo párrafo—, también os hablo en mi calidad de tesorero del fondo. Y, en esta calidad —consultó un papel—, tengo la satisfacción de poder deciros que el espectáculo de esta tarde nos ha proporcionado la suma de treinta y seis libras, diez chelines y ocho peniques para la consecución de nuestro objetivo: iluminar nuestra vieja y querida iglesia.

«Aplausos», anotó el periodista.

El señor Streatfield hizo una pausa. Escuchó. ¿No oía una lejana música?

—Pero —prosiguió—: todavía tenemos un déficit —y consultó el papel— de más de ciento setenta y cinco libras. De modo y manera que todos los que han gozado de esta representación teatral todavía tienen la oca...

Partió la palabra en dos. La cortó un zumbido. Doce aviones en perfecta formación, como una bandada de patos, pasó por encima. Aquella era la música. El público abrió la boca; el público miró. El zumbido se transformó en un murmullo. Los aviones ya habían pasado.

—... sión —prosiguió el señor Streatfield— de hacer un donativo.

Dio la señal. Instantáneamente, las bateas de la colecta entraron en acción. Salieron de detrás de los árboles, donde se habían escondido. Sonó el cobre. Y el tintineo de la plata. Pero qué pena, ¡cuán sórdido se sentía uno al verlo! Allí estaba Albert, el tonto del pueblo, haciendo sonar las monedas del bote, una cazuela de aluminio, sin la tapa. No se le podía negar la limosna al pobrecillo. En la cazuela caían los chelines. Hacía sonar las monedas y soltaba risotadas; parlotaba y zascandileaba. En el momento en que dio su óbolo —que fue media corona—, la señora Parker invocó los poderes del señor Streatfield, a fin de que la liberara de aquel peligro, a fin de que la protegiera con su hábito.

El buen hombre contemplaba con dulzura al tonto del pueblo. Su fe, parecía decir, también abarcaba al tonto del pueblo. También él, parecía decir el señor Streatfield, forma parte de nosotros. Pero no una parte que nos guste reconocer, añadió en silencio la señora Springett, dejando caer sus seis peniques.

Contemplando al tonto del pueblo, el señor Streatfield había perdido el hilo de su discurso. Como si las palabras se hubieran escapado a su dominio. Toqueteó la cruz que colgaba de la cadena de su reloj. Luego bajó la mano al bolsillo del pantalón. A escondidas, extrajo una cajita de plata. Sin duda, los naturales deseos del hombre natural le habían dominado. Las palabras de nada le servían.

—Y ahora —continuó con el encendedor de la pipa arropado en la palma de la mano—, la parte más agradable de mi obligación. O sea, proponer que demos las gracias a la talentosa señora... —Miró alrededor, en busca de algo que respondiera a esa definición. No vio nada semejante siquiera—. Quien, al parecer, prefiere guardar el anonimato. —Hizo

una pausa—. De modo... —Hizo otra pausa.

Fue un momento embarazoso. ¿Cómo podía terminar? ¿A quién debía dar las gracias? Todos los sonidos de la naturaleza eran dolorosamente audibles; el murmullo de los árboles; el rumiarse de las vacas; e incluso el vuelo de las golondrinas sobre la hierba podían oírse. Pero no habló nadie. ¿A quién atribuir la responsabilidad? ¿A quién dar las gracias por el espectáculo? ¿Es que no había nadie?

Entonces se oyó un sonido de roce, detrás de una mata; un rasguño que constituía un aviso. Una aguja rayaba un disco; chuf chuf, chuf; después, hallado el surco, se oyeron unos sonos solemnes y otros agudos que significaban «Dios... (todos se levantaron) guarde al rey».

En pie, el público estaba de cara a los actores, que también estaba en pie con los botes de la colecta quietos, los espejos ocultos y las rígidas prendas correspondientes a sus diversos papeles.

Feliz y glorioso,
largo reinado le deseamos
Dios guarde al Rey.
Las notas se fueron apagando.

¿Era el final? Los actores no deseaban irse. Se demoraban: se entremezclaban. Allí estaba Budge, el policía, hablando con la vieja reina Bess. Y la Edad de la Razón departía con la parte delantera del asno. Y la señora Hardcastle se alisaba los pliegues de su miriñaque. Y la pequeña Inglaterra, todavía niña, chupaba un caramelo de menta que había sacado de una bolsa. Todos seguían interpretando el no interpretado papel del que sus atavíos les habían dotado. La belleza los revestía. La belleza los revelaba. ¿Acaso la luz era la causa?, ¿la luz tierna, mortecina, que no se entromete pero busca, la luz del atardecer que revela la profundidad de las aguas e incluso la casita de ladrillos rojos hace radiante?

«Mirad... oh, mirad, mirad...», murmuraba el público, una vez más, aplaudieron, y los actores se cogieron de la mano y saludaron.

La vieja señora Lynn Jones, rebuscando en su bolso, lanzó un suspiro y dijo:
—¡Qué lástima...! ¿Tienen que cambiarse ahora?

Pero había llegado la hora de recogerlo todo y marcharse.

«A casa, caballeros; a casa, señoras; ya es hora de recogerlo todo y marcharse», el periodista silbó, mientras colocaba, produciendo un seco sonido, la goma alrededor de su cuaderno. La señora Parker estaba encorvada.

—Creo que se me ha caído un guante. Perdonen la molestia. Ahí, entre las sillas...

El gramófono aseveraba con notas que no cabía contradecir, triunfales pero de despedida: «Nos hemos dispersado; los que hemos permanecido unidos —manifestaba el gramófono— retengamos algo de lo que constituyó aquella armonía».

Como un eco, el público (inclinándose, escudriñando, titubeando) decía: «Debemos seguir unidos». Sí, porque hay alegría, dulce alegría, en la compañía.

«Nos hemos dispersado», repetía el gramófono.

Y el público, volviéndose, vio las ventanas llameantes, todas ellas bañadas por el sol dorado, y murmuró: «A casa, caballeros; dulce...», pero se demoró un momento, viendo en aquel esplendor dorado quizá una grieta en la caldera; quizá un agujero en la alfombra; y oyendo, quizá, la gota cotidiana del gasto cotidiano.

«Nos hemos dispersado», les informaba el gramófono. Y se despedía de ellos. Por esto, irguiéndose por última vez, cogiendo cada cual un sombrero, o un bastón, o unos guantes de ante, aplaudieron por última vez a Budge y a la reina Bess; a los árboles; a la

carretera blanca; a Bolney Minster; y a la Folly. Gritaban despidiéndose y se dispersaron, cruzando los prados, a lo largo de los senderos, más allá de la casa, hacia la media luna de grava, donde los automóviles, las bicicletas y las motocicletas se agrupaban.

Los amigos se saludaban al pasar.

«Pues yo creo que la señorita Nosecuántos —iban diciendo— hubiera debido salir, para que el párroco... A fin de cuentas, lo ha escrito ella... Me ha parecido brillante, inteligente... Pues yo creo que ha sido una memez. ¿Ha comprendido usted el significado? Bueno, el párroco ha dicho que esa señora ha venido a decir que todos interpretamos todos los papeles... Y también ha dicho, si lo he entendido bien, que la naturaleza participa... Además, estaba el tonto del pueblo... Pero ¿por qué prescindir del ejército, como ha dicho mi marido, si se trataba de historia? Y si todo está animado por un solo espíritu, ¿qué decir de los aviones?... Bueno, es que usted es muy exigente. A fin de cuentas, recuerde que ha sido una función de pueblo... Pues yo creo que hubiéramos debido dar las gracias a los propietarios. La última vez que organizamos un espectáculo, la hierba no volvió a crecer hasta el otoño... Y pusimos toldos, desde luego... Ese, es Cobbet de Cobbs Corner, el que gana todos los premios en todos los concursos. Bueno, la verdad es que no me gustan esas flores tan premiadas en concursos, y tampoco los perros de concurso...»

«Nos hemos dispersado —decía triunfal el gramófono, aunque lamentándose—, nos hemos dispersado...»

«Pero hay que tener en cuenta —los viejos amigos charlaban— que se han visto obligados a hacerlo con muy poco dinero. En esta época del año cuesta mucho que la gente acuda a los ensayos. Tienen el baile, por no hablar ya del cine... Lo que necesitamos es un centro. Algo que nos reúna... Los Brooke se han ido a Italia, a pesar de todo. ¿Peligroso, no? Si ocurre lo peor (y esperamos que no ocurra), alquilaron un avión, dicen... Lo que más me ha gustado ha sido el viejo Streatfield, buscando su cigarrera. Me gusta la gente natural, no esa que parece estar siempre subida en un pedestal... Y, luego, esas voces de detrás de las matas... ¿Oráculos? ¿Se refiere a los griegos? No quisiera ser irreverente, pero ¿verdad que los oráculos fueron un precedente de nuestra religión? ¿Qué dice? ¿Suelas de goma? Son muy prácticas... Duran mucho más y protegen los pies... Pero, como decía, ¿es posible adaptar la doctrina cristiana? Hoy en día... En Larting nadie va a la iglesia... Tienen los perros, tienen el cine... Es curioso que la ciencia, según me han dicho, hace las cosas (por decirlo de algún modo) más espirituales... La última teoría, según me han dicho, es que no hay nada sólido... Mira, ahí se ve la iglesia entre los árboles...»

«¡Señor Umphelby! ¡Qué alegría verle! Venga a cenar a casa... No, tenemos que regresar la ciudad. Se reúne la Cámara... Pues estaba diciendo que los Brooke se han ido a Italia. Han visto el volcán. Es impresionante, dicen (han tenido suerte), cuando está en erupción. Estoy de acuerdo, la situación, en el continente, está peor que nunca. ¿Y de qué nos va a servir el Canal, pensándolo bien, si quieren invadirnos?... No, francamente, me ha parecido muy burdo. Por ejemplo, fijémonos en el tonto del pueblo. ¿Ha querido expresar, esa señora, algo oculto y, por decirlo de algún modo, el subconsciente, como lo llaman ahora? ¿Y por qué echar siempre mano de la sexualidad?... Es cierto, es cierto, lo reconozco, en cierto sentido somos todavía unos salvajes. Esas mujeres con las uñas rojas. Y ese vestirse tanto... ¿A qué se debe? A salvajismo, supongo... La campana. Ding, dong. Ding... Vieja campana cascada... ¡Y los espejos! Mira que reflejarnos... Eso ha sido cruel. Uno queda como un perfecto imbécil cuando le pillan desprevenido... Ahí va el señor Streatfield, al servicio vespertino, supongo. Si no se da prisa, no tendrá tiempo ni para cambiarse... El señor Streatfield ha dicho que la señora esa ha querido decir que todos

interpretamos papeles. Sí, pero ¿quién es el autor de la obra? ¡Ahí está el meollo de la cuestión! Y si después de asistir a la representación no hacemos más que formularnos preguntas, ¿no quiere decir esto que la obra ha sido un fracaso? Confieso que, cuando salgo del teatro, me gusta sentirme segura de haber comprendido la obra... ¿O quizá es precisamente eso lo que ha querido decir?... Ding, dong. Ding... O sea, que si no nos lanzamos a sacar de inmediato conclusiones y usted piensa y yo pienso, quizá, algún día, aun pensando de manera diferente, pensaremos lo mismo...»

«Ahí va nuestro querido amigo, el viejo señor Carfax. Podemos llevarlo en el automóvil, señor Carfax, si no le molesta ir de paquete. Estábamos haciéndonos preguntas sobre la obra teatral, señor Carfax. Por ejemplo, los espejos, ¿venían a significar que el reflejo es el sueño? ¿Y la música, ya fuera Bach, Haendel o nadie en concreto, es la verdad? ¿O hay otro modo de llegar a ella?»

«¡Santo cielo, qué lío! Parece que nadie sabe cuál es su automóvil... Por eso llevo una mascota, un mono... Pero ahora no lo veo... Ahora, que no nos queda más remedio que esperar, dime, ¿no has tenido la impresión, cuando ha caído el chaparrón, de que alguien lloraba por nosotros? Hay un poema que comienza así: “Lágrimas, lágrimas, lágrimas”. Y luego sigue diciendo: “Y, entonces, el desatado océano...”. Pero no recuerdo el resto.»

«Después, cuando el señor Streatfield ha dicho: un solo espíritu anima el todo, los aviones le han interrumpido. Es lo malo de las representaciones al aire libre... A no ser, claro está, que fuera exactamente eso lo que esa señora quería... Dios mío, realmente no se puede decir que la zona de estacionamiento sea una maravilla... Y tampoco esperaba ver tantos Hispano-Suiza... Ese es un Rolls... Ese es un Bentley... Ese es el nuevo modelo de Ford... Volviendo al asunto del significado, ¿las máquinas son el diablo o sirven para abrir un debate... ding, dong, ding... gracias al cual encontramos el sentido...? Ding, dong... Ahí está el automóvil con el mono... Entra... Adiós, señora Parker... Llámenos. La próxima vez que vengamos, no olvide llamarnos... La próxima vez... Sí, sí, la próxima vez...»

Las ruedas rodaron sobre la grava. Los automóviles se alejaron.

El gramófono murmuraba «Unidad. Dispersión». Murmuró: «Un... dis...». Y se calló.

El grupito que se había formado durante el almuerzo se quedó solo, en pie, en la terraza. Los peregrinos habían trazado una senda en la hierba. También tendrían que limpiar el prado. Al día siguiente, sonaría el teléfono: «¿Olvidé el bolso en su casa?... ¿Unas gafas en un estuche de cuero rojo?... ¿Un brochecito antiguo que apenas vale pero para mí tiene valor?». Mañana sonaría el teléfono.

—Mi querida señora —dijo entonces el señor Oliver.

Y, cogiendo la enguantada mano de la señora Manresa, la oprimió con la suya, como diciendo: «Me ha dado usted lo que ahora me quita». Habría querido tener en su mano durante unos instantes más las esmeraldas y los rubíes desenterrados, según la gente decía, por el flaco Ralph Manresa en su época de aventurero. Pero la luz del ocaso en nada favorecía el maquillaje de la señora Manresa, pues parecía un pegote y no bien aplicado. Y el señor Oliver dejó caer la mano de la señora Manresa y ella le dirigió un guiño malicioso, pícaro, como si quisiera decirle... pero se cortó la frase. Ya que la señora Manresa se volvió y Giles se adelantó y la leve brisa que el meteorólogo había predicho agitó la falda de la señora Manresa y ella emprendió la marcha, como una diosa, boyante, abundante, con sus cautivos, encadenados con flores, siguiendo su estela.

Todos se marchaban, se retiraban, se dispersaban; y el señor Oliver se quedó con las

cenizas frías y sin resplandor, sin el resplandor del leño. ¿Qué palabra podía expresar el desánimo de su corazón, la efusión de sus venas, al ver a la señora, marcharse acompañada por Giles, admirable mujer, toda ella sensaciones, destripada muñeca de trapo que dejaba que el serrín saliera a chorro del corazón del señor Oliver?

El anciano emitió un sonido gutural y se volvió hacia la derecha. Cojeando, ranqueante, pues el baile ya había terminado. Anduvo solo, bordeando los árboles. Allí, a primera hora de la mañana, había destruido el mundo del niño. Había saltado de repente con el periódico; y había hecho llorar al niño.

Abajo, en la hondonada, más allá del estanque de los nenúfares, los actores se estaban desvistiendo. El viejo Oliver podía verlos entre las zarzas, en camisa y pantalón; desabrochando; abrochando botones, a gatas; metiendo prendas en maletines baratos, rodeados por espadas de plata, barbas y esmeraldas tiradas por la hierba. La señorita La Trobe, con chaqueta y falda —demasiado corta, ya que sus piernas eran recias—, luchaba con un ondeante miriñaque. El viejo Oliver tenía que respetar los convencionalismos. Por eso se detuvo, junto al estanque. El agua era opaca, por el lodo.

Entonces, mientras se le acercaba por la espalda, Lucy le preguntó: «¿No crees que debiéramos dar las gracias a la señorita La Trobe?». Y Lucy le dio una leve palmadita en el brazo.

¡Qué insensible la volvía su religión! La humareda de aquel incienso ensombrecía el corazón humano. Rozando la superficie, desconocía la batalla que se desarrollaba en el lodo. La señorita La Trobe estaba irritada por la interpretación del párroco, por las chapucerías y las torpezas de los actores...

—No quiere que le demos las gracias, Lucy —dijo con brusquedad el señor Oliver. Lo que la señorita La Trobe quería, al igual que aquella carpa (algo se movió en el agua), era la oscuridad que domina el lodo; *whisky* con soda en la taberna; y palabras gruesas descendiendo como gusanos en las aguas.

—Da las gracias a los actores, no al autor —dijo el señor Oliver—. O a nosotros, el público.

El señor Oliver miró por encima del hombro. Un criado empujaba la silla de ruedas de la anciana dama, la autóctona, la prehistórica. Empujando la silla de ruedas, el criado cruzó el arco. Ahora el prado estaba desierto. La línea del tejado, las chimeneas verticales, se alzaban duras y rojas contra el azul del atardecer. Ahora surgía la casa; la casa que había desaparecido. El señor Oliver se alegraba enormemente de que todo hubiera terminado —el movimiento y el ajetreo, el rojo de los labios pintados y los anillos—. Se inclinó hacia el suelo y cogió una peonía a la que se le habían caído los pétalos. La soledad había regresado. Y la razón y el periódico iluminado por la lámpara... Pero ¿dónde estaba su perro? ¿Encadenado en la caseta? La rabia le hinchó las venillas de sus sienes. Silbó. Y, liberado por Candish, corriendo alocadamente por el prado, con una mancha de espuma en el hocico, acudió su perro.

Lucy seguía mirando el estanque de los nenúfares. «Todos se han ido —murmuró —, bajo las hojas.» Asustados por las sombras que iban pasando, los peces se habían retirado. Lucy miró el agua. Distraídamente, acarició su cruz. Pero su mirada siguió buscando, en el agua, a los peces. Los nenúfares se cerraban; el nenúfar rojo, el nenúfar blanco, cada uno sobre la bandeja de una hoja. Arriba, el viento murmuraba veloz; abajo, el agua. Lucy se hallaba entre dos fluidos, acariciando la cruz. La fe exigía pasar horas de rodillas, por la mañana, temprano. Solía sentirse tentada por los placeres de dejar vagar la mirada —un rayo de sol, una sombra. Ahora la hoja de contorno mellado le traía a la mente

los límites de Europa. Había más hojas. Paseó la mirada por la superficie, bautizando con los nombres de India, África, América, a las hojas. Islas de seguridad, relucientes y gruesas.

—Bart... —dijo dirigiéndose a su hermano. Quería hacerle una pregunta sobre las libélulas, ¿cómo iba a solidificarse el hilo azul, si lo destruíamos por aquí, después por allá? Pero su hermano ya había entrado en casa.

Entonces algo se movió en el agua; su carpa favorita, con la cola en forma de abanico. Luego la carpa dorada la siguió. Después vislumbró un destello plateado —la gran carpa, ni más ni menos, que rara vez se acercaba a la superficie—. Se deslizaban entre los tallos, entrando y saliendo, plateados, rosados, dorados, moteados, rayados, lisos.

«Nosotros», murmuró. Y extrayendo un destello de fe de las aguas grises, esperanzada, apenas sostenida por la razón, siguió a los peces; los manchados, los rayados, los lisos; percibió entonces la belleza, la fuerza y la gloria en nosotros mismos.

Los peces tenían fe, razonó. Confían en nosotros porque nunca los cogemos. Pero su hermano contestaría: «Esto es codicia». Y ella protestaría: «¡Son bellos!». Y su hermano diría: «Esto es sexualidad». Y ella argüiría: «¿Quién hace que la sexualidad pueda ser bella?». Él encogería los hombros, ¿quién?, ¿por qué? Callada, volvió a su visión más íntima; la belleza que es bondad; el mar en que flotamos. Casi siempre impenetrables, pero ¿no es cierto que en todas las embarcaciones se abren vías de agua alguna que otra vez?

Su hermano portaría la antorcha de la razón hasta que se apagara en las tinieblas de la caverna. En cuanto a ella, todas las mañanas, de rodillas, protegía aquella visión suya. Todas las noches, abría la ventana, y contemplaba las hojas recortadas contra el cielo. Luego dormía. Después, los desordenados hilos de las voces de los pájaros la despertaban.

Los peces habían subido a la superficie. No tenía nada que darles, ni una miga de pan.

—Esperad, queridos —dijo dirigiéndose a ellos. Iría trotando a la casa y pediría a la señora Sands una galleta. Entonces cayó una sombra. Se fueron como un destello. ¡Qué humillante! ¿Quién sería? Dios mío, el joven cuyo nombre había olvidado; no se llamaba Jones, ni Hodge...

Dodge había abandonado bruscamente a la señora Manresa. Había estado buscando a la señora Swithin por todo el jardín. Ahora la había encontrado; y ella había olvidado su nombre.

—Me llamo William —dijo Dodge. Ante estas palabras, la señora Swithin cobró vida, como una niña vestida de blanco, entre rosas, corriendo al encuentro de William Dodge, su papel no interpretado.

—Me disponía a buscar una galleta —dijo insegura, virginal, ruborizándose—, no, a dar las gracias a los actores. —Entonces se acordó de su hermano y añadió—: Mi hermano dice que no debemos dar las gracias a la autora, la señorita La Trobe.

Siempre era «mi hermano... mi hermano» quien salía de las profundidades de su estanque de nenúfares.

En cuanto a los actores, Hammond se había quitado las patillas y se estaba abrochando el chaleco. Cuando hubo pasado la cadena por el ojal, se marchó.

Solo quedaba la señorita La Trobe, inclinada sobre algo, en la hierba.

—La representación ha terminado —dijo William Dodge—. Los actores se han ido.

—Y no debemos, dice mi hermano, dar las gracias a la autora —repitió la señora Swithin mirando hacia el lugar en que se encontraba la señorita La Trobe.

—Yo se las doy a usted —dijo William Dodge.

Le cogió la mano y se la estrechó. Entre unas cosas y otras, era muy improbable que

volvieron a verse.

Las campanas de la iglesia, cuando callan, siempre nos dejan preguntándonos: ¿No habrá otra nota? Isa, en mitad del prado, escuchaba... Ding, dong, ding... No habría otra nota. Los feligreses se habían reunido, de rodillas en la iglesia. El servicio ya comenzaba. La representación había terminado y las golondrinas rasaban el suelo que había sido escenario.

Allá iba Dodge, el intérprete de los movimientos de los labios, su semejante, su cómplice, un buscador, al igual que ella, de rostros ocultos. Se apresuraba a regresar al lado de la señora Manresa, quien se había ido a la parte delantera de la casa, con Giles, «el padre de mis hijos», murmuró Isa. Y la carne cubrió su ser, el cálido, de nervios tensos, ahora iluminado, ahora oscuro como el grave cuerpo. Para curar la infectada herida de aquel dardo ponzoñoso, Isa buscó la cara que durante todo el día había estado buscando. Atildándose y escudriñando, entre espaldas, por encima de hombros, había estado buscando al hombre vestido de gris. Aquel hombre le había ofrecido una taza de té en un encuentro de tenis; le había ofrecido una vez una raqueta. Eso era todo. Pero, se lamentaba Isa, si nos hubiéramos conocido antes de que el salmón saltara como una barra de plata... Si nos hubiéramos conocido, se lamentaba Isa. Y, cuando su hijo se le acercó, en el granero, abriéndose paso por entre los cuerpos, «si fuera su hijo», había murmurado Isa... Al pasar, arrancó la amarga hoja que crecía, precisamente, junto a la ventana del cuarto de los juegos. Clemátide. Estrujando la hoja en vez de estrujar palabras ya que no crecían allí palabras, ni rosas, pasó junto a su cómplice, su semejante, buscadores de rostros desaparecidos «como Venus», pensó él, haciendo una traducción aproximada, «en busca de su presa»... y la siguió.

A la vuelta de la esquina estaba Giles prendido a la señora Manresa. Se encontraba esta junto a la puerta de su automóvil. Giles tenía un pie en el borde del estribo. ¿Percibían las flechas que en ellos se clavarían?

—¡Sube, Bill! —dijo la señora Manresa en tono jocoso.

Las ruedas rodaron sobre la grava crujiente y el automóvil se marchó.

Por fin, la señorita La Trobe pudo enderezarse. Había seguido encorvada para evitar que la vieran. Las campanas se habían callado; el público se había ido; también los actores. Ahora podía erguir la espalda. Podía abrir los brazos. Podía decir al mundo: «¡Habéis aceptado mi obsequio!». Quedó envuelta en gloria al menos un instante. Pero ¿qué había dado? Una nube que se fundía con las otras nubes en el horizonte. El triunfo estaba en el acto de dar. Y el triunfo se desvanecía. Su obsequio no significaba nada. Si hubieran comprendido su intención; si se hubieran sabido los papeles; si las perlas hubieran sido auténticas y los fondos ilimitados, el obsequio habría sido mejor. Ahora, habría ido a unirse a los otros.

«Un fracaso», refunfuñó la señorita La Trobe y se inclinó para colocar los discos en su sitio.

Entonces, de repente, los estorninos atacaron el árbol tras el que la señorita La Trobe se había ocultado. En bandada lo acribillaron como si lanzaran piedras aladas. El árbol entero murmuraba con el zumbido que producían, como si cada pájaro hubiera dado un picotazo a un alambre tenso. Un zumbido, un murmullo, se alzaba del árbol zumbante de pájaros, vibrante de pájaros, negro de pájaros. El árbol se transformó en una rapsodia, en una trémula cacofonía, en un zumbido y en un vibrante entusiasmo, ramas, hojas, pájaros silabeando disonantes vida, vida, vida, sin medida y sin cesar devorando el árbol. ¡Alzaron el vuelo! ¡Se marcharon!

¿A qué se había debido aquella interrupción? Era la vieja señora Chalmers que, arrastrando los pies, cruzaba el prado, con un ramo de flores —claveles, al parecer— para ponerlas en un jarrón sobre la tumba de su marido. Era ella quien había asustado a los estorninos. Ahora, se alejaba.

La señorita La Trobe echó la llave y se cargó al hombro la pesada caja de los discos. Cruzó la terraza y se detuvo junto al árbol en el que se habían reunido los estorninos. Allí había sufrido su triunfo, su humillación, su éxtasis y su desesperación... para nada. Sus tacones habían formado un hoyo en la hierba.

Oscurecía. Como no había nubes que alteraran el cielo, el azul más azul, el verde más verde, ya no había vista alguna; no estaba la Folly, ni se veía la aguja de Bolney Minster. Solo tierra, una tierra indeterminada. La señorita La Trobe dejó la caja en el suelo y se quedó quieta, mirando la tierra. Entonces algo salió a la superficie.

«Los pondría aquí», murmuró la señorita La Trobe. Sería medianoche; había dos figuras medio ocultas por la peña. Entonces se levantaría el telón. ¿Cuáles serían las primeras palabras? A la señorita La Trobe se le escaparon esas palabras.

De nuevo, se cargó en el hombro la pesada maleta de discos. Cruzó el prado. La casa estaba durmiendo, un hilo de humo denso se alzaba entre los árboles. Era raro que la tierra, con todas aquellas flores incandescentes —los lirios y las rosas, las matas de flores blancas y los arbustos de verde ardiente—, todavía fuera dura. Aguas verdes que brotaban de la tierra parecían cubrirla. La señorita La Trobe inició su singladura alejándose de la orilla y, levantando la mano, buscó la aldaba de la puerta de hierro que daba entrada a la finca.

Metería la maleta en su casa por la ventana de la cocina y, después, iría a la posada. Desde su pelea con la actriz que había compartido su cama y su bolsillo, la señorita La Trobe necesitaba beber. Y sentía horror y terror de estar sola. Cualquier día infringiría... ¿cuál de las leyes del pueblo?, ¿la sobriedad?, ¿la castidad? ¿O se apropiaría de algo que, en sentido estricto, no fuera suyo?

En la esquina, se encontró con la vieja señora Chalmers de regreso de la tumba. La anciana bajó la vista a las flores muertas que llevaba y volvió la cara a la señorita La Trobe. Las mujeres de las casitas con rojos geranios siempre se comportaban así con ella. La señorita La Trobe era una paria. La naturaleza la había dejado un tanto al margen de las personas de su mismo género. Sin embargo, la señorita La Trobe había escrito en el margen del manuscrito: «Soy esclava de mi público».

Arrojó la maleta por la ventana de la cocina y siguió adelante hasta llegar a la esquina desde la que vio la roja cortina de la ventana de la posada. Allí tendría cobijo; voces; olvido. Presionó el tirador de la taberna. El acre olor de la cerveza pasada le dio la bienvenida; también se la dieron las voces que conversaban. Se callaron. Habían estado hablando de Bossy, así la llamaban —pero poco importaba—. Se sentó en una silla y contempló a través del humo la burda pintura, sobre vidrio, de una vaca en el establo; también la de un gallo y una gallina. Se llevó el vaso a los labios. Y bebió. Y escuchó. Las palabras monosílabas se hundieron en el barro. Se adormiló; dio cabezadas. El lodo se tornó fértil. Las palabras se alzaron sobre los bueyes intolerablemente lentos que avanzaban con torpeza por el lodo. Palabras sin significado, palabras maravillosas.

El barato reloj hacía tictac; el humo oscurecía los cuadros. El humo se transformó en alquitrán en el techo de su boca. El humo oscurecía las chaquetas de color tierra. Ya no las veía, pero ellos sí la contemplaban, sentada con los brazos en jarras, y con el vaso delante. Allí estaba el momento crítico de la medianoche, allí estaba la peña; y dos figuras

apenas visibles. De repente los estorninos como piedras cayeron contra el árbol. Dejó el vaso. Escuchó las primeras palabras.

Allá en la hondonada, en Pointz Hall, bajo los árboles, despejaron la mesa del comedor. Candish, con el cepillo curvo, barrió las migajas de los manteles; tuvo cuidado con los pétalos y, por fin, dejó a la familia con los postres. La representación había terminado, los extraños se habían ido y estaban solos —la familia.

Sin embargo, la representación aún flotaba en el cielo de la mente —se alejaba, se empequeñecía, pero seguía allí. Enterrando en azúcar las frambuesas, la señora Swithin contempló la representación. Y, metiéndose frambuesas en la boca, dijo: «¿Qué significado tenía? —Y añadió—: Los campesinos, los reyes, el loco y —tragó— nosotros mismos».

Todos habían asistido a la representación; Isa, Giles y el señor Oliver. Cada cual, como es lógico, había visto algo diferente. Pasado otro instante, aquella obra estaría bajo el horizonte, junto con otras representaciones. El señor Oliver alejó de sí el puro y dijo: «Excesivamente ambiciosa. —Y, mientras encendía el cigarro, añadió—: Teniendo en cuenta los medios a su disposición».

La representación se alejaba, para unirse a otras nubes: se iba haciendo invisible. A través del humo, Isa no veía la representación sino al público dispersándose. Un automóvil se alejaba por el sendero hacia la casa roja ubicada en los campos de trigo. Las ramas de acacia más bajas y colgantes rozaban el techo del automóvil. Cubierto de pétalos de acacia llegó el automóvil.

—Los espejos y las voces entre las matas... —murmuró Isa—. ¿Qué ha querido dar a entender con eso?

—Cuando el señor Streatfield le ha pedido que lo explicara, ella se ha negado —dijo la señora Swithin.

En ese momento, con la piel abierta en cuatro, revelando así el cono blanco, Giles ofreció a su esposa un plátano. Y su esposa lo rechazó. Giles enterró la cerilla en el plato. Y se apagó con un breve chisporroteo en el zumo de las frambuesas.

—Debemos estar agradecidos al tiempo, que ha sido perfecto, salvo por un chaparrón —dijo la señora Swithin doblando la servilleta.

Aquí, la señora Swithin se levantó e Isa la siguió, cruzando la estancia, a la gran sala.

Nunca corrían las cortinas antes de que la oscuridad impidiera ver, ni tampoco cerraban las ventanas antes de que hiciera demasiado frío. ¿A santo de qué cerrar la puerta al día antes de que se marchara? Las flores aún brillaban; los pájaros piaban. A menudo, al anochecer, si nadie les interrumpía, si no había que comprar pescado, ni que contestar el teléfono, se veía mejor. La señora Swithin se detuvo ante el gran cuadro de Venecia —escuela del Canaletto—. Probablemente, bajo la capota de la góndola había una figurita —una mujer envuelta en velos; ¿o era un hombre?

Isa, tras quitar la labor de la mesa, se hundió con una rodilla doblada en el sillón junto a la ventana. Dentro del cascarón de aquella estancia, Isa olvidó aquella noche de verano. Lucy regresó de su viaje al interior del cuadro y, en pie, guardó silencio. El sol hacía resplandecer de rojo los vidrios de las ventanas. Su chal negro despedía destellos plateados. Durante un instante, pareció la figura trágica de otra representación dramática.

Entonces habló con su voz habitual:

—Este año hemos sacado más que el pasado, según ha dicho el párroco. Claro que el año pasado llovió.

—Este año, el pasado, el próximo, nunca... —murmuró Isa. Su mano ardía al sol,

en el alféizar. La señora Swithin cogió su labor de punto de la mesa.

—¿Opinas como el párroco? —preguntó—. Ha dicho: interpretamos diferentes papeles pero somos iguales.

—Sí —contestó Isa—. No —añadió. Era sí, no. Sí, sí, sí, decía la marea que se le venía encima y la embargaba. No, no, no, contradecía la propia marea. Y apareció la vieja bota entre los guijarros de la playa.

«Restos, porciones, fragmentos» —dijo Isa recordando unas palabras de la representación teatral, palabras que iban alejándose hasta desvanecerse.

Lucy acababa de despegar los labios para contestar, y estaba a punto de acariciar su cruz, cuando entraron los caballeros. Lucy emitió su pequeño gorjeo de bienvenida. Movi6 los pies para despejar el espacio. Pero, en realidad, había más espacio del necesario y grandes sillones orejeros.

Se sentaron, ennoblecidos los dos por el sol poniente. Ambos se habían cambiado. Giles, ahora, llevaba la chaqueta negra y la corbata blanca propia de los hombres de profesión liberal, que exigían —Isa le miró los pies— zapatos de charol. Sarcástica, se burló: «Nuestro representante, nuestro portavoz». Sin embargo, era extraordinariamente apuesto. «El padre de mis hijos, a quien amo y odio.» Amor y odio... ¡Cómo la desgarraban en dos! Sin duda, hacía falta que alguien inventara una nueva trama o que el autor saliera de entre las matas.

En ese momento entró Candish. En una bandeja de plata, les llevaba la segunda entrega de correo. Había cartas, facturas y el periódico matutino, el periódico que borraba el día anterior. Como un pez alzándose en las aguas para atrapar una migaja de galleta, Bartholomew le arrebató el periódico. Giles rasgó la solapa de lo que parecía un documento. Lucy leyó la enrevesada caligrafía de una amiga que vivía en Scarborough. Isa solo recibió facturas.

Los sonidos de siempre resonaban en aquel cascarón: la señora Sands reavivaba el fuego; Candish cargaba la caldera. Isa había terminado con sus facturas. Sentada en el cascarón de aquella estancia, Isa veía cómo la representación popular iba desapareciendo. Las flores resplandecían antes de marchitarse. Contempló cómo resplandecían.

El periódico crujió. La saeta larga siguió avanzando. *Monsieur* Daladier había estabilizado el franco. La muchacha se había ido a divertirse con los soldados. Había chillado. Había golpeado al soldado... Y, entonces, ¿qué?

Cuando se volvió a mirar a las flores, las flores se habían marchitado.

Bartholomew encendió la lámpara para leer. El grupo de lectura, para quienes se sentían ligados a la blancura del papel, se había iluminado. Allá, en la hondonada del campo recalentado por el sol, se congregaban los saltamontes, las hormigas, y los escarabajos empujando bolas de tierra cocida, entre la hierba brillante. Y en aquel rosáceo rincón del campo recalentado por el sol, Bartholomew, Giles, y Lucy pulían, mordisqueaban y hacían migajas. Isa los contemplaba.

Entonces el periódico cayó.

—¿Ha terminado? —preguntó Giles quitándole el periódico a su padre.

El anciano le entregó el periódico. Cedía al sol. La mano que acariciaba al perro dibujaba olas de piel hacia el collar.

El reloj hacía tictac. La casa emitía leves chasquidos, como si fuera muy quebradiza, como si estuviera reseca. La mano de Isa, en la ventana, se enfrió repentinamente. Las sombras habían borrado el jardín. Las rosas se habían retirado al llegar la noche.

Mientras doblaba la carta que había recibido, la señora Swithin murmuró, dirigiéndose a Isa:

—He echado una ojeada y he visto a los niños dormidos, bajo las rosas de papel.

—Restos de la Coronación —musitó Bartholomew medio dormido.

—Bueno —añadió Lucy—, no deberíamos habernos tomado tantas molestias con la decoración, pues este año no ha llovido.

—Este año, el año pasado, el año próximo, nunca —murmuró Isa.

—Calderero, sastre, soldado, marinero —dijo Bartholomew como un eco. Hablaba en sueños.

Lucy deslizó la carta dentro del sobre. Ahora había llegado el momento de leer su *Resumen de historia*. Pero había perdido el punto. Volvió páginas, mirando los grabados —mamuts, mastodontes, pájaros prehistóricos—. Entonces encontró la página en la que había interrumpido la lectura.

La oscuridad fue en aumento. La brisa recorría la estancia. Con un leve estremecimiento, la señora Swithin arrebujó el chal de lentejuelas alrededor de sus hombros. Estaba tan inmersa en la historia que no se le ocurrió pedir que cerraran la ventana. «Inglaterra era —estaba leyendo— toda ella tierras pantanosas. Densos bosques cubrían la tierra. En las frondosas ramas, cantaban los pájaros...»

Ahora el gran rectángulo de la ventana abierta solo mostraba noche. Noche sangrada de luz, severa, fría como la piedra. Las sombras caían. Las sombras se arrastraban sobre la ancha frente de Bartholomew; sobre su enorme nariz. Parecía un espectro, deshojado, y el sillón era monumental. Como el perro se sacude, el anciano se sacudía. Se levantó, se desperezó, lanzó una furiosa mirada hacia nada, y salió de la estancia. Todos oyeron los pies del perro caminando por la alfombra tras él.

Lucy volvió la página deprisa, como si estuviera cometiendo un delito, como una niña que temiera que la mandasen a la cama antes de terminar el capítulo.

«El hombre prehistórico —continuó leyendo—, medio hombre, medio mono, se irguió, abandonando su postura medio encorvada, y levantó grandes piedras.»

Colocó la carta enviada desde Scarborough entre las páginas del libro para señalar el final del capítulo, se levantó, sonrió y, en silencio, de puntillas, se fue a su dormitorio.

Los ancianos se habían acostado. Giles dobló el periódico y apagó la lámpara. Solos por primera vez aquel día, guardaban silencio. Solos, la enemistad quedaba al descubierto; también el amor. Antes de irse a dormir, tenían que pelear; después de pelearse, se abrazaban. De ese abrazo podía nacer otra vida. Pero, primero, tenían que pelear, como el perro pelea con el zorro, en el corazón de las tinieblas, en los campos de la noche.

Isa dejó caer la labor. Los grandes sillones orejeros parecían, ahora, inmensos. Y Giles también. Y también Isa, recortada contra la ventana. La ventana era toda ella cielo sin color. La casa se había quedado sin su cascarón. Era de noche, una noche anterior a la construcción de las carreteras y los caminos, anterior a las casas. Era la noche que los habitantes de las cavernas habían contemplado desde un lugar elevado, entre las peñas.

Entonces se levantó el telón. Hablaron.

FIN